Ernst Jünger

El corazón aventurero

Figuras y caprichos



La vastedad de sus múltiples saberes y la incombustible curiosidad que Ernst Jünger sintió por todos los ámbitos de la cultura humana se ponen ampliamente de manifiesto en *El corazón aventurero*. Redactado en una primera versión en 1929, el autor sometió este ensayo a una profunda reelaboración a lo largo de los años treinta —cuando publicó obras tan fundamentales como *El trabajador* o *Sobre los acantilados de mármol*—, y, finalmente, en 1938 sacó a la luz esta segunda versión que se presenta ahora en una cuidadísima traducción.

Bajo el epígrafe de «Figuras y caprichos», las páginas de *El corazón aventurero* componen un fascinante caleidoscopio de reflexiones, anotaciones acerca de lecturas y personajes literarios, descripciones de paisajes y ciudades o meditaciones sobre las secretas afinidades que a un perspicaz observador de la naturaleza como Jünger no pasaban inadvertidas. Además, la pasión que, como es sabido, sintió siempre por ciencias como la cristalografía, la entomología o la botánica hacen que sus observaciones sobre plantas, animales o rocas se conviertan en auténticas reflexiones metafísicas. Finalmente, la inclusión de breves e inquietantes cuentos, pesadillas, recuentos de sus paseos por los arrabales berlineses o fragmentos de diario aproximan el libro a los temas característicos del surrealismo.



Ernst Jünger

EL CORAZÓN AVENTURERO

Figuras y caprichos

ePub r1.0

Titivillus 28.10.15

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Das abenteuerliche Herz. Figuren und Capriccios*
Ernst Jünger, 1938
Traducción: Enrique Ocaña
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Edición digital: ePubLibre (EPL), 2015
Conversión: FS, 2020



Las semillas de todo lo que tengo en
mente las encuentro por doquier.
Hamann
Por tanto, todo esto existe.
El corazón aventurero. Primera versión[1].

El lirio tigrado

Steglitz

Lilium tigrinum. Pétalos harto combados hacia abajo, de un rojo céreo, carmíneo, moteado delicadamente pero con gran viveza por unas manchas ovales de un negro azulado. La configuración de esas manchas sugiere un paulatino debilitamiento de la fuerza vital que las ha engendrado. Totalmente ausentes en las puntas de los pétalos, van destacándose con trazo vigoroso a medida que se aproximan al seno del cáliz, hasta culminar en lo alto de grandes excrecencias carnosas. Estambres de colores narcóticos, como terciopelo caoba oscuro cubierto por una capa de finísimo polvo molido.

Su visión evoca la tienda de un mago hindú en cuyo interior suena una leve música iniciática.

Peces voladores

Steglitz

En vano, pero no sin placer, mientras metía las manos en una bañera, intentaba coger al vuelo pececillos muy escurridizos de un azul nacarado. Cuando ya no podían escabullírseme, se elevaban sobre la superficie del agua y revoloteaban grácilmente alrededor de la estancia mientras agitaban sus minúsculas aletas como si fueran alas. Después de haber trazado en el aire diversas curvas, volvían a zambullirse en el agua. Esa mudanza de elemento suscitaba una extraordinaria alegría.

Sueños de vuelo

Stralau

Los sueños de vuelo se dirían reminiscencias de épocas en que aún poseíamos un singular poder espiritual. En realidad, son más bien sueños de levitación en los que jamás se pierde

cierta sensación de gravedad. Planeamos en la penumbra casi a ras del suelo y cuando ya lo rozamos, se interrumpe el sueño. Salimos de una casa levitando sobre los peldaños de la escalera y de vez en cuando sobrevolamos pequeños obstáculos como si saltáramos sobre vallas y setos. Entonces nos mantenemos en alto mediante un esfuerzo que se siente sobre todo en los codos doblados y en los puños cerrados. El cuerpo está medio extendido, como si reposáramos cómodamente en un sillón; planeamos con las piernas estiradas hacia delante. Estos sueños son agradables; pero también hay otros, de índole maligna, donde volamos a ras del suelo, en posición rígida, con la cabeza inclinada hacia delante y el rostro hacia la tierra. Nos elevamos sobre la cama como si sufriéramos una especie de rigidez tetánica, mientras el cuerpo describe un círculo sobre la punta de los pies. Planeamos de ese modo sobre calles y plazas nocturnas y a veces aparecemos ante transeúntes solitarios, como un pez que mira fijamente en sus rostros espantados.

¡Qué ligero parece, por el contrario, el vuelo de altura, tal y como se muestra en las antiguas representaciones de ascensión! Para quien ame este tipo de imágenes, Pompeya es una mina de hallazgos. En este lugar nos encontramos con un alegre y prodigioso vórtice que transporta a las figuras, aunque el aire apenas parezca ondular sus cabellos y ropajes.

La cantera de grava

Goslar

Nos disgusta tanto releer los libros que hemos escrito justo porque frente a ellos parecemos falsificadores de moneda. Nos hemos adentrado en la cueva de Alí Babá y sólo hemos sacado a la luz un miserable puñado de plata. También tenemos la sensación de regresar a estados donde nos metamorfoseábamos como una serpiente se muda de su piel ajada.

Me pasa también lo mismo con esos apuntes que vuelvo a revisar tras casi diez años. Según me cuentan, aún capturan, cada tres meses, con asombrosa regularidad, sus quince lectores. Semejante fidelidad recuerda a ciertas flores, como la *Silene noctiflora*, cuyo cáliz, que permanece abierto de noche durante una sola hora, convoca a su alrededor una minúscula sociedad de huéspedes alados.

Sin embargo, el hecho de recomenzar a escribir precisamente aquello que ya dábamos por terminado tiene un valor extraordinario para el autor. Le ofrece la rara oportunidad de contemplar el lenguaje como si fuera una sola pieza, con la mirada del escultor, por así decirlo, y trabajarla como si fuera materia corpórea. De esa suerte, espero dar todavía un poco más de agudeza a todo aquello que tal vez ha cautivado al lector. En primer lugar no hay que temer las tachaduras y el resultado debe perfeccionarse con las reservas de que disponemos. También conviene añadir algunos pasajes que antaño habíamos desechado, pues sólo con el paso del tiempo aprendemos a sazonar los platos en su justa medida.

Como forma visible de esa diversidad me viene a la mente una de aquellas cavidades que a veces se muestra en los lechos secos de los torrentes en los pasos de los Alpes. Nos encontramos ahí con fragmentos gruesos, guijarros pulidos, cascos fulgurantes y arena: rocalla variada como la que depositó la crecida en primavera y otoño sobre el valle desde los estratos superiores. De vez en cuando, sostenemos en la mano un pequeño hallazgo y lo observamos desde todos los ángulos, tal vez un cristal de roca o una concha de caracol quebrada, cuya estructura en espiral nos sorprende, o una punta de estalactita pálida como la luna procedente de cavernas desconocidas, en cuyo interior los murciélagos revolotean en círculos silenciosos. Aquí se oculta la patria de los caprichos, de las burlas nocturnas que el espíritu, sin perturbarse, pero con peligro, goza como en una logia solita-

ria[2]. Sin embargo hay también cantos de granito rodados, pulidos en la sima de los glaciares, en lugares donde se abre una vasta perspectiva desde la cual el mundo aparece un poco más pequeño, pero también más claro y regular, como si estuviera grabado sobre mapas geográficos de una gran nitidez, pues el orden supremo se oculta en la multiplicidad como en un acertijo visual. Se trata de enigmas sorprendentes: cuanto más aumenta la distancia más nos acercamos a la solución. La obtendremos cuando alcancemos el punto más extremo, en el infinito.

Así pues, hay materia de sobra, pero el lenguaje debe pulirla con elementos de su propia cosecha. Es preciso que vuelva a hacer brotar agua, ese manantial fluido y a la vez *transparente* que juega con las figuras y las baña.

Sobre cristalografía

Überlingen

Me parece haber aprendido alguna cosa durante estos últimos años, precisamente sobre ese artificio del lenguaje capaz de iluminar la palabra, y hacerla transparente. Lo considero apropiado sobre todo para superar una escisión que a menudo nos causa un fuerte desasosiego, a saber, la separación que se establece entre la superficie y la profundidad de la vida. Con frecuencia nos parece que el sentido de ese estrato profundo de realidad consiste en ser la matriz que engendra la superficie, la tez irisada del mundo, cuyo espectáculo nos conmueve fervorosamente. Después, cuando volvemos a contemplarlo, ese modelo multicolor se diría compuesto solamente por signos y letras, mediante las cuales el fondo último nos habla de sus secretos[3]. Así, ya vivamos volcados hacia el exterior o recogidos en nuestro interior, siempre nos sorprende el dolor de aquel individuo que allí donde dirija su mirada, permanece ciego ante bienes tan primorosos. Nos sobrecoge la inquietud tanto durante los placeres exi-

gentes de la soledad como en los banquetes de las fiestas mundanas.

La forma transparente se da cuando profundidad y superficie se manifiestan al mismo tiempo a nuestra vista. Puede estudiarse tomando como ejemplo el cristal, que cabría describir como un ser capaz tanto de formar una superficie interior como de proyectar su profundidad hacia el exterior. Y llegados a este punto me gustaría formular la siguiente conjetura: ¿no podría el mundo, tanto en su vastedad como en su miniatura, estar formado según el modelo de los cristales, pero de tal modo que nuestro ojo no lo penetrase sino raramente bajo esa propiedad cristalina? Hay indicios que apuntan hacia esa suposición: cada uno de nosotros, sin duda, habrá experimentado alguna vez en el pasado cómo hay ciertos instantes extremos en que personas y cosas se transparentan, tal vez hasta el punto de provocarnos una sensación de vértigo, incluso un estremecimiento de horror. Es lo que ocurre en presencia de la muerte, pero también de cualquier otro poder soberano que como la belleza, por ejemplo, suscita semejante efecto; en particular se le atribuye a la verdad. Así, por citar un caso conocido, el descubrimiento de la protoplanta[4] no es sino la percepción, en el momento propicio, de su verdadero carácter cristalino. Igualmente, en una conversación sobre cosas que nos afectan en lo más íntimo, las voces se tornan diáfanas; atravesando la convención de las palabras comprendemos a nuestro interlocutor en otro sentido, el decisivo. Más allá de ello cabe presumir la existencia de puntos en que esa especie de clarividencia no está mediada por estados inusitados de entusiasmo, sino que forma parte de una magnífica reserva de vitalidad.

En cuanto al uso de las palabras en ese sentido, le beneficia el hecho de que también el lenguaje posee profundidad y superficie. Disponemos de numerosas expresiones que poseen tanto un significado manifiesto como uno hermético, y lo que en el mun-

do óptico es la transparencia, aquí es la consonancia secreta. También en las figuras estilísticas, sobre todo en el símil, hay muchos elementos que permiten superar la ilusión de los términos contradictorios. Sin embargo, este procedimiento exige agilidad; si se emplea una lente pulida para espiar la belleza de los organismos inferiores, que no se tenga después aversión a ensartar un gusano en un anzuelo cuando se pretende explorar la vida maravillosa que habita en las aguas oscuras. Pero del autor siempre hay que exigir una visión global, ajena a la precipitación y al azar: se le ha otorgado el verbo para que lo dirija al Uno y al Todo.

Endivias violeta

Steglitz

Entré en una selecta tienda de ultramarinos, porque me había llamado la atención una extraña especie de endivias de color violeta expuesta en el escaparate. No me sorprendió la explicación que me ofreció el tendero: ese manjar sólo podría convenir como guarnición a un tipo especial de carne, la carne humana. En realidad ya me había asaltado un oscuro presentimiento.

Mantuvimos una larga conversación sobre el modo de preparar el plato, después bajamos a las cámaras frigoríficas, donde vi a seres humanos colgados con ganchos de las paredes, como conejos ante la tenducha de un tratante de caza. El tendero hizo particular hincapié en el hecho de que yo estaba contemplando piezas batidas, sin excepción, en la caza y no cebadas en serie por los criaderos:

—Más magras, sí, pero, no lo digo por hacer publicidad, mucho más aromáticas.

Manos, pies y cabezas se exhibían separadamente en bandejas y llevaban prendidas etiquetas con su precio.

Cuando subíamos de nuevo por la escalera, dejé caer el siguiente comentario:

—No sabía que en esta ciudad la civilización hubiera progresado tanto.

Al oírlo el tendero pareció sorprenderse durante un instante, pero acto seguido contestó con una sonrisa muy cortés.

En el barrio de los ciegos

Überlingen

A lo largo de toda la noche había errado por un barrio de alterne de una gran ciudad, sin saber en qué país del mundo me encontraba. Algunos detalles evocaban bazares marroquíes; otros, ferias parecidas a las de los arrabales berlineses. Hacia el alba fui a parar a un rincón apartado que aún no conocía aunque en él pululase una vida agitada. En sus callejas se habían montado barracas de baile; ante cada una de ellas exhibían sus cuerpos diez, veinte o incluso un número mayor de bailarinas. Vi cómo algunos de los transeúntes elegían su pareja entre ellas y la llevaban a bailar a su barraca. También yo me uní a ellos, aunque las muchachas no me gustaban nada, pues vestían de un modo desaliñado y todas mostraban el mismo rostro inexpresivo. Tan pronto como se las tocaba, se animaban y se derretía su gelidez. El interior de la barraca tampoco era de mi agrado; la música era demasiado estridente y los colores no armonizaban. Era como si el conjunto representara un enigma y apenas mi mirada rozó la alfombra sobre la que bailábamos, adiviné la solución. Estaba orlada con motivos decorativos redondos, que sin embargo no parecían entretejidos, sino que sobresalían como discos finos de corcho sobre la tela deshilachada. Comprendí inmediatamente que era un artificio para impedir de forma disimulada que las muchachas no se salieran de la superficie de la alfombra mientras bailaban. Pues todas esas bailarinas eran ciegas.

Cuando abandoné la barraca, sentí hambre. Justo enfrente había una casa de comidas donde se podía desayunar; allí me recibió un tabernero que escanciaba cerveza rubia con la camisa remangada. Le pedí que me sirviera un desayuno, y mientras hervía el café y preparaba los emparedados, encargó a un joven que me diera conversación. Sólo en ese instante reconocí que me había adentrado en el barrio de los ciegos, pues también ese muchacho que intentaba entretenerme estaba privado de la vista. El tabernero lo mantenía como una especie de reclamo filosófico para atraer clientes a sus mesas. Se le podía sugerir un tema, y entonces, a causa de su ceguera, tomaba posición respecto a él de una manera inesperada y singular. Sin embargo, como carecía de capacidad perceptiva, sus argumentos provocaban en los clientes un agradable sentimiento de superioridad, que ellos intentaban fortalecer aún más instándole a disputar sobre la teoría de los colores y otras cuestiones análogas.

Ahora me acuerdo también de que ya había oído hablar de esa taberna como del local preferido por los metafísicos berlineses. Mi compasión por la suerte de ese joven en la cervecería se acrecentó mucho más en cuanto me di cuenta de que era realmente capaz de pensamientos profundos y audaces y que no le faltaba sino un poco de experiencia. Para consolarle pensé en un tema con unas características tales que tanto su ceguera como mi videncia nos hiciera sentirnos superiores uno respecto del otro; pues no quería humillarle ni con una derrota ni con una victoria demasiado fácil. Y así, durante el desayuno mantuvimos una deleitosa conversación sobre «lo imprevisto».

El horror

Berlín

Hay un tipo de láminas de chapa de gran tamaño que suele emplearse en los pequeños teatros para simular el ruido del trueno. Me imagino muchísimas de esas láminas, aún más del-

gadas y sonoras, dispuestas unas sobre otras a distancias regulares, como las hojas de un libro que, sin embargo, no están prensadas, sino que se mantienen espaciadas entre sí mediante un dispositivo separador.

Imagina que te subo a la hoja superior de esta enorme pila, y apenas el peso de tu cuerpo la roza, se parte en dos con un gran estruendo. Te precipitas, y caes sobre la segunda hoja que asimismo estalla con una explosión todavía más violenta. El cuerpo alcanza la tercera, la cuarta y la quinta hoja sin detenerse, y el aumento de la velocidad de caída hace que los impactos se sucedan con una aceleración semejante en ritmo y fuerza a un creciente redoble de tambor. Cada vez más vertiginosa y delirante, tanto la caída como el redoble se transforman en un poderoso retumbo de trueno que al final hace volar por los aires los límites de la conciencia.

Así es como el horror suele apoderarse de los seres humanos: el horror, que es algo completamente distinto del miedo, la angustia o el temor. Más bien se diría afín al espanto que reconoce el rostro de la Gorgona con el cabello erizado y la boca abierta a punto de gritar, mientras el temor, más que ver lo inquietante, lo sospecha, pero justo por ello su poder atenaza al hombre con mayor fuerza. El miedo se encuentra todavía lejos del límite y puede conversar con la esperanza, y el susto, sí, el sobresalto es aquello que experimentamos cuando se quiebra la lámina superior. Y entonces, en la caída mortal, se intensifican los golpes estridentes de timbales y las luces se ponen de color rojo incandescente, ya no como señal de alarma, sino como terrible confirmación, hasta llegar al horror.

¿Presientes lo que ya sucede en aquel espacio fronterizo, por el que tal vez algún día nos precipitaremos y que separa el vislumbre del abismo de la caída misma?

Visita extraña

Leipzig

Dormía en una casa vetusta cuando me despertó una serie de ruidos extraños que sonaban como un zumbido nasal, «dang, dang, dang». De repente me sobrecogió una enorme sensación de inquietud. Me levanté de un salto y me puse a correr, con la cabeza aún embotada, alrededor de una mesa. Cuando tiré del tapete, se movió. Entonces me di cuenta: no es un sueño, tú estás despierto. Mi angustia creció mientras el «dang, dang» sonaba siempre más rápido y amenazador. Resultó ser una señal de alarma que vibraba oculta en el muro. Corrí hacia la ventana, desde la cual vi una calleja vieja y muy angosta, que parecía hundida en un profundo pozo entre las casas, mientras sobre ella centelleaba la cola dentada de un cometa. Abajo se encontraba un grupo de personas, hombres con grandes gorros puntiagudos, mujeres y muchachas, ataviadas de forma anticuada y desaliñada. Parecían haber salido justo en ese momento de las casas para reunirse en la calle; los sonidos de sus voces subían hasta mí. Entonces oí las siguientes palabras: «El extraño está de nuevo en la ciudad».

Cuando me di la vuelta, alguien estaba sentado sobre mi cama. Quise arrojarme por la ventana, pero no podía despegarme del suelo, como si estuviera hechizado. La figura se levantó con parsimonia y me miró fijamente. Sus pupilas ardían como brasas y se dilataban a medida que se clavaban en mí con mayor penetración, lo que les prestaba un aspecto de terrible amenaza. Cuando su tamaño e incandescencia se volvieron insoportables, estallaron y se esparcieron en una lluvia de centellas, como si algunos fragmentos de ascuas saltaran a través de la parrilla. Sólo quedaron las negras cuencas de los ojos, totalmente carbonizadas, como la nada absoluta, que se oculta tras el último velo del terror.

Tristram Shandy

Berlín

Durante los combates en Bapaum llevaba siempre conmigo en el guardamapas la edición de bolsillo del *Tristram Shandy* y también figuraba entre mis cosas cuando aguardábamos la orden de ataque ante la localidad de Favreuil. Puesto que se nos obligaba a esperar en la loma donde estaban las posiciones de artillería, desde el alba hasta bien pasado el mediodía, no tardó en invadirme el tedio, a pesar de que la situación entrañaba peligro. Así pues, comencé a hojearlo, y su melodía entreverada y atravesada por diversas luces, se desposó pronto, como una secreta voz de acompañamiento, con las circunstancias externas, en una armonía de claroscuro. Tras muchas interrupciones y tras haber leído algunos capítulos, recibimos finalmente la orden de ataque; guardé el libro de nuevo y al ponerse el sol ya había caído herido.

En el hospital militar retomé una vez más el hilo, como si todo lo acaecido en el intermedio sólo fuera un sueño o perteneciera al contenido mismo del libro, como si se hubiese interpolado un tipo particular de fuerza espiritual. Me administraron morfina y continué la lectura ora despierto ora aletargado, de tal modo que los múltiples estados de ánimo fragmentaron y ensamblaron una vez más los pasajes del texto ya mil veces fragmentados y ensamblados. Los accesos de fiebre que combatía con cócteles de borgoña y codeína, los bombardeos de artillería y aviación sobre el lugar a través del cual ya comenzaba a fluir la retirada y donde con frecuencia nos dejaban completamente olvidados, todas estas circunstancias aumentaban aún más el desconcierto, de modo que hoy sólo me ha quedado de aquellos días un recuerdo confuso de un estado de excitación mitad sensibilidad y mitad delirio, en el que uno mismo no se habría sorprendido ni siquiera por una erupción volcánica y en el que el

pobre Yorick y el honrado tío Toby eran las figuras más familiares que se me presentaban.

Así, en circunstancias tan dignas, ingresé en la orden secreta de los shandystas, a la que, hasta el día de hoy, he permanecido fiel.

Los centinelas solitarios

Berlín

Swedenborg condena la «avaricia espiritual» que esconde sus sueños y su ciencia infusa.

Pero ¿qué pasa con el desprecio del espíritu a acuñarse y a circular como moneda, con su retiro aristocrático en los castillos encantados de Ariosto? Lo inefable se degrada al expresarse y hacerse comunicable; se parece al oro que es preciso mezclar con cobre, si deseamos transformarlo en moneda de cambio. Quien a la luz del alba intenta recordar sus sueños, los verá escurrirse de la red del pensamiento como al pescador de Nápoles las crías plateadas que a veces se extravían en los bancos menos hondos del golfo.

En las colecciones del Instituto de Mineralogía de Leipzig vi un cristal de roca de treinta centímetros de altura, que en la excavación de un túnel se había extraído de las entrañas más profundas del San Gotardo: un sueño de la materia muy solitario y hermético.

Entre los arcanos que me reveló Nigromontanus figura la certeza de que entre nosotros hay una tropa selecta que desde hace mucho tiempo se ha retirado de las bibliotecas y del polvo de las arenas, para consagrarse a su trabajo en el más recóndito cenobio y en el más oscuro Tíbet. Él hablaba de hombres sentados solitariamente en estancias nocturnas, imperturbables como rocas, en cuyas cavidades centellea la corriente que afuera hace girar toda rueda de molino y que mantiene en movimiento el

ejército de las máquinas; pero la energía de estos hombres permanece extraña a todo fin y se recoge en sus corazones, que, como matriz caliente y vibrante de toda fuerza y poder, se sustrae para siempre a cualquier luz externa.

Pero ¿trabajan? ¿Acaso no son las venas principales aquellas en las que la sangre se puede ver bajo la piel? Los sueños más arduos son soñados en fructíferas tierras de nadie, en zonas desde las cuales la obra se contempla como algo contingente, con un grado ínfimo de necesidad. Miguel Ángel, que, al final de su vida, se limita a esbozar los rostros en el mármol y deja dormitar en las cuevas los bloques en bruto como crisálidas, cuya vida, replegada sobre sí misma, confía a la eternidad. La prosa de *La voluntad de poder*, campo de batalla del pensamiento aún por descombrar, vestigio de una solitaria y terrible responsabilidad, gabinetes llenos de llaves arrojadas allí por alguien que no disponía de tiempo para abrirlos. Incluso un creador como el caballero Bernini, en pleno apogeo, confiesa su aversión por la obra acabada y Huysmans, en el prólogo tardío a *À Rebours*, se refiere a la imposibilidad de releer sus propios libros. He aquí también una imagen paradójica, como la de un hombre que posee la obra original y sin embargo prefiere estudiar malos comentarios. Las grandes novelas que permanecieron inacabadas, no fue posible acabarlas porque se ahogaban bajo el peso de su propia concepción. Se parece a la construcción de catedrales.

Pero, una vez más, ¿trabajan? ¿Dónde están aquellos monasterios de santos, en cuya noche oscura el alma triunfaba majestuosamente sobre la carne y conquistaba el tesoro de la gracia? ¿Dónde las columnas de los estilitas como monumentos de una sociedad suprema? ¿Dónde se conserva la conciencia de que nuestros pensamientos y sentimientos son completamente imperecederos, de que existe algo así como una doble contabilidad secreta donde todo gasto aparece, de nuevo, en un lugar muy alejado, como ingreso? El único recuerdo consolador se asocia a

esos instantes de la guerra en que de repente el resplandor de una explosión arrebata de las tinieblas la figura solitaria de un centinela perdido que debía de haber permanecido largo tiempo en ese puesto. Durante esas innumerables y terribles noches de guardia en la oscuridad se amasó un tesoro que será gastado más tarde.

La fe en esos hombres solitarios brota de la nostalgia por una fraternidad sin nombre, por una relación espiritual más profunda de la que es posible entre seres humanos.

Culebras azules

Berlín, Osthafen

Caminaba por una polvorienta y monótona senda que atravesaba un paisaje con prados y colinas. De repente se deslizó a mi lado una espléndida culebra con manchas sobre su piel de color gris metálico y azul cardo, y aunque sentí que se trataba de una pieza única, dejé que desapareciera en la espesura de la hierba. El encuentro se repitió, pero las serpientes eran cada vez menos brillantes, vistosas y coloridas; las últimas yacían incluso muertas sobre el camino y ya totalmente cubiertas de polvo. Poco después encontré un fajo de billetes esparcidos en un charco. Los recogí cuidadosamente uno a uno, les quité el barro y me los guardé en el bolsillo.

La iglesia del convento

Leipzig

Nos encontrábamos reunidos en la vieja iglesia de un convento, envueltos en suntuosos ropajes recamados en oro y rojo. Entre los monjes congregados allí había algunos, incluido yo, que por las noches se daban cita en la cripta. Formábamos parte de aquellos que se habían descarriado, porque la virtud del poder les embriagaba como el vino. Nuestro guía era un hombre toda-

vía joven, que destacaba sobre todos los demás por su modo elegante de vestir. La alta nave, bajo cuyas bóvedas se entrecruzaban maderos con luces de colores variados y desde cuyos altares brillaban piedras y metales, producía un eco vibrante, como el que deja tras de sí el resquebrajamiento de una espléndida copa que aún no ha sido usada. Hacía mucho frío.

Sin previo aviso, detuvieron a nuestro guía y lo llevaron a la fuerza hasta un banco del coro. Vimos cómo acercaban dos cirios dorados ante su rostro, que chisporroteaban y despedían un humo adormecedor. Después se le arrastró inconsciente hasta uno de los altares. Un grupo de monjes de rango inferior, con rostros de una maldad descarnada, rodeaba la figura que yacía en el suelo; pero aún más brillantes que las hojas de sus cuchillos me parecieron las miradas de los jerarcas que salían del claustro, entrando por el altar mayor, por la puerta de la sacristía y el relicario. Contemplaban a sus subordinados con solemnidad. No pude ver lo que sucedió; sólo me di cuenta, con horror, de que los monjes acercaban a los cálices sus labios rebosantes de un líquido lechoso, sobre el que se encrespaba una corona de espuma sanguinolenta.

Todo se consumó muy velozmente. La terrible compañía se retiró, y el martirizado se irguió lentamente. Su rostro delataba total ignorancia sobre las torturas que se le habían infligido. Se mostraba envejecido, enjuto, exangüe y pálido como la cal viva. Al dar el primer paso adelante, se desplomó muerto.

Este castigo ejemplar, que restableció el viejo orden irrevocablemente, nos sumió en una angustia atroz. Pero, cosa extraña, un sentimiento distinto se mezclaba con el dolor que me hendía el alma como el filo de una guadaña y cuyo recuerdo en adelante me ha acompañado como una doble conciencia. Lo sentía como uno de esos golpes que nos despiertan del sueño. Tal un susto repentino que a veces devuelve el lenguaje a los mudos, desde ese instante me sentí tocado por el sentido teológico.

La convicción

Berlín

Debemos distinguir entre aquello que simplemente sabemos y aquello de lo que estamos convencidos. Entre lo que se sabe y lo que se adquiere por convicción existe la misma diferencia que entre el niño adoptivo y el hijo biológico. La convicción es un acto espiritual que se consuma en la oscuridad, sugestión secreta y asentimiento íntimo que escapa al control de la voluntad.

Incluso el estudio más meticuloso se queda en un acercamiento espiritual de alcance limitado. A menudo, sin darnos cuenta, perseveramos en nuestros esfuerzos hasta cuando la lámpara ya se ha apagado. No sólo aprendemos mientras soñamos; el sueño también nos ilustra. Pero entonces ya no captamos palabras, frases y argumentos, sino un extraño mosaico que se compone de figuras. Los pensamientos nos aparecen como vórtices rítmicos y los sistemas como arquitecturas. Nos despertamos con la sensación de que una nueva red fluvial ha abierto sus canales en nuestro paisaje interior o que nos hemos ejercitado con armas extrañas.

De ese modo comprendemos la doctrina secreta que se oculta en todo lenguaje superior y tras el velo de las palabras. Sólo tales formas de comunicación poseen una gran capacidad persuasiva; pero esa impresión sólo nos cabe en suerte cuando el terreno fértil, oculto también en nuestro mismo ser, se arquea y eleva hacia ella.

La llave maestra

Berlín

Todo fenómeno dotado de sentido semeja un círculo, cuya periferia puede medirse de día con absoluta precisión. Pero de noche se esfuma, y el centro fosforescente salta a la vista, como

las florecillas de la denominada lunaria, esa planta sobre la que Wierus se explaya en su tratado *De praestigiis daemonum*. Con la luz aparece la forma; en la oscuridad, la fuerza engendradora.

Con nuestro entendimiento pasa algo parecido: puede atacar tanto desde la circunferencia como desde el centro. Para el primer caso el ser humano dispone de una laboriosidad de hormiga; para el otro, del don de la intuición.

Para el espíritu, cuya capacidad de comprensión parte del centro, el conocimiento sobre lo periférico pasa a un segundo plano; asimismo, para quien dispone de la llave maestra de una casa, los juegos de llaves que abren cada una de las estancias en particular desempeñan un papel secundario.

Los espíritus de primer orden se distinguen por el hecho de poseer la llave maestra. Como Paracelso provisto con la raíz de la mandrágora, penetran sin fatiga en cada cámara particular; para gran enojo de los especialistas, que ven cómo sus taxonomías quedan invalidadas de golpe.

Así pues, nuestras bibliotecas nos traen a la memoria la concepción geológica de Cuvier: yacimientos de fósiles, advertencia y recuerdo de un mundo agitadísimo que la irrupción catastrófica del genio derribó estrato por estrato. De ahí procede también ese desasosiego que el ser rebosante de vida experimenta en tales osarios del espíritu humano, y que no es sino la angustia suscitada por la cercanía de la muerte.

La razón combinatoria

Berlín

La inteligencia global no habita en las cámaras individuales, sino en la trabazón del mundo. Le corresponde un tipo de pensamiento que no discurre mediante verdades aisladas y compartimentadas, sino mediante nexos y correspondencias significativas; y su fuerza ordenadora estriba en la facultad combinatoria.

El extraordinario placer que depara el trato con tales espíritus se asemeja a la excursión a través de un paraje que sobresale tanto por la amplitud de su contorno como por la abundancia de detalles. Las vistas se alternan como en la danza de la rueda con una gran variedad de participantes, mientras que la mirada las contempla con una serenidad imperturbable, sin perderse en lo confuso o lo revuelto, en lo nimio o lo extravagante. A pesar de la riqueza de variantes que es capaz de crear y de la facilidad con que pasa de un territorio a otro, el espíritu sabe mantener su continuidad con un rigor espontáneo. Su energía parece acrecentarse, ya sea que pase del motivo a la realización o de la realización al motivo. Parafraseando la bella imagen de Clausewitz, podríamos comparar esa clase de movimiento con un paseo a través de un parque laberíntico donde, desde cualquier punto, se divisa el gran obelisco erigido en el centro.

La facultad combinatoria se diferencia de la razón estrictamente lógica en que siempre opera en contacto con el todo y jamás se pierde en los detalles aislados. Cuando se detiene en lo particular, se asemeja a un compás de dos clases de metal, cuya punta dorada se apoya justo en el centro. Por otra parte, la razón combinatoria depende en mucha menor medida de los datos; domina una matemática superior capaz de multiplicar y elevar a la potencia, allí donde la aritmética elemental se vale de simples adiciones.

Siempre que al genio le complace adentrarse en el campo de las ciencias, entabla con los especialistas una breve y decisiva batalla, donde éstos, por así decirlo, se lanzan a un ataque frontal, mientras él es capaz de acosar, con facilidad, las alas del enemigo desde los flancos. Su superioridad sobresale en el arte de la guerra por su máxima belleza y rapidez.

Mientras el entendimiento asume, entre otros cometidos, la función de clasificar las cosas según sus afinidades, la razón combinatoria se muestra superior porque es capaz de dominar

la genealogía de las cosas y sacar a la luz sus analogías profundas. Por el contrario, la simple razón lógica se limita a corroborar las semejanzas superficiales y se afana por medir las hojas en el árbol genealógico de las cosas, cuyo patrón fundamental yace oculto en el punto germinal de la raíz.

Por lo demás, el especialista digno de admiración se reconoce también por disponer de reservas más amplias que aquellas que se albergan en su disciplina. Cada trabajo particular de cierto calado se mezcla al menos con una gota de facultad combinatoria; y qué alados nos sentimos cuando ya en la introducción a uno de sus tratados damos con aquellas frases provistas de fuerza y, no obstante, expresadas sin gran esfuerzo, que dejan reconocer la impronta soberana. He aquí una sal que opone resistencia al tiempo y a cualquiera de sus progresos.

El caballero negro

Leipzig

Estoy envarado en una armadura de acero negro ante un castillo infernal. Sus murallas son negras; los colosales torreones, de color rojo sangre. Ante las puertas se alzan llamas de color blanco como si fueran columnas de fuego. Paso entre ellas, cruzo el patio de la fortaleza y subo las escaleras. Sala tras sala, estancia tras estancia se van abriendo ante mis ojos. El eco de mis pasos resuena contra las paredes de piedra labrada sobre el fondo de un silencio de muerte. Finalmente, entro en la sala circular de un torreón; sobre el dintel de la puerta está esculpido en piedra un caracol rojo. Carece de ventanas, pero se adivina el gran espesor de los muros; no arde ninguna vela, pero un resplandor sin sombra ilumina el espacio.

En torno a una mesa están sentadas dos jóvenes doncellas, una morena y otra rubia, y una mujer madura. Aunque el trío no muestra ningún parecido, deben de ser madre e hijas. Ante la morena hay un montón de largos y relucientes clavos de herra-

dura sobre la silla. Deposita cuidadosamente en su mano un clavo tras otro, examina la agudeza de la punta y atraviesa el rostro, las extremidades y los pechos de la rubia. Ésta no se mueve ni grita. De improviso la morena le levanta la falda y veo que el muslo y el cuerpo lacerado no son sino una sola llaga sanguinolenta. Esos movimientos silenciosos son de una lentitud inaudita, como si algún ingenio secreto retardara el curso del tiempo.

También la mujer, sentada enfrente de ambas, se mantiene muda e imperturbable. Como las imágenes de los santos lugareños, lleva un gran corazón confeccionado con papel rojo que oculta casi todo el pecho. No sin horror, reparo en que con cada punzada que recibe el cuerpo de la rubia, aquel corazón se tiñe de color níveo como un hierro incandescente. Me precipito hacia el exterior, hacia la salida, pues me siento incapaz de resistir esa prueba. Huyo volando a lo largo de una galería flanqueada por puertas, selladas con cerrojos de acero. Sólo entonces intuyo la verdad: detrás de cada una de esas puertas, desde el sótano más profundo hasta el aposento de la torre más elevada, están infligiéndose tormentos sin límite de los que ningún ser humano tendrá jamás noticia. He penetrado en la fortaleza secreta del dolor, pero ya el primero de sus modelos era superior a mis fuerzas.

El placer estereoscópico

Berlín

En el acuario contemplando los peces de coral. Uno de esos animales exhibía colores de una tonalidad incomparable: un rojo oscuro profundo rayado con bandas de negro aterciopelado, con un matiz que sólo es posible en tales lugares de la tierra, donde la carne crece en armonía con la isla. Su cuerpo, como de crema, parecía tan blando, tan semejante a una membrana de color, que daba la sensación de que podía ser atravesado con una ligerísima presión del dedo.

Ante ese espectáculo cobré conciencia de uno de los placeres más exquisitos de este mundo, a saber, la sensibilidad estereoscópica.

La fascinación que despierta un color tal depende de una percepción que abarca algo más que el puro cromatismo. En este caso, se añade algo que podría denominarse el valor táctil, una sensación cutánea que torna agradable la idea del roce.

Ese valor táctil se manifiesta sobre todo en colores muy delicados y muy intensos, pero también en tonalidades metálicas, y, como corresponde a su buen hacer, los pintores saben emplearlas para simular las sensaciones epidérmicas, como Tiziano en sus ropajes y Rubens en sus cuerpos, que Baudelaire compara con «almohadones de carne fresca».

Esa peculiaridad es consustancial a muchos géneros de arte plástico, como el pastel; y no es un azar que la pintura al pastel prefiera como motivo las graciosas cabezas femeninas. El pastel pertenece a las artes eróticas, y tiene algo de simbólico el hecho de que su «terciopelo», el primer esmalte florido de su gama de colores, se pierda tan pronto.

Nos proporcionan placer estereoscópico sobre todo el encarnado, la hojarasca, la pincelada, el esmalte incoloro, la transparencia, el barniz y el fondo, tal vez las vetas de la tabla de madera, el color de arcilla cocida del vaso, la porosidad gredosa de la pared encalada.

Percibir estereoscópicamente significa obtener al mismo tiempo, en un solo y mismo matiz y a través de un único órgano de los sentidos, dos cualidades sensoriales. Esto sólo es posible en la medida en que un sentido asume no sólo su propia función, sino además la función de otro. El clavel rojo y perfumado no es, por supuesto, un ejemplo de percepción estereoscópica. Por el contrario, sí lo es el clavel de color rojo aterciopelado, el aroma a canela que exhala el clavel, del que no sólo experimentamos el olor gracias a una cualidad olfativa, sino simultánea-

mente el sabor gracias a una cualidad gustativa propia de las especias.

En ese contexto, una excursión a una mesa bien provista de viandas también puede ser reveladora. Así, el aroma de las especias, de las frutas y de los zumos no sólo se huele, sino que también se saborea; a veces, como en los vinos del Rin, el aroma adquiere incluso el matiz de ciertos colores. Es asombroso cómo el sentido del gusto invade la región del tacto; esta invasión va tan lejos que en muchos platos la alegría por la consistencia predomina sobre el gusto, y en algunos, incluso, el sabor propio queda relegado a un segundo plano.

Sin duda, no puede ser casual que esto ocurra tan a menudo justo con las cosas muy apreciadas. Entre éstas figura el espumoso, que otorga a este tipo de vino un puesto particular entre los caldos. También destaca la disputa sobre cuál es el verdadero sabor de la ostra; cuestión que permanecerá irresuelta mientras no se pida consejo al sentido táctil. El gusto se ve obligado a traspasar sus límites; y muestra su gratitud cuando se le ayuda con una gota de zumo de limón. De modo análogo, para muchas personas el agua de colonia se parece más a un refresco que a un perfume; por esa razón se le añade con agrado una gota de almizcle.

El barón Vaerst observa en su *Gastrosofía* cómo justo aquellos objetos situados entre diversos reinos de la naturaleza son particularmente sabrosos. Observación acertada, pues aquí nos encontramos casi siempre con alusiones extremas a cosas que, bien miradas, no son comestibles. Su atractivo sutil y secreto depende de la instrumentación más poderosa del sentido del tacto, y hay casos en que éste asume, casi totalmente, el papel del gusto.

Parece en general que el sentido del tacto, del que cabe derivar también el resto de los sentidos, desempeña una función especial en el conocimiento. Así como cuando los conceptos nos dejan en la estacada nos vemos obligados a confiar de nuevo en la intuición, también en muchas ocasiones, cuando empleamos

nuestra facultad perceptiva, recurrimos inmediatamente al sentido del tacto. Por eso nos gusta acariciar con la yema de los dedos las cosas nuevas, raras o valiosas. Es un gesto que revela tanto una naturaleza ingenua como una cultura refinada.

Volviendo a la estereoscopia: su eficacia consiste en agarrar las cosas con las pinzas internas. Que esto suceda gracias a un *solo* sentido que, por así decirlo, se desdobla, aumenta la delicadeza del asimiento. El verdadero lenguaje, el lenguaje del poeta, se distingue por el modo de asir sus palabras y sus imágenes, palabras que a pesar de sernos familiares desde hace tanto tiempo, se abren como flores y parecen irradiar un resplandor virgen, una música coloreada. Aquí resuena la armonía oculta de las cosas. Sobre su origen nos dice Angelus Silesius:

> En el espíritu los sentidos son un solo sentido y un solo uso:
>
> Quien contempla a Dios lo gusta, lo toca, lo huele y también lo oye.

Toda percepción estereoscópica nos provoca una especie de vértigo, pues saboreamos en profundidad una impresión que, al principio, se nos ofrecía en la superficie. Como en una gozosa caída, entre el asombro y la fascinación, nos estremece un escalofrío que oculta al mismo tiempo una certeza; experimentamos el juego de los sentidos con su leve movimiento, como un velo de misterio, como un telón tras el cual acecha lo maravilloso.

En esa mesa no hay ningún plato que no contenga un grano de especias de la eternidad.

El rizo[5]

Leipzig

… y en el método me inició Nigromontanus[6], un excelente maestro, cuyo rostro, por desgracia, se me deslíe en la memoria. Si casi lo he olvidado es porque le gustaba borrar las huellas que

dejaba tras de sí, como un animal que se esconde en la más profunda espesura del bosque. Pero la comparación no es acertada; más bien puede describírsele como un rayo de luz que tornaba visible lo oculto, mientras él mismo permanecía invisible.

Sólo cuando estoy de buen humor y el barómetro interior señala un estado de ánimo radiante, recuerdo algunos de sus rasgos peculiares, pero también entonces, como signos de una escritura olvidada desde tiempos remotos. Así, siempre me esfuerzo en vano al intentar recorrer mentalmente el trayecto hacia su seminario y, sin embargo, con qué facilidad nos acordamos del viejo camino a la escuela. Cuando cavilo sobre ello, enseguida me quedo perplejo. Recuerdo bien que él vivía de alquiler en el tercer piso de una casa de Braunschweig que se alzaba cerca del río Oker entre jardines frondosos. Las escombreras también habían invadido el barrio, y la dulcamara entrelazaba sus sarmientos en las cercas de estos vaciaderos, mientras que la avena loca amarilleaba sobre sus montones de escoria y el estramonio mecía sus blancos cálices como banderitas al viento de la tarde. Cuando atravesaba los angostos caminos, oía el canto de tordos, régulos o reyezuelos que me acompañaban revoloteando entre los setos. Este lugar aún no conocía farolas ni letreros de calles, y, de este modo, me extraviaba con frecuencia. En la memoria esos extravíos se exageran hasta adquirir proporciones laberínticas, de modo que casi me parece como si el maestro hubiese habitado una isla en medio de un archipiélago, y lo cierto es que se trata de una isla inaccesible a todo barco porque la desviación necesaria para acercarse desafía todos los cálculos.

Ahora recuerdo que un día se puso a hablar sobre ciertos equivalentes de las montañas magnéticas, sobre centros espirituales de una fuerza tan repulsiva que para el sentido común permanecen imprevisibles y desconocidas como la cara oculta de la luna. Esto sucedió en su lección sobre las figuras metalógicas, concretamente sobre aquellas que él denominaba «rizo».

Por rizo entendía un estilo superior de escapar a las relaciones empíricas. Conforme a esa figura contemplaba el mundo como una sala provista de numerosas puertas, unas accesibles a todo el mundo, y otras visibles tan sólo a una minoría. Del mismo modo que en los castillos, cuando llegan los príncipes, suelen abrirse ciertos portales, de ordinario cerrados a cal y canto, también estas puertas invisibles se abren de golpe ante el poder espiritual de los individuos soberanos. Tales puertas se asemejan a las grietas abiertas en la maciza estructura del mundo, por entre las que no puede deslizarse sino el poder más delicado, y todos aquellos que las atraviesan, se reconocen gracias a ciertas contraseñas secretas.

Quien sabe rizar el rizo como acrobacia para abandonar el mundo, sabe también gozar de la deliciosa calma de la soledad en el centro de la vorágine de las grandes ciudades. Penetra en cámaras revestidas contra la fuerza de gravedad y las cargas del tiempo. En su interior los pensamientos flotan con mayor ligereza; en un momento inaprensible el espíritu recoge los frutos que de otro modo ni siquiera tras años de trabajo cosecharía. También se desvanece la diferencia entre presente, pasado y futuro. El juicio se vuelve benéfico como una llama luminosa no turbada por los influjos de la pasión. Aquí también el ser humano halla las justas medidas con las que ha de ponerse a prueba cuando está en una encrucijada.

Nigromontanus nos contaba historias de espíritus solitarios que habitan en mundos inaccesibles, aunque parezcan morar entre nosotros. Acostumbrados al fuego en sus grados más altos y puros, sólo se manifestaban cuando la inminencia del peligro supremo les hacía soportable el tránsito a nuestro mundo. Pero, a su juicio, ya podía considerarse afortunado quien en proporción inversa sabe moverse diligentemente en el mundo y sólo en algún instante es capaz de hacer el rizo. Nigromontanus gustaba de introducir como símil de tales momentos el breve silencio

que sigue a la invitación a deponer las armas. Poco después llega la negativa.

Sin embargo, por más que elogiase la capacidad de atravesar las paredes de nuestros romos sentidos, también solía muy a menudo prevenir contra el desprecio que engendra demasiado fácilmente el espectáculo de la debilidad. Cuando rozaba este tema, se le oía decir con frecuencia que hay *un rizo* factible incluso para el último de los hombres y que la puerta de la muerte en cuanto la más importante de las puertas invisibles, está abierta para cualquier ser humano sin distinción. Se refería a la muerte como el viaje más prodigioso que era capaz de emprender el ser humano, un verdadero juego de prestidigitación, la capa invisible por excelencia, asimismo la réplica sumamente irónica en la lucha eterna, la postrera e inexpugnable fortaleza de todos los seres libres y valientes. Cuando trataba esta materia disponía de una reserva inagotable de símiles y elogios.

Desgraciadamente debo reconocer que olvidé demasiado pronto sus lecciones. En vez de perseverar en mis estudios, ingresé en la orden de los mauritanos, la de los politécnicos subalternos del poder[7].

En las tiendas (1)

Goslar

Entre las cosas que, en las tiendas, me parecen curiosas, se encuentra la obstinada inclinación de los vendedores a empaquetar las mercancías por segunda vez, con un envoltorio especial, aunque, como ocurre, por ejemplo, con las tabletas de chocolate, vengan ya primorosamente embaladas de fábrica. Se trata de un modo de obrar que, como todo acto de cortesía, responde a motivos profundos.

En primer lugar, cabe conjeturar en esta costumbre un vestigio de ceremonias con las que antaño el comercio estaba vincu-

lado o incluso de las que dependía. Esto se manifiesta con mayor evidencia aún en los mercados públicos, donde siempre reina una especie de atmósfera festiva. El comercio de ganado, en particular, conserva todavía hoy su ritual, sus sacrificios y sus conjuros. Los grupos que regatean en el mercado de caballerías siguen traficando como en la época de los cíclopes. En su origen, el comerciante debe de haber sido, sin duda, el individuo más vulnerable y, por ello, sobre todo, el que más exigía ceremonias de protección, mientras que el comprador se transformaba demasiado fácilmente en un ladrón violento. Las relaciones comerciales de los fenicios han llegado hasta nuestros días. Volvemos a encontrarlas cuando leemos las crónicas de los navegantes de los Mares del Sur.

Todo vendedor se inclina naturalmente a dar esa impronta final a la mercancía. Embalar, envolver y atar con un lazo implica también un gesto de disimulo; la venta especialmente apreciada es la venta bajo mano. Además de ello, en nuestra época ese modo de obrar posee otro carácter, aquel que todavía se corresponde a su rango y posición social, y ello en la medida en que el gran asalto de la técnica al mundo estamental se extiende también al gremio de los comerciantes. Pesar, medir y empaquetar con diversos papeles de embalaje son, en este sentido, actos mediante los cuales el comerciante participa todavía en aquel viejo orden de relaciones, como se describen en la novela *Debe y haber* o en la revista *Comercio y tráfico*. De ese modo, el comerciante se defiende del embate de la industria, que pretende reducirlo a la condición de mero distribuidor. Pero hay ya sectores donde la competencia se ha decidido en perjuicio suyo. Entre éstos destaca el negocio del tabaco. Apenas puede hablarse hoy de tienda en el antiguo sentido de la palabra, sino más bien de quiosco. El comercio se ha reducido aquí al mínimo; el cliente recibe la mercancía de una vez, tal y como se le entrega, expedida en un paquete uniforme, pesado, medido y gravado con impuestos. Es previsible que ese modo de venta se propague enor-

memente en los próximos decenios, llegando incluso a penetrar en sectores que hoy nadie es capaz siquiera de barruntar.

Sin embargo, hay también lugares donde no puede pretenderse que se nos empaquete la mercancía; por ejemplo, la ventanilla de correos y la taquilla de la estación de tren. Las discusiones que suelen observarse aquí se originan porque el comprador echa de menos las maneras corteses que son propias del establecimiento comercial. La diferencia entre clientela y público repercute aquí de forma latente. Cuando compramos postales en una tienda nos encontramos en una situación absolutamente distinta a la que se da al adquirir esa misma postal en una ventanilla. Esa diferencia se expresa ya en la instalación exterior. Así, los mostradores de los comercios se construyen con la mayor amplitud posible, para que pueda atenderse a los clientes uno al lado del otro; por el contrario, el acceso a las taquillas está pensado para despachar en fila. Mientras que, como es sabido, todo comerciante intenta elogiar su mercancía, el funcionario se inclina siempre a plantear objeciones, nos envía a otra ventanilla, no ofrece sino ciertas cantidades y, en general, más que seducir al cliente prefiere quitárselo de encima. La diferencia es también muy ostensible cuando encargamos grandes cantidades, pues el comerciante se muestra amable, mientras que el funcionario se vuelve quisquilloso. Se trata aquí de combates en primera línea muy instructivos entre la institución del comercio y la máquina burocrática o entre la casta de escribas y la de los mercaderes. El enfrentamiento adopta dimensiones descomunales, cuando una de esas actitudes triunfa sobre la otra, como demuestra, por ejemplo, la introducción de la economía planificada. En ese caso, como se pudo observar durante la guerra, todas las tiendas y negocios se transforman en salas de taquillas y ventanillas, ante las cuales el público, dispuesto en largas filas, espera con paciencia su turno. El proceso inverso se desarrolla cuando triunfa el comerciante; tras la derrota sufrida en la Gran Guerra, las oficinas con ventanillas se adaptaron al estilo de los grandes almace-

nes. Allí donde el comerciante, sin salirse de su propia naturaleza, establece relaciones con el poder, se producen ciertas interferencias entre ambas esferas. De este modo, la alta finanza imita a las instituciones estatales; se habla de empleados y de ventanillas de la banca, y las tesorerías se construyen como fortalezas[8].

En cuanto a los estancos, es llamativo el hecho de que a muchos clientes les guste demorarse en el interior un poco más de tiempo de lo que es usual en otros negocios. La gente conversa sobre las últimas noticias, sobre el tiempo, sobre política; en general, entramos en la tienda con un sentimiento agradable. En este aspecto, tales locales guardan cierta afinidad con las barras de las cervecerías; lo que, sin duda, tiene que ver, en el fondo, con que allí se compra una droga. Una atmósfera similar reina en las peluquerías, donde, por supuesto, se establece una relación distinta, más íntima. Todos los oficios que se dedican al cuidado directo del cuerpo, como el peluquero, camarero, empleado de balneario o masajista, poseen un carácter de casta cerrada. Aquí se observa, sobre todo, cierta inclinación a doblegarse por deferencia; el peluquero se ciñe a la barba, su opinión política coincide siempre con la del cliente a quien está afeitando. No obstante, también sabe intervenir; su método, basado en la proximidad corporal, recurre a la insinuación. Resistirse a la seducción cuesta más de lo que habitualmente se cree. Así que, en tales ocasiones, todos hemos adquirido, al menos una vez, sin quererlo, una serie de bienes o servicios superfluos, y hay circunstancias donde se decide algo todavía más importante que el consumo. El régimen político más favorable para el desarrollo de ese tipo humano es el despótico; también es un negocio que se anima en tiempos de decadencia. Son curiosos los lugares y paisajes donde abundan y florecen los templos de la cosmética, a veces incluso evocan épocas fabulosas. En los comercios más exquisitos de esa clase nos dejamos seducir con facilidad por atmósferas de épocas remotas y civilizaciones antiguas, por un

bienestar asiático o una euforia sátrapa, como sólo puede alcanzarse con la toma de baños turcos en Rusia o con la audición de orquestas cíngaras. También se frecuenta menos una tienda que un salón de peluquería; en éste recibimos un servicio afable, cortés y discreto. No hay nada más raro que un peluquero zafio. Naturalmente, estas situaciones poseen también sus correspondencias astrológicas; la Luna, sobre todo, ejerce aquí su influencia. Nos encontramos, casi sin excepción, con el rostro lunar, pálido, linfático, agitado; además de una inclinación delicada al ornamento, a la cultura, a la distinción mundana. Como en todos los espacios lunares, hay espejos, cristales y perfumes en abundancia. A menudo también observaremos cierto sentido de la elegancia, en particular para el calzado refinado, y cierto talento superficial para el aprendizaje de idiomas extranjeros. Smerdiákov, en *Los hermanos Karamazov*, es un representante manifiesto de esta casta. En cuanto me familiaricé con este tipo de relaciones, no tardé en reconocer también por la calle a los transeúntes que pertenecían a esta casta. El mayor acierto lo tuve durante un viaje de Nápoles a Capri, en el que clasifiqué en este género a un pasajero vestido con ropa lujosa y de una cortesía exagerada. Estaba sentado a la mesa junto a él; se presentó como director de un consorcio de hoteles europeo y me enredó en una conversación sobre los suicidas, en los que creía ver la escoria de la humanidad. «¡Así pues, un solo canalla es capaz de arruinarles toda la estación!».

Por lo demás, el ejercicio de este tipo de observación no se limita al placer que, sin duda, depara. Solemos dividir a los seres humanos en dos grandes clases, por ejemplo, en cristianos y no cristianos, explotadores y explotados, y así sucesivamente. Nadie se libra de esta tendencia, pues la división dicotómica es la más común entre todas las formas taxonómicas. Pero conviene tener presente que tal división no es armónica; es de índole lógica o moral. Ese carácter implica la siguiente conclusión: la división dicotómica deja siempre un resto; por eso es preciso siempre

una nueva elección en un sistema bipartidista o una guerra eterna en la frontera entre cristianos y paganos. La estabilidad, por el contrario, crece en la medida en que más allá de la mera división intelectual somos capaces de una división sustancial, y cuanto más numerosas son las posibilidades de división, tanto más seguro es el depósito que se conserva en ellas. Ésta es la ventaja del sistema de castas, que está determinado tanto por la división en dos como por la división en varios grupos.

Aunque entrañe dificultad, merecería la pena investigar si nuestro mundo laboral contiene gérmenes de esa clase, es decir, si se observa una tendencia del carácter especial del trabajo a la integración. En cualquier caso, no es su naturaleza simple la que se opone a la posibilidad de división en una multiplicidad[9].

Rojo y verde

Goslar

Poco antes del crepúsculo, un inquietante juego de colores metamorfoseó la ciudad. Todas las cosas rojas y amarillas comenzaron a moverse y a despertarse; adquirieron tonalidades muy parecidas a las de las flores de las capuchinas. En particular, las viejas techumbres de teja semejaban almohadones de greda roja, acumuladores saturados que irradiaban un exceso de materia luminiscente. Al mismo tiempo el paisaje parecía más artificial, todos los elementos arquitectónicos y todos los detalles de los parques destacaban con mayor fuerza. El espectáculo se teñía con los últimos fulgores del sol, que, a través de las altas nubes crepusculares, como lámparas suspendidas, aún iluminaban la ciudad.

También he observado, de un modo completamente análogo, que el verde es el primer color que se anima al rayar el alba. A esa hora comienza a inundar las cosas con una delicadeza argéntea, así como la energía vital afluye en el cuerpo del convaleciente. A veces se recibe la impresión de una acuarela todavía húme-

da, donde sólo se ha coloreado una avenida o un grupo de árboles.

Se diría que esos fenómenos se rigen por una ley que se repite también en el transcurso del año. En este caso los colores se ordenan en una gama que va desde el verde claro primaveral hasta el pesado y resplandeciente brillo metálico. Así pues, un jardín otoñal es oro puro. Lo mismo vale para las frutas, donde la maduración se hace visible en el tránsito desde el verde al amarillo o rojo. También el violeta, el azul o el negro no son más que un rojo intensificado.

Por lo demás, esa iluminación me parecía tan extraordinaria que al contemplar los rostros de los transeúntes me asombraba de no verlos atemorizados. En cierto modo, tener conciencia de ser los únicos interpelados por un espectáculo de tal importancia produce inquietud. Es verdad que la situación opuesta provoca un efecto equiparable; por ejemplo, cuando se ve a los habitantes de una ciudad reunidos delante de sus puertas, mientras cuchichean sobre cosas extrañas. A veces, en tales ocasiones, me asalta una sospecha: ahí debe de haber un cometa detrás de los tejados.

Pecios de la playa (1)

Nápoles

De cabo Miseno, y desde allí hacia la Procida, el olor del mar me pareció más profundo, penetrante y vigorizador que nunca. Siempre que lo aspiro, mientras sigo el angosto curso de la orilla pulido por el vaivén de las olas, experimento aquella ingravidez que delata un aumento de libertad. Tal vez se deba a que este olor reúne putrefacción y fertilidad en una mezcla indiscernible; generación y muerte se equilibran en la balanza.

Esta secreta armonía, que fortalece el corazón y lo sosiega, se expresa, sobre todo, en las oscuras exhalaciones de las algas, que el mar arroja sobre la línea de la playa en verdes tramas lumino-

sas, en oscuros haces y en racimos de un bronceado cristalino. Así se forma el lecho donde la mar esparce las abigarradas ofrendas de su sobreabundancia. Muchos seres van allí a perecer, de modo que el caminante contempla su andadura orlada por la descomposición. Ve los blanquecinos vientres de los peces inflados por la putrefacción, las puntas agudas y resplandecientes de la estrella de mar resecadas hasta parecer cuero ajado, los bordes curvos de las conchas que se resquebrajan para abrirse a la muerte; y las errantes medusas, esos suntuosos ojos del océano con su iris de oro centelleante, que se desvanecen hasta no dejar apenas sino una membrana de espuma seca.

Sin embargo, aquí están ausentes los horrores de los campos de batalla, que el guerrero ha dejado tras de sí, pues, sin cesar, el mar, como un animal de rapiña, lame a lengüetazos salados y afilados su irisada presa, husmea sus rastros de sangre y, de nuevo, los absorbe. Estos despojos están entreverados con la fuente de la vida. Por ello, su olor semeja una pócima amarga que corta las angustias de la fiebre. Pues, cierto, también aquí, cuando la mar susurra desde la lejanía, como una de aquellas grandes caracolas que, de niños, tomábamos de la repisa de la chimenea para acercarla a nuestras orejas, y sobre su concha rosada una enfermedad voluptuosa parecía extender manchas mohosas de color azul, sí, también aquí, la cercanía de la muerte instila en la sangre una de esas gotas de opio que nos sume en un melancólico letargo y conjura la lóbrega mascarada de la aniquilación. Sin embargo, también la irradiación de la vida, tres veces resplandeciente, alcanza al corazón, como si procediese de la misteriosa piedra negra que despide rayos rojos.

Éste es el áspero olor de la carne, investido con los dos grandes símbolos de la muerte y la generación, y por ello, sin duda, digno de sazonar la frontera entre tierra firme y mar.

El diorama

Berlín

Entre nuestros recuerdos hay algunos de una nitidez singularmente plástica; contemplamos ciertas escenas del pasado como a través del agujero de la cerradura o de los cristales redondos de los panoramas que antaño se exponían en las ferias anuales. Cuando se nos muestran a la vista tales imágenes minúsculas que aparecen repentinamente, como por un escotillón, advertimos que no pertenecen a esos fenómenos que exigen a la conciencia un particular esfuerzo. A menudo tenemos mucho más presentes aquellas situaciones en las que participamos de un modo letárgico y onírico. Por ejemplo, una vieja nos coge de la mano y nos conduce a una habitación donde el abuelo yace muerto. Con frecuencia, los recuerdos de esta clase dormitan durante largo tiempo; se asemejan a esas películas expuestas a radiaciones invisibles, que un buen día somos capaces de revelar. A estos recuerdos pertenece también el encuentro erótico, y sobre todo el abrazo erótico en el espacio anárquico.

Vivía en un permanente estado febril; había abandonado el hospital militar, porque el reposo se me había vuelto insoportable, pero estaba muy lejos de haber sanado. Por la mañana, todavía expectoraba sangre en mi pañuelo, pero procuraba olvidarlo. Fumaba cigarrillos cargados, el primero ya me esperaba en la mesita de noche nada más abrir los ojos en la madrugada, y el vino se me subía fácilmente a la cabeza.

Durante las noches, de vez en cuando, los disparos me despertaban con un sobresalto, pues en el barrio anguloso donde me hospedaba en una habitación de alquiler, había calabozos, y la muchedumbre intentaba liberar a los prisioneros. En un cuartel cercano se celebraban consejos de guerra, y cada mañana se mandaba fusilar tras un monumento a los saqueadores capturados por la noche. Los hijos de mi patrona conocían la hora y ob-

servaban con atención el espectáculo. A pocos pasos de ese monumento se había instalado un parque de atracciones; los órganos del carrusel sonaban desde la tarde hasta el alba.

Por la mañana, mirábamos las calles desiertas y derruidas, que estaban desempedradas; llevaban años sin ser pavimentadas. Por la tarde, la imagen se metamorfoseaba; las luces palpitantes, como las que irradian los tubos vacíos de aire en los laboratorios de física, esparcían un débil resplandor. Esa escena suscitaba la impresión de que un caos fatal se había apoderado de la red eléctrica de la ciudad, como si la corriente se encendiese aquí y allá en un derroche de variados cortocircuitos. Las líneas azules, rojas y verdes disimulaban las míseras fachadas desconchadas y transfiguraban los portales luminosos en soberbios palacios. Tras ellos se abrían salas de baile, restaurantes o pequeños cafés, donde se interpretaba un nuevo género de música enervante. Mientras de día las calles y las plazas se veían inundadas por masas grises y desaliñadas, en estos lugares se reunía un público de una elegancia exagerada, y mientras por la mañana se veían largas filas de mujeres ante la panadería, en estos locales los bufetes servían bandejas llenas de langostas y aves trufadas.

Los bares comenzaban a animarse más bien de noche, y por las tardes los cafés todavía estaban casi vacíos. En uno de ellos solía encontrarme con una muchacha esbelta, de cabello castaño; nos habíamos conocido durante el desfile de uno de los regimientos que retornaban. Existía un gran contraste entre la fiebre caótica que me consumía, y la determinación desapasionada de esa muchacha cuyo curioso nombre de pila no logro recordar. El rostro de aspecto ordinario y algo mojigato hacía pensar en una de aquellas profesoras de gimnasia, cuyo secreto deseo es viajar en verano a Suecia y que frecuenta las bibliotecas ambulantes a la espera de buenas novelas.

No consigo recordar el contenido de nuestras conversaciones; supongo que hablaríamos en dos dialectos muy distintos. Como

muchos de los supervivientes, parecía cargado de esa corriente galvánica que transforma los metales que toca, cualquiera que sean las imágenes troqueladas sobre ellos. Ese estado era, sin duda, particularmente apropiado para agudizar la viejísima controversia que se plantea al decidir qué merece más estima, si la bebida misma o la copa en que se ofrece. Me sentía arrastrado con ardor por los vórtices del naufragio; toda estabilidad, toda preservación y protección eran un lastre.

Pero, tal vez, mi poder de seducción se basaba justamente en esta cualidad, cuyos efectos explotaba conscientemente, egoísta y testarudo como un niño que intenta satisfacer su propios caprichos a toda costa. A ello se añadía el insensato placer que me procuraba comprobar mi capacidad de seducción, un placer muy parecido al que experimentan los hipnotizadores de poca monta que imponen a sus víctimas tareas absurdas, cuya ejecución no depara ninguna utilidad ni a esos pobres diablos ni a ninguna otra persona.

Así pues, aquella tarde había intentado todas las estratagemas imaginables para que me acompañara a mi cuarto, y para ser franco demostré un arte de persuasión metódica que exigía menos esfuerzos de mi parte que de la suya para resistirse. Pero justo cuando intenté quitarle el abrigo, se escapó de mis brazos presa del pánico como una sonámbula que recobra el sentido, e inmediatamente después la puerta se cerró tras ella. Todos sus movimientos se sucedieron como bajo una poderosa coacción; tenían algo que me dejaba muy estupefacto, como si la viese representar lejos de mí un papel cuyo sentido escapaba a mi comprensión.

Pero aún me quedé más perplejo cuando, pasado aproximadamente un cuarto de hora, la vi entrar de nuevo en la habitación, sin decir una palabra y sin reparar en mí. Cerró la puerta con llave tras de sí y comenzó a desvestirse, en silencio y con cierta rabia, que se expresaba en una especie de sollozo cada vez

que un botón o una cinta parecía ofrecerle resistencia. Sin avergonzarse ni una pizca de su desnudez, se dirigió hacia mí, y durante un largo intervalo de tiempo mantuvimos una suerte de duelo con las miradas, sin pestañear, con una expectación tensa y sin duda hostil. Me di cuenta de que sus ojos me habían cautivado con toda su fuerza de atracción; después empezó a dilatarse la pupila y me atravesó con la mirada como a través de un comparsa que no participara en la escena.

Hay palabras de una profundidad tan fútil o de una futilidad tan profunda que nos avergonzamos de repetirlas cuando se desprenden del instante vital con el que estaban vinculadas. Me pareció como si todavía hubiese un tercer espectador en el cuarto que examinase las circunstancias con mucho cuidado, y sin esperarlo comentase con un tono distante: «Has bebido vino».

Y oí una réplica en voz baja y airada: «¿Qué hay de malo?».

Podía ver nuestra nítida imagen en un viejo espejo que colgaba algo torcido, como dos figuras iluminadas desde abajo por las brasas de la estufa; y el deslustrado revestimiento metálico, como el velo de gasa verde que se sitúa delante del teatro de marionetas, confería a nuestras siluetas la ilusión de lo lejano. Y desde una gran distancia, desde la frontera de los sueños, regresó como un eco a mi pregunta: «O sí, hay algo malo… muy malo».

El guardabosque mayor

Goslar

El inmenso bosque que atravesaba me resultaba familiar y extraño al mismo tiempo. Estaba formado por plantaciones de arboledas cultivadas regularmente que los fines de semana rebosaban de domingueros venidos de la gran ciudad, pero entre tales parques había dispersas islas de bosque virgen y sierras inexploradas. Me había adentrado en su corazón para buscar al guarda-

bosque mayor, pues me había enterado de que pretendía eliminar a un adepto que había partido a la caza de la víbora azul.

Lo encontré en su pabellón de caza de inspiración gótica, que semejaba una armería. Todas sus paredes estaban tapizadas con trampas, ocultas completamente bajo cepos, nasas, redes, alambres y horcas de topos. Del techo colgaba una colección de lazos y nudos trenzados con pericia: un alfabeto enmarañado, donde cada letra estaba lista para la caza. Incluso el candelabro se ajustaba a esa instalación: sus velas aparecían clavadas en los dientes de un gran cepo con forma anular. Era de esa clase que en otoño se oculta por los senderos solitarios del bosque, bajo la hojarasca seca y que se cierra bruscamente, al más leve roce con un pie de hombre, hasta la altura del pecho, como una dentellada letal. Hoy, sin embargo, sus dientes apenas resultaban visibles, pues en honor de mi visita se había entrelazado en torno a ellos una corona de muérdago verde mate y de serba roja.

El guardabosque mayor se encontraba sentado tras una mesa maciza hecha con madera de aliso de color rodeno, que fosforecía en el crepúsculo. Estaba sacándole brillo a una serie de espejitos pequeños y giratorios, que en otoño se usan para atraer a las alondras. Tras darme la bienvenida, nos enredamos al instante en una animada conversación sobre el derecho de caza en las faldas donde habitan las víboras azules. Puesto que había observado que durante esa conversación modificaba, de vez en cuando, inadvertidamente, la disposición de los espejos para la caza de alondras, me mantuve muy alerta. En general, se comportaba de un modo muy extraño; durante largos periodos de nuestra disputa, en vez de replicar, se limitaba a sacar del morral varios tipos de flautas de reclamo, con las que piaba, bramaba y llamaba al corzo. Pero cada vez que la conversación daba un giro significativo recurría siempre de nuevo a una gran flauta de madera que silbaba como un cuclillo y emitía sonidos parecidos a los de un reloj de cuco. Comprendí que era su manera de reír[10].

Por muchas vueltas que diera nuestra conversación, regresaba constantemente al mismo punto. Siempre volvía a afirmar con insistencia:

—En mis bosques la víbora azul es lo más importante: atrae a mi coto a las mejores piezas de caza.

Y mis reiterados intentos por apaciguarle siempre resultaban vanos:

—Pero las pendientes donde vive la víbora azul nunca serán accesibles al ser humano.

Parecía que esa objeción le alegrara en particular, pues tan pronto como se la planteaba repetía casi sin cesar su absurdo reclamo de cuclillo. Puesto que Nigromontanus me había afinado el oído incluso para las figuras desusadas de la ironía, renuncié sabiamente a la réplica.

Así, discutimos durante largo tiempo sobre lo humano y lo divino con frases enigmáticas que a veces rayaban en un lenguaje de signos puros. Al fin el guardabosque interrumpió la disputa:

—Veo bien que usted está a mi altura en el dominó jeroglífico. Desde el Viejo Botafuego[11] usted es el primer contrincante capaz de medirse conmigo. Pero ¡atrévase a subir alguna vez por la pendiente, y verá con sus propios ojos lo que se trama allí arriba!

De modo que me puse en camino, guiado a través de lo más profundo del bosque por la lejana voz de la gallina roja silvestre, representante de los animales heráldicos de la orden de los mauritanos. Cuando el sol estaba en su cenit, abandoné el bosque y me adentré en una hondonada calurosa y yerma, cuya superficie estaba completamente cubierta de cardos. Éstos eran de la especie sin tallo y dentada, como la rosa de los vientos que se denomina carlina angélica. La exigua lechetrezna se entremezclaba con los abrojos. Muchos senderos angostos e inmemoriales cru-

zaban en zigzag los matorrales. Las víboras azules cerraban el paso. Cuando vi a estos animales, me sentí muy complacido y pensé: «Ahí se ve enseguida cómo la vieja raposa ahorra en medios». Lo deduje de la circunstancia de que su cuerpo se había enroscado hasta formar un nudo corredizo cuyo significado sólo podía pasar inadvertido a quien todavía fuera un bisoño en semejantes tretas y enredos. A pesar de todo me agazapé tras un arbusto y permanecí al acecho toda la tarde, naturalmente sin ver a ningún *ser humano*.

Al caer la tarde apareció una mujer decrépita que llevaba una pequeña espátula en las manos. Se puso en cuclillas sobre una superficie despejada y trazó con su utensilio un rectángulo en el suelo, más o menos de la dimensión del tablero de una mesa. Después entró y de cada esquina sacó una paletada de tierra, hizo un conjuro y arrojó la tierra sobre sus hombros. Con cada lanzamiento el hierro de la paleta parecía brillar como un espejito.

Puesto que esa escena me llenó de una irresistible curiosidad, hasta el punto de olvidar completamente los nudos corredizos, me acerqué de puntillas a sus espaldas y le susurré al oído:

—Eh, buena vieja, ¿qué estás haciendo aquí?

Se dio la vuelta sin ninguna muestra de sorpresa, en cierto modo como si me esperase, me miró y me respondió entre murmullos con una risa ahogada que me heló la sangre:

—Hijito, no debes preocuparte; ¡vas a enterarte muy pronto!

Entonces, con una claridad espantosa, advertí que a pesar de todo había caído en las redes del guardabosque mayor. Y comencé a maldecir la astucia y la temeridad solitaria que me había enredado en semejante compañía, pues comprendí demasiado tarde que toda esa sagacidad sólo me había servido para volver invisibles los hilos de telaraña con que me había atrapado. ¡Sí, yo mismo era el adepto condenado a morir, el hombre desti-

nado a la caza, yo mismo la pieza seducida por el reclamo de la víbora azul!

El inventor

Überlingen

A bordo, el primer día en la sala del comedor. Como siempre por esta época, el barco navega costeando las Maldivas, y como siempre, en cuanto aparece el pez espada, se enciende un fuego cruzado de brindis y alusiones. Por supuesto, todo se mantiene bajo el sello de la confidencialidad, pues cuando se prepara el pescado *alla cremonese* significa que va a recogerse en tierra a un nuevo pasajero. En efecto, en la mesa del capitán flamean pétalos rojos de *Lilium tigrinum* y tras el ramo acecha el recién llegado, un pequeño y desagradable jovenzuelo, que curiosea a todo el mundo con sus ojos porcinos. Debe de haberse abstenido una gran parte en el balotaje para que un tipo semejante pueda haberse colado entre los invitados, sin que nadie le concediera la balota blanca. Mientras reflexiono sobre todas estas cosas, el joven me hace llegar una nota por medio de un camarero al que insta a marchar, de modo inoportuno, al paso de la oca. En la nota me ruega hacerle el honor de la presentación previa y asegura que su nombre debe ya serme conocido, pues —añade— es célebre por haber introducido la «hélice récord» en todas las naves del mundo. Así pues, me veo obligado por las buenas o por las malas a levantarme y ofrecerle un brindis al que los demás se suman con cierto enojo. Pero entonces el hombrecillo se crece, se yergue y comienza a vanagloriarse mientras cuenta, entre otras cosas, que ha provocado una inflación en París. Para probarlo señala con su dedo el frac, al que adorna la roseta roja de la Legión de Honor y que él pretende haber conseguido por una bagatela. Y añade: «Vean, aún llevo uno de esos fracs por el que cualquier sastre exige el triple del precio normal». A continuación se gira y una vez de espaldas nos enseña una joroba desco-

munal. Nuestra risa le incita a moverse entre las mesas dando pequeños y lisonjeantes pasos de baile; sin embargo, en medio de un giro cae en redondo. Seguramente se le ha atragantado una espina de pescado, como sucede muy fácilmente cuando aún no se conoce la preparación *alla cremonese*. Pronto aparece nuestro pequeño doctor con el cordón negro-rojo-negro de los mauritanos bajo la bata de cirujano que se ha echado sobre los hombros apresuradamente. Capta la situación a primera vista, pues la incisión que practica parece más bien un tajo de carnicero y se extiende profundamente a lo largo del pecho del frac. La compañía lo observa en parte alegre, en parte disgustada, puesto que la operación le ha hecho perder el apetito.

A pesar de todo las hélices del barco no dejan de impulsarnos a una velocidad magnífica y siempre constante.

El libro de reclamaciones

Leipzig

Soñaba que esperaba el enlace en una pequeña y lejana estación, donde las moscas zumbaban en los oídos. Puesto que el estado lóbrego de la sala de espera me desazonaba, intenté descargar mi mal humor en los funcionarios; les pedí explicaciones y exigí esto y aquello con ínfulas propias de un gran señor. Al final hicieron venir a] jefe de estación, que me ofreció disculpas respetuosamente y me rogó que renunciara a registrar mis quejas en el libro de reclamaciones. Puesto que no estaba dispuesto a aceptar sus excusas, al final, de buena o mala gana, no le quedó más remedio que ir a buscar el libro, y me preparé para escribir un sermón con toda mi malicia. Pero entonces se presentaron todo tipo de obstáculos: la tinta estaba seca, tuve que pedir prestado un portaplumas y otras cosas por el estilo. Poco a poco se volvieron las tornas, hasta que los funcionarios consiguieron imponerse; me amenazaron con sanciones, tuve que mostrar el

billete de viaje y el documento de identidad, perdí el tren y sufrí toda clase de trastornos y vejaciones.

Aún podría desarrollar el relato de otro modo, por ejemplo, que el funcionario empieza imponiéndome el libro de reclamaciones y acaba obligándome a inscribir mi queja, hasta que de los trazos de mi escritura nacen cosas tan desagradables como un ejército de hormigas.

En los invernaderos

Dahlem

Por la tarde hice mi ronda acostumbrada por los invernaderos para enriquecer mi *Crítica de las orquídeas*, en cuya base he establecido la siguiente máxima: disertar sobre esas flores como si hablásemos de actrices. Mi ejercicio consiste en contemplarlas durante largo tiempo, absorto y sin pensar, hasta que nace, como por generación espontánea, la palabra adecuada a su naturaleza.

De ese modo he descubierto que la catleya se parece a la criolla, mientras que en la vanda es evidente una correspondencia superior con la malaya. Las dendrobias son linternas mágicas de la alegría y las cimbidias, maestras de la escritura cifrada, que se repite en el veteado de la madera. Las orquídeas más bellas las vi en Santos, en el parque natural, pero no podían observarse tan de cerca. En particular, la *Stanhopea* invita a demorarse; en ésta, como en el *Lilium tigrinum*, lo bello se entrevera con lo peligroso, aunque le falta la altura.

Mientras me entretenía con esas consideraciones, un grupo de niños ciegos, cogidos de la mano en parejas y en tríos, visitaban los invernaderos conducidos por un guía. Me uní a ellos y observé que les dejaban en las manos macetas, cuyas flores olían y palpaban. Las plantas en las que los niños se demoraban particularmente eran las menos atractivas para los videntes; así, se llamaban mutuamente la atención sobre una pseudopanax neo-

zelandesa con hojas duras y dentadas como puntas de lanza. En especial me asombró que el lugar donde más tiempo se detuvieron fuera en la sección australiana, probablemente porque mediante la sequedad las plantas adquieren valor escultórico.

También se me reveló al instante que el ciego debe de tener una relación particular con la sequedad. Así, no percibe el sol como fuente de luz, sino como fuente de calor, se siente más cercano a la escultura que a la pintura, y el conocido cuadro de Brueghel en que los ciegos se precipitan en el agua como en un elemento hostil tiene su profundidad especial y también tiene mucho sentido, más allá de las contingencias externas, el hecho de que Egipto sea la tierra de las enfermedades de los ojos.

Pero lo más sorprendente era el comportamiento de esos niños en la sección de los cactus; aquí se reían a carcajadas, como sus compañeros videntes ante la jaula de los monos. Su risa me causó una alegría extraordinaria. Experimentaba un sentimiento muy parecido al que nos embarga cuando en un lugar intransitable, por ejemplo, en lo más alto de la almena de un muro, vemos crecer todavía hierbas y flores.

Frutti di mare

Nápoles

Desde hace algunas semanas me he establecido aquí, en mi condición de *Dottore pescatore*, como al pueblo le gusta llamar a los zoólogos que trabajan en las salas del acuario. Es un lugar fresco y monacal, donde día y noche mana agua dulce y salada en grandes piscinas de cristal, en medio de un parque que se extiende hasta el mar. Más allá de la mesa de trabajo el ojo reposa sobre el Castell dell'Ovo, que los Hohenstaufen alzaron como plaza fuerte desde la rompiente, y más al fondo, en medio del golfo, descansa, evocando en su forma a un caracol extendido fuera de su concha, la bella Capri, en la que antaño Tiberio se asentó con su cortejo de mancebos.

En Nápoles han vivido muchos de mis favoritos, entre ellos personajes tan diversos como Roger el Normando, el abate Galiani, el rey Murat que exhibía sus condecoraciones para que el enemigo pudiera disparar sobre su pecho, y también Fröhlich, que con sus *Cuarenta años de la vida de un muerto* escribió uno de los libros de memorias más divertidos de nuestra literatura. También el suntuoso borgoñón De Brosses y el caballero de Seingalt saben relatar las deliciosas horas que pasaron aquí.

Mi atención se concentra en un pequeño calamar denominado *Loligo media*, que cada mañana me vuelve a fascinar por la belleza de su canto de cisne multicolor que compone a partir de una escala fluida de tintas marrones, amarillas, violeta y púrpura. Amo en él sobre todo la manera preciosa que tiene de palidecer, una especie de indolencia nerviosa mediante la cual suele preparar nuevas e insólitas sorpresas. Esa suntuosidad no tarda en expirar; se desvanece como esas nubes flameantes disueltas en humedad, y sólo los anillos de un subido verde dorado que esmaltan los grandes ojos fosforecen como el arco iris. La vida interpreta su melodía embriagadora sobre su cuerpo de un palmo de largo; lo colma con su abundancia y finalmente lo abandona como una amante cruel. Después de tanto esplendor quedan los despojos como un fantasma blanquecino, como los cartuchos quemados de un áureo castillo de fuegos artificiales.

Por lo demás, este molusco posee un gran valor gastronómico en este país, al igual que su hermano, el gran calamar; o como su primo, el pulpo de largos tentáculos, y la sepia irisada como el nácar; y para experimentar en él todo método posible de conocimiento he pedido que me lo sirvieran asado a la plancha a la manera de los paladares finos y acompañado con vino blanco de Capri. Apareció transformado en un plato de anillos delicadamente dorados en aceite, junto a los cuales yacía la cabeza de diez brazos parecida a la flor cerrada de un lirio de mar o al fragmento de una figurita mitológica. Mi primera sospecha se

confirmó: la armonía oculta, consustancial a todas las cualidades de un ser, se manifestaba también al sentido del gusto, e incluso comiendo con los ojos vendados habría sido capaz de clasificar con bastante certeza la procedencia de ese bocado en el sistema zoológico. Lo que allí se revelaba no era ni crustáceo ni pescado, más bien algo semejante al mejillón o al caracol, pero dotado con una cualidad nítida y pronunciada, como le conviene a una especie primigenia. Sin duda, ese sabor no puede faltar en la *bouillabaisse*, esa sopa espesa de Marsella donde los mejores frutos del Mediterráneo se unen en una aromática mezcla condimentada con azafrán.

Todas las tardes un criado recoge una nota donde se apunta el «material» que deseamos examinar. Tras esa seca palabra se ocultan muchos manjares exquisitos, pues aquí, bajo la máscara de los nombres latinos de géneros y especies podemos entregarnos a los más extravagantes placeres; y yo no sé si el amable profesor Dohrn se mostraría tan afable si descubriera qué clase de parásito ha penetrado en los alveolos de su colmena científica. La contemplación pura de las formas de la vida proporciona un goce que hace pasar las horas volando tal minutos. El espíritu también divaga por zonas donde la abundancia causa espanto; se parece a un viajero que se pierde en archipiélagos de cuyo laberinto ninguna brújula le ayudará a salir.

Así, escribir estas notas posee un atractivo similar al de las cartas dirigidas a los reyes magos, a las que los niños confían sus sueños en vísperas de Navidad. El barco de vapor de la base comienza su singladura antes del alba, y por la mañana lleva la pesca en recipientes de cristal y en bandejas planas a los puestos de trabajo. Se emplean finas redes de gaza para pescar la vida que flota en el mar, la materia elemental de las mareas del golfo, semejante a una rica y enorme sopera: un mundo de filamentos vítreos, varillas y minúsculas esferas. Redes barrederas han rasurado con pesadas grapas el tapiz de algas y han emergido rebo-

santes de la gran diversidad de organismos que se aparean y se dan caza mutuamente sobre esos prados irisados. Y siempre hay algo absolutamente extraordinario que destaca sobre esa masa, algo que como la estrella brillante del árbol de Navidad se ve a primera vista; un anélido rojo escarlata que se enrosca como un dragón pintado sobre una porcelana china, una frágil comátula de finos radios de color amarillo azafrán, un cangrejito transparente que habita en un diminuto tonel de gelatina, el *Cestus veneris*, en cuyo cuerpo de cristal oscila una chispa de fuego de un verde violeta, o un huevo de tiburón, en cuyo interior se ve el embrión aletargado como en un almohadón de cuerno vítreo del que penden cintas.

Los secretos que atesora un mar del Sur son una fuente de encanto inagotable para un ojo nórdico acostumbrado a una luz más mortecina. También los colores de los animales terrestres, por ejemplo, de los insectos, incrementan su riqueza y variedad en las zonas más templadas; se vuelven más vivos, más metálicos, los contrastes son más fuertes y más provocativos. Pero sólo el mar confiere a sus moradores esa juguetona elegancia y blandura de los tonos, el esmalte irisado y oscilante de los viejos vidrios, la maravillosa delicadeza y ternura de las criaturas efímeras. Esos colores son de ensueño, más nocturnos que diurnos; necesitan del abismo azul oscuro como protección. A veces, por sus intensas manchas de color violeta y rojo oscuro que se encienden en la carne como esas clases de fina porcelana blanca, rosa o amarilla, recuerdan a ciertas orquídeas, como la *Stanhopea*; pero también éstas buscan la noche uniforme de los bosques más espesos que exhalan vapores de color verde oscuro. Hay algo maravilloso en el hecho de que ese brillo anime precisamente las formas de la vida más sutiles y húmedas y no en vano nace también del órgano más valioso y vulnerable del cuerpo humano, es decir, del ojo.

De este modo, una sala de trabajo en cuyo seno la vida se reúne en muchas formas sugiere la comparación con el taller de un relojero donde manecillas de todos los tamaños corren sobre cientos de esferas coloreadas. El ojo contempla un mecanismo sumamente ingenioso, no importa sobre cuál de sus ruedas se pose, sobre el paraguas de la medusa que se abre y se cierra al ritmo de la respiración o sobre la diminuta vesícula en el cuerpo de un organismo unicelular cuyas pulsaciones siguen el ritmo del latido cardiaco.

Cada uno de esos péndulos, sean largas o breves sus oscilaciones, vibra en el punto que constituye el centro de todos los tiempos. Por ello nos da una sensación de seguridad vivir rodeados del tictac de los relojes biológicos; y comparto el gusto del príncipe de Ligne, ese amable caballero y guerrero de buena casta que instaló sus castillos, donde bandadas de palomas reposaban sobre sus cumbreras, en amplios parques, con bosquecillos repletos de nidos, con pastos rebosantes de vida, con arriates de flores libadas por enjambres de abejas y mariposas y con estanques cuyo espejo temblaba incesantemente bajo el coletazo de las carpas gordas y saltarinas.

En efecto, a esto se llama estar protegido por las metáforas de la vida como por centinelas.

El paseo por la playa

Berlín

Paseo a lo largo de la playa con unos isleños por una zona desierta del litoral. En el vientre de un inmenso pez arrojado por el mar descubrimos un muerto que extraemos desnudo como un recién nacido de la masa parduzca del animal. Un hombre con chaqueta azul de marino me ruega la máxima cautela: «Es un mal hallazgo. ¿No sabe usted que una de sus últimas y más terribles estratagemas consiste en disfrazarse de cadáver y dejarse arrastrar hasta la costa?». Repentino sentimiento de angustia,

mientras la playa se torna caótica y lóbrega. Apresurada retirada a través de un encinar pasando por delante de una granja con techo de paja donde habita la *vieja*. Nuestros pasos nos delatan, pues sus gavilanes domesticados nos acompañan revoloteando en el bosquecillo. Hay una relación misteriosa entre los gavilanes y el muerto. Cuando huyendo volvemos la cabeza por última vez en el linde del bosque, nos sentimos aterrados por una escena de matanza que se ejecuta en el corral de la granja. Ante la puerta abierta del granero un grupo de siervos ha colgado de un palo de madera el cuerpo de un hombre robusto boca abajo y con las piernas esparrancadas; la carne es desagradablemente blanca, ya escaldada y despellejada. En un dornajo humeante flota la cabeza, cuya gran barba cerrada hace su aspecto aún más angustioso. La barba lleva en sí algo de animalesco; provoca más o menos la siguiente sospecha: debe de haber sido una verdadera y fatigosa matanza, una de ésas donde se derrocha aguardiente.

A continuación la vieja nos somete a una terrible persecución, en la que nosotros vamos dando rodeos, mientras ella arremete contra nosotros en línea recta. En el mecanismo de esos movimientos complicados y excitantes se expresa la lucha del bien, donde buscamos refugio, contra el mal. Sin embargo, puesto que nosotros no somos radicalmente buenos, mientras que, por el contrario, la vieja es mala por naturaleza, es forzoso que al final sucumbamos. Esta necesidad maligna se expresa en el hecho de que la vieja gane cada vez más espacio. La angustia crece tanto que finalmente hace desaparecer por completo las imágenes del velo.

El canto de las máquinas

Berlín

Ayer, durante un paseo nocturno por las calles más alejadas del barrio del Este donde habito vi una imagen solitaria y som-

bría. La ventana enrejada de un sótano ofrecía a la vista un cuarto de máquinas, donde, sin ninguna persona que se ocupara de él, un gigantesco volante rodaba en torno al eje y con ello producía un pitido. Mientras un vapor cálido y aceitoso se escapaba del interior al exterior a través de la ventana, el oído se sentía fascinado por el poderoso curso de una energía conducida con seguridad; sin hacer casi ruido, como las pisadas acolchadas de una pantera, el giro de la rueda se apoderaba de los sentidos, acompañado de una leve crepitación —como aquella que salta de la piel negra de los gatos— y de un zumbido silbante del acero al rozar con el aire. Todo esto era un poco letárgico además de muy perturbador. Y aquí experimenté de nuevo lo que se siente tras el mecanismo propulsor de un avión, cuando el puño empuja hacia delante el acelerador y se eleva el espantoso rugido de la fuerza que quiere huir de la tierra; o cuando por la noche nos lanzamos a través de los paisajes ciclópeos, mientras los surtidores de llama incandescente de los altos hornos desgarran la oscuridad y en medio de ese frenético movimiento al espíritu no le parece posible que no haya ni un átomo que no esté *trabajando*[12]. En lo alto, sobre las nubes, y en lo profundo en las entrañas de naves relucientes, cuando la energía inunda las alas plateadas y las estructuras de hierro, nos embarga un sentimiento de orgullo y de dolor; el sentimiento de estar en una situación de peligro, sin importar que viajemos en un camarote de lujo como en una concha nacarada o que nuestro ojo divise al enemigo en el retículo de la mirilla.

Resulta difícil captar la imagen de esta situación de peligro porque presupone la soledad como una de sus condiciones y cuesta todavía más de desvelar debido al carácter colectivo de nuestra época. Y sin embargo, cada uno ocupa hoy su puesto *sans phrase* y solitario, sin importar que se encuentre tras el fuego de una sala de calderas o asuma de forma incisiva la responsabilidad del pensamiento. El gran proceso se mantiene porque

el ser humano no intenta rehuirlo y porque su tiempo lo encuentra dispuesto. Sin embargo, aquello a lo que se enfrenta cuando se sitúa en su puesto es difícil de describir; tal vez, como en los Misterios, no sea más que un sentimiento general, por ejemplo, que el aire se torna cada vez más ardiente. Cuando Nietzsche se asombra de que el trabajador no emigre se equivoca, pues toma la solución más débil por la más fuerte. Uno de los signos distintivos que nos permite reconocer una situación peligrosa es que en ella no hay posibilidad de huida; tal vez la voluntad nos conduzca a esa situación, pero después las cosas se consuman, como al nacer o al morir, bajo la presión de la necesidad. Por ello nuestra realidad se sustrae también a aquel lenguaje con que el *miles gloriosus* intenta dominarla. En un acontecimiento como el de la batalla del Somme el ataque era un desahogo, un acto social.

La serpiente de acero del conocimiento ha ido añadiendo anillo sobre anillo y escama sobre escama, y en manos del ser humano su trabajo ha adquirido una vida prepotente. Ahora ella se extiende sobre países y océanos como un dragón relampagueante; aquí hasta un niño casi es capaz de sujetarla, mientras allí su aliento incandescente reduce a cenizas ciudades populosas. Y sin embargo hay instantes en que el canto de las máquinas, el sutil zumbido de la corriente eléctrica, el temblor de las turbinas bajo las cataratas y la explosión rítmica de los motores se apodera de nosotros con un orgullo más misterioso que el del vencedor.

Libros crueles

Berlín

La *Philosophie du Boudoir* del Marqués de Sade, difundida desde hace cien años en ediciones clandestinas, contiene cosas que de otro modo no conoceríamos como objeto de la pluma, si descontamos las inscripciones de los muros en rincones insalu-

bres. Es la obra de un espíritu que ha superado a Rousseau mediante una lectura consecuente y que posee una prosa cuya relación con la de Crébillon, Couvray y Lacios, empolvada y rizada, es análoga a la que se da entre la daga de un caballero y el hacha amplia de un *septembriseur*. En su obra resuena el aullido de la hiena, que voraz va a cazar por las cloacas, con piel húmeda y viscosa y con un hambre carnívora insaciable, que finalmente absorbe la sangre y devora los despojos de la vida. Cada sorbo de la roja fuente es como el agua del mar, que torna la sed siempre más rabiosa.

A esto se corresponde la manera en que se maneja la pluma: por ejemplo, la separación de las palabras y los jirones de frases mediante guiones que cortan el aliento al discurso y desgarran el lenguaje en estertores y gemidos; la interminable retahíla de sinónimos para designar acciones y objetos que de esta forma pueden ser acariciados de modo cada vez más ávido y sensual: el lenguaje se clava en la carne con agujas ardientes; las comillas mediante las que cualquier palabra se sella como obscenidad: es indispensable el presupuesto de una complicidad perversa del lector con el autor; esa manera peculiar de interrumpir la brutalidad palmaria de los argumentos con giros afectados para conferir a los pasajes de las coyundas más salvajes, a través de un inesperado fogonazo de mojigatería, el máximo grado de evidencia.

El conjunto se lee con angustia, no tanto por los horrores como por la seguridad imperturbable con que se rompe el acuerdo tácito que rige las relaciones humanas. La impresión que causa es algo así como si alguien alzara la voz en un cuarto y dijese: «Puesto que estamos reunidos entre bestias…».

Se ha conservado una obra menos extrema, pero instructiva, en forma de novela ya casi inencontrable: *Compadre Matthieu o los excesos del espíritu humano*, de Dulaurens, que como autor de libros ateos dio con sus huesos en la cárcel. Aquí entra en es-

cena el Padre Juan, en quien se revela sin tapujos aquel bestialismo que ya se ha escindido de la virtud de Rousseau y que ésta oculta como una de sus posibilidades fundamentales. Su antagonista aparece como claridad volteriana.

En los *Jardins des Supplices*, de Octave Mirabeau, la crueldad es puramente contemplativa y ajena a las abyectas irradiaciones de la voluntad[13]. Intensifica la viveza del mundo de colores como una materia oscura adornada con flores de seda. Quien se pasea por esos espléndidos jardines pasa ante diversos miradores, donde se ve a diferentes maestros de tortura china ejercitando sus destrezas, y el espectáculo de tales tormentos despierta en el corazón un estado de exaltación inusitada. Los colores y los sonidos provocan sensaciones profundamente voluptuosas, en particular las flores exhalan perfumes sobrenaturales. El método espiritual que sigue el autor tiende a las oposiciones polares: placer y dolor, más o menos finamente separados, afluyen hacia dos puntos contrapuestos, y mientras aquí la imagen del ser humano se retuerce en el polvo, allí parece ascender a una vida suprema.

Es probable que en el circo romano, junto a la furia ciega de las masas estuviera vivo entre las clases cultas un sentimiento de esa índole: la exaltación que experimenta el ser humano, cuando cree representar el destino. Que se tenía conciencia de la bajeza de ese placer demoniaco lo ilustra el hecho de que las estatuas de los dioses fueran cubiertas con velos.

A veces, en nuestras ciudades hay también naturalezas a las que nos imaginamos capaces de cebarse en el tormento de los demás, y siempre serán espíritus serviles, ya sea la plebe que vegeta como si fueran bestias enjauladas u hombres de un estilo de vida asiático, que llevan adherida algo de esa molicie esponjosa típica de los baños turcos. En cuanto comienza a vacilar el orden, en especial durante la cesura entre dos periodos históricos, tales fuerzas salen de sus cloacas y rincones o también de la zona de sus excesos privados. Su meta es el despotismo más o menos

inteligente, pero siempre formado a partir del modelo zoológico. De ahí que incluso en sus discursos y libelos suelan conferir a sus víctimas rasgos animalescos.

A esos impulsos destructores se opone una actitud cuya definición más adecuada es la de benevolencia y que adorna de igual modo tanto a los hombres poderosos como a los simples. Esa benevolencia se asemeja a una luz en virtud de la cual la dignidad humana se muestra con un semblante justo. Está estrechamente vinculada con lo que hay de soberano y noble en nuestro fuero interno, pero también con nuestra libre capacidad creativa. Además, se remonta a tiempos arcaicos; embellece a los héroes homéricos no menos que a la realeza que administra justicia en la plaza pública. En esta época, representa el aspecto espiritual del poder que se funda en un origen benigno, cuyo símbolo no es el manto de púrpura, sino el cetro de marfil.

Donde existe ese espacio libre y claro entre los seres humanos, garantizado por la ley justa, ahí las imágenes y las formas también van creciendo sin esfuerzo. Crea un clima favorable, donde sobre todo florece la cultura y la moral; y en tal estado las pequeñas ciudades han tenido mayor parte en la historia de nuestro planeta que los vastos reinos donde incontables millones de personas han vivido sin pena ni gloria. De ese modo un pequeño huerto produce una cosecha más rica que un inmenso desierto.

Es un buen signo para nosotros que nuestra memoria oriente la historia según esos astros de primer orden. En esto, ciertamente, nos parecemos a astrónomos que no pueden prescindir de la realidad visible, pues así como sólo una gran luz puede salvar distancias infinitas, del mismo modo sólo una conciencia excelsa puede penetrar los bancos de niebla del tiempo. Hay un grado de claridad que triunfa sobre el efecto nebuloso de los siglos; así, la Atenas de Pericles se nos muestra mucho más despejada a nuestra vista que la Atenas medieval, alrededor de mil

años más próxima a nosotros, y sobre la cual Gregorovius reunió los escasos fragmentos existentes para reconstruir su historia.

Sin embargo, siempre resulta asombroso que modelos y arquetipos conserven su luz a lo largo de los siglos, si se piensa con qué poder lo salvaje y lo amorfo se han impuesto una y otra vez en la historia. En este sentido, la *Odisea* es el gran canto de la razón ilustrada, la canción del espíritu humano, cuyo periplo a través de un mundo abundante en horrores elementales y monstruos crueles conduce a la meta incluso a pesar de la oposición de los dioses.

Pecios de la playa (2)

Zinnowitz

En la espesura de unos matorrales ocultos tras dunas, en medio de un exuberante cinturón de cañaverales, he apresado durante mi paseo habitual una imagen afortunada: la amplia hoja de un álamo temblón horadada por un agujero circular. Algo que parecía un fleco verde oscuro pendía de sus ribetes, aunque, al observarla con mayor detalle, resultó ser una formación compuesta por una hilera de diminutas orugas, adheridas con sus mandíbulas al corazón de la hoja. Hacía poco tiempo que debía de haber roto una puesta de mariposa. La joven nidada se había propagado como un incendio sobre su suelo nutricio.

Lo insólito de este espectáculo era que la destrucción aparentaba ser indolora. De esta manera, los flecos daban la impresión de ser nervios colgantes de la misma hoja, que no parecía haber perdido ni lo más mínimo de su sustancia. Era aquí harto evidente cómo se compensaba la doble teneduría de la vida. Tuve que pensar en el consuelo que el príncipe Condés dio a Mazarino, cuando el cardenal lamentaba los seis mil caídos en la batalla de Friburgo: «¡Bah, una sola noche en París da vida a más seres humanos de los que esta acción ha costado!».

Esa actitud del jefe de los ejércitos que tras el incendio ve la mudanza siempre me ha impresionado como síntoma de una gran salud vital que no teme la amputación cruenta. Adquiere un clásico laconismo en la expresión *consomption forte*, fuerte consumo, que tanto irritaba a Chateaubriand, y que Napoleón solía murmurar en aquellos momentos de la batalla en que el general no interviene, todas las reservas están en marcha, mientras el frente, bajo la carga de los escuadrones de caballería y los fogonazos de la artillería de primera línea, se funde como en una marea de acero y fuego. Éstas son palabras imprescindibles, retazos ardientes y temblorosos de monólogos junto al horno de fusión, mientras el espíritu, entre sangre humeante, se destila por completo en la esencia de un nuevo siglo.

En el trasfondo de este lenguaje hay confianza en la vida que no conoce espacios vacíos. La visión de la plenitud nos hace olvidar el signo oculto del dolor que separa ambos términos de la compensación, como aquí el trabajo roedor de las mandíbulas separa oruga y hoja.

Amor y retorno

Leisnig

Desembarco como oficial con una tripulación de náufragos en una isla del océano Atlántico.

Todos estábamos muy enfermos y recibimos alojamiento en unas cabañas de tablas de un pequeño pueblo de pescadores construido entre las ruinas de piedra de una ciudad destruida, donde se nos confió al cuidado de una monja. A los sufrimientos que nos causaron el escorbuto y la inanición, se unió la amenaza de una planta narcótica que crecía en la isla y florecía al anochecer. Su corazón amarillo y fosforescente estaba rodeado por una corola de floración ilusoria de color rojo brillante, y al verla se sucumbía a la irresistible tentación de comerla. Sin em-

bargo, quien la probaba se sumía en un letargo del que ya no podía despertar.

En un largo cobertizo de techo bajo, donde se colgaban las redes para secar, habíamos colocado uno al lado del otro una fila de tales muertos durmientes. Les consumía la fiebre y respiraban con ahogo; sus rostros delataban sueños cambiantes que pasaban a toda prisa. La monja no ahorraba esfuerzos en acostarlos cómodamente e introducirles la sopa gota a gota, y yo la ayudaba en esas tareas. Debido a la comunidad que creó ese triste trabajo, nos acercamos mucho; ella me inició en muchos secretos de la isla y me obsequió con pequeños pecios que las olas arrastraban a la playa desde los barcos naufragados.

Con el paso del tiempo me pareció reconocer cada vez más claramente la existencia de viejos vínculos que me unían a la monja y a la isla. En las breves pausas que me permitía el trabajo me gustaba meditar sobre todo esto, con espíritu atento, pero sin pasión, como cuando se reflexiona sobre las páginas de un libro leído durante los días de permiso. Por las tardes, tras dedicarnos todo el día a cuidar una vez más a los enfermos, iba de vez en cuando a tomar el aire al pequeño prado de la playa que se extendía ante las cabañas. En mi interior se despertó con mayor vivacidad de lo normal el sentimiento de ese vínculo, como una melodía que el espíritu no logra rememorar, aunque su eco todavía resuene en él. Entonces vi la planta embriagadora, cuyos pétalos brillaban como estrellas, y si bien conocía el peligro, la memoria me invadió con su nostalgia letal, arranqué parte de sus flores y me las comí.

Al instante me sumí en un sueño magnético. El mismo poder del tiempo que nos arroja a la vida me absorbió hacia atrás y me transportó a otro estado. Me encontré de nuevo en la isla, donde ahora se alzaba una pequeña ciudad labrada en piedra, en vez de las cabañas. El estilo de su arquitectura evocaba una especie de gótico primitivo, que sin embargo había sufrido desviaciones

fantásticas a través de una larga evolución ya consumada. Las ojivas se habían estrechado hasta convertirse en aspilleras, adornadas con esculturas de criaturas marinas fabulosas. También me dio la impresión de que en este lugar la forma de las algas contribuía a esa influencia modélica que se atribuye al losange. Las vidrieras de la gran catedral se alargaban como un trenzado de cintas de un verde oscuro a través de los muros encalados con un blanco coralino. Su luz inundaba el interior de la nave con un fresco resplandor submarino, donde el oro de numerosas imágenes votivas relucía como los tesoros sumergidos en el fondo del océano. Las paredes se hallaban completamente cubiertas de mascarones de proa y tablas con nombres de barcos saqueados. En los intersticios colgaban dispersos cuadros sobre incendios y naufragios de veleros, en cuya cubierta se ejecutaba la última fase de una horrible matanza, sin olvidar nunca la presencia auxiliadora y redentora de la Santa Virgen del Mar, cuya encantadora aparición rodeada de nubes o fuegos de San Telmo se representaba suspendida en lo alto de los mástiles.

La isla acogía ahora a un pueblo de piratas cristianos, que de vez en cuando, para hacer botín, partía a la búsqueda de fondos marinos muy lejanos. Yo me encontraba como huésped entre estos hombres, que en su isla se mostraban muy afables, y me hospedaba en la casa del principal capitán. Reinaba una gran excitación en la ciudad, puesto que habían llegado noticias nada halagüeñas: las autoridades ya sabían que la isla, hasta ahora desconocida, ocultaba un nido de piratas y que se acercaba una poderosa flota española a velas desplegadas.

Yo no participé en los preparativos para la defensa, que se dispusieron alrededor, sino que permanecí sentado en la estancia decorada con armas mientras departía con la hija del capitán. Hablamos con atropello y excitación, pues sentíamos que el tiempo nos urgía y que aún teníamos muchas cosas que decirnos.

Ella me exhortaba a renunciar al combate en cierne. Yo, por el contrario, estaba decidido a compartir el destino de los suyos, pues sentía que precisamente el peligro me aseguraba aún más la posesión de mi amada. Seguimos hablando de lo humano y lo divino cuando de repente irrumpió su hermano ensangrentado: «¡Los españoles han tomado la ciudad!». En ese mismo instante reverberó sobre la ventana el fuego, cuyo rojo fulgor me afligió y alegró al mismo tiempo como un brindis de despedida. Agarré un arcabuz que estaba en un rincón y salí corriendo. Las llamas ya lengüeteaban desde la gran torre entorchada como una concha marina. Con los españoles pisándoles los talones, los piratas subían desde el puerto en desbandada.

Me aposté sobre una estrecha banda de césped, amartillé mi arma y derribé a uno de los perseguidores. Sus compañeros se detuvieron y abrieron fuego sobre mí; vi los fogonazos y el humo blanco que salía de las bocas de los fusiles, y entonces sentí cómo las balas hendieron mi cuerpo.

Me quedé tendido sobre el suelo, casi a punto de desangrarme. Entonces vi a mi lado cómo la flor mágica abría su corola. La cogí, comí de sus flores y caí en un letargo. Mientras se extinguían los últimos destellos de luz se me reveló la verdad: volvería a vivir innumerables veces, conocería a la misma joven, comería la misma flor y perecería, como ya había sucedido anteriormente, en incontables ocasiones.

El color rojo

Goslar

Nos sobran razones para acercarnos con cautela al color rojo. Se manifiesta raramente cuando a lo largo de la vida todo discurre sin asperezas, pero se enciende en las tensiones. Simboliza lo oculto o lo que hay que esconder o cuidar, en particular el fuego, el sexo o la sangre. Por ello, cuando el rojo aparece de repente, suscita sorpresa, como las banderitas rojas que cierran el acceso

a canteras o campos de tiro. En general indica la inminencia del peligro; así, las luces traseras y las luces intermitentes de nuestros automóviles son rojas. Esto vale especialmente para el peligro de fuego; los anuncios de incendios y los extintores se pintan de rojo, incluso los camiones que transportan líquidos inflamables o materia explosiva. Con la creciente necesidad de combustible o carburante el mundo se cubre con una red de estaciones flameantes de tonalidades rojas y amarillas; ya sólo ese espectáculo bastaría para que un extranjero advirtiera que viaja por países explosivos, por una época dominada por Urano. El rojo se prefiere para las sustancias explosivas; para los productos simplemente inflamables se añaden signos amarillos y anaranjados.

La prodigiosa ambigüedad que anima el mundo de los símbolos explica que ese color tenga un efecto al mismo tiempo amenazante y excitante. El bello ejemplo de las bayas rojas con que el cazador adorna lazos y trampas corrobora la validez de este principio. En animales coléricos como el pavo y el toro bravo el hechizo que ejerce este color se manifiesta en su forma más violenta: los ciega. También hay tipos de carácter humano que sufren vahídos al contemplar el rojo ardiente, por ejemplo, de ciertas especies de tulipanes.

Ese efecto alarmante y atractivo del color rojo resulta particularmente adecuado para señalar cosas necesarias en situaciones de urgencia. Por lo común, el elemento peligroso también interviene aquí, como en los botiquines, los salvavidas y los frenos de emergencia. A veces se trata también de una premura abstracta, como en las etiquetas rojas con que correos estampa las cartas urgentes.

El carácter amenazante además de publicitario salta a la vista allí donde ese color se entreteje con las relaciones sexuales. En este ámbito hay una gama sofocante que va desde la luz rojiza que ilumina el vestíbulo de una casa de mala reputación con un

resplandor mortecino y tétrico, casi sensible al tacto, hasta el encarnado procaz y chillón de las alfombras y cortinas en las escaleras de los grandes infiernos del juego y de la lujuria.

En el rojo de los labios, en las ventanas de la nariz y en las uñas se desvela el color de la epidermis interna. Igualmente nos imaginamos rojo el forro de los vestidos y nos gusta que ese color fundamental brille donde la tela externa se ha desgarrado o se ha dado la vuelta. Tal es el sentido de los dobladillos, solapas, cuellos, pestañas y ojales, de ciertos tipos de ropa interior; así el interior de las camas, bajo las fundas, es rojo. Esa idea se aplica también al interior de estancias y casas, sobre todo cuando guardan relación especial con la suntuosidad. En salones de gala se accede a través de cortinas rojas, y para las recepciones se extendían alfombras rojas hasta la entrada. Nos gusta revestir con seda roja el interior de estuches y de cajas donde conservamos joyas. Así se presenta el regalo valioso, mientras el brillo marino y celeste realza el aspecto de los objetos magníficos: por ello, la perla combina bien con un fondo azul.

Entre los otros colores, el amarillo aumenta el desasosiego que irradia del rojo; la combinación de rojo y amarillo provoca sensaciones ardientes y desagradables. Aún más maligno es el efecto del rojo en conjunción con el negro, mientras el color verde tiende a suavizar lo rojo. Un fondo verdoso es capaz incluso de darle un toque alegre, así como la hierba verde alegra el paño rojo de las cazadoras, aunque tampoco aquí falte el vínculo con la sangre. El gris ejerce también un efecto amortiguador, pero la tonalidad sanguínea contrasta poderosamente con el blanco; tal es el caso del maquillaje y los polvos, la herida y la venda, la sangre y la nieve. La pompa del poderoso se acentúa mediante los vínculos con el oro. Si se añade el blanco produce una impresión afable, el negro refuerza sentimientos de orgullo y melancolía. A los tonos escarlata puros se asocia un vacío sanguíneo; como los castillos de fuegos artificiales y los saltos de agua, estos tonos

cautivan al espíritu con el espectáculo del movimiento. Maravilloso es el empeño por cultivar flores negras, donde el último rastro de rojo se extrae al destilarlo mediante un proceso de cultivo. Ésa es la piedra filosofal de la jardinería, y en efecto todo género de saber debe estar prevenido contra el rojo.

En cualquier caso, quien lleva este color demuestra cierta osadía, y por ello de ordinario suele mostrarse como si se hubiera hecho visible por algún desorden, a través de aberturas, rasgaduras o una costura descosida. Quien lo exhibe en espacios amplios y públicos se encuentra en posesión de un poder mortífero, por ejemplo, los jueces supremos, los soberanos y los jefes del ejército, pero también el ejecutor al que se entrega la víctima. Al verdugo le corresponde la capa negra, cuyo forro rojo se torna visible en el instante del golpe.

La bandera roja de la revuelta indica el lado interior o la materia elemental del orden. Por ello no es propiamente un distintivo, sino que aparece en todo lugar en que el fuego de los incendios y el derramamiento de sangre desgarra el velo tejido. A veces la roja sustancia primigenia brota como si procediera de fuentes secretas o de cráteres volcánicos, y se diría que desea inundar el mundo. Pero entonces vuelve a refluir, consumiéndose a sí misma, y sólo permanece en las togas de los Césares.

Notas sobre el color rojo

Überlingen

En Río de Janeiro, entretanto, pasé por un jardín, donde un grupo de cortesanas se exhibían con velos de seda transparentes sobre la terraza. Negros hercúleos con libreas rojas custodiaban las verjas de la entrada, y una alfombra de colores encendidos se extendía a través de una avenida de palmeras hasta llegar a la calle. Ese triunfo de la lujuria como una fuerza vital poderosa provocaba un efecto tanto más intenso cuanto que su escenario se localizaba en medio de un barrio pobre y populoso. Entre noso-

tros, europeos, sólo los cañones se desnudan con tanta desvergüenza.

Que el verde mitigue al máximo el efecto del color rojo se debe, entre otras muchas razones, también al hecho de que en este lugar se produce un equilibrio entre los colores de la vida en sus tonalidades templadas y calientes. El verde es el color del reino vegetal, donde la vida desarrolla ciclos más tranquilos. Sólo en los portadores de los órganos sexuales, como en las flores y frutos, también, por supuesto, en las semillas, el rojo destaca con más intensidad. Donde el rojo y el verde se mezclan con gran profusión, como en los rosales en flor, cabe experimentar el sentimiento de una existencia más ligera y orgullosa. Eso nos cuentan los relatos sobre parques chinos bañados con una luminosidad exquisitamente sosegadora y atravesados por avenidas cubiertas con polvo de ladrillo. La distribución de los colores rojo y verde en las peonías oscuras es inimitable. Egipto: una franja verde en el desierto rojo; en el valle del Nilo germinó la cultura humana.

Para que el rojo sea visible en su expresión suprema se necesita el azul como trasfondo. Resultará evidente si se observa un pequeño objeto rojo sobre una superficie azul.

En el desagüe

Goslar

Goslar está bañada por el Gose, un angosto riachuelo que según el plano de Frankenberg desemboca en la ciudad y prosigue de nuevo su curso a través de un gran canal que cruza la muralla urbana. Este punto débil se encontraba cubierto antaño por el Wasserburg, un edificio que pertenece a los tesoros desconocidos de la ciudad y que se ha conservado muy bien.

Intramuros, al Gose se le llama desde tiempos remotos el «desagüe»; ese nombre siempre se me ha antojado ingenioso como designación de las aguas sucias y residuales. Sin embargo,

hasta donde alcanzo, se remonta al término latino *aquaeductus* a través de la forma *Agetocht*, a mi juicio, menos apropiada. Es un bello ejemplo de cómo la lengua popular digiere un vocablo extranjero.

Durante mi paseo diario alrededor de la fortificación doblo a menudo por el canal de Wasserburg y hago el camino de vuelta a lo largo del desagüe. Friedrich Georg, un día que me acompañaba, hizo que reparara en una figura sumergida en el agua, que al principio tomamos por uno de esos muñecos de peluche para niños. Sin embargo, al contemplarlo de cerca descubrimos que se trataba de un corderillo minúsculo, que aún exhibía el cordón umbilical. La figura, que a un primer golpe de vista fugaz nos había divertido, nos causó enseguida repugnancia, sobre todo a medida que reconocíamos con más nitidez que no era sino la postrera imitación de una forma viviente, y además compuesta por grumos finísimos de fango que temblaban en la corriente.

Descubrir que una aparición, como en este caso, de algo entrañable, no es sino una ilusión óptica y que, en el fondo, tras ella se oculta la nada no me resulta nuevo, y, sin embargo, despierta siempre inquietud. Así, a veces nos encontramos con ojos que se dirían formados por un fango turbio y helado y que delatan el grado máximo de impasibilidad humana. Existe hoy una nueva clase de espanto similar al que nos sobresalta cuando nos topamos con un cadáver oculto en el agua; encuentros en los que se insinúa una situación teológica absolutamente concreta y frente a los cuales el ser humano se ve necesitado del amparo, largo tiempo olvidado, de los severos preceptos purificadores.

Por el contrario, el caso inverso, cuando el muerto se revela vivo, resulta aliviador. Creemos ver, por ejemplo, un trozo de madera enmohecida, y en ese mismo instante salta una gran langosta al mismo tiempo que bajo sus élitros grises se despliega un par de alas luminosas[14].

Mala hierba de la fortuna

Leipzig

En medio de un paraje solitario me encontraba sentado frente a un desconocido con el que jugaba a las cartas. La mesa se hallaba en el fondo de una cavidad profunda, una suerte de dolina, cuyas paredes superiores estaban guarnecidas con negras estrías de carbón. Yo estaba a punto de apostar una gran suma; entonces me asaltó la siguiente sospecha: ¿quién me asegura que este tipo no hace trampas? Después me dije de nuevo a mí mismo: antes de hundirse en el fondo de la cavidad, esa mesa de juego se habrá usado tantas veces que su tapete debe de haber sido testigo de infinitas partidas. Por tanto, si mi compañero hiciera trampas, ¿no se le habría pillado, hace ya tiempo, al menos una vez? Y por supuesto debe de poseer dinero, pues, ¿por qué habría de estar jugando contigo aquí, si estuviese arruinado?

Esa reflexión, todavía mucho más complicada —entre otras cuestiones calculé la edad de los estratos rocosos y devané, como quien dice, el ovillo de la geología para extraer sus conclusiones— se encendió súbitamente como una luz y se apagó igual de deprisa. Retrocedió todo elemento incierto e inverosímil, y la conciencia de mi superioridad se impuso finalmente.

Gracias a tales imágenes, se nos revela a veces la existencia de un tipo particular de pensamiento, tal vez una taquigrafía interior, que capta las semejanzas y los parentescos profundos y domina su juego. Nos basta el sonido de una palabra para comprender un idioma desconocido. Inmersos en el orden armónico el primer objeto que contemplamos se convierte en una clave universal.

Esto, y no otra cosa, explica la seducción que ejercen todos los juegos de azar. La serie roja ofrece al jugador algo más que dinero; le infunde fe en aquello que necesitamos en lo más íntimo, a saber: creer que nos hemos conjurado con el mundo, sentirse en

connivencia con él. Cuando la bola rueda y el naipe se vuelve en beneficio nuestro, saboreamos un placer exquisito, el placer de una inteligencia secreta e ínsita en la materia. En efecto, la fortuna no es sino la forma elemental de la inteligencia, en la fortuna las cosas piensan, el mundo piensa para nosotros y con nosotros.

Aquí estriba el hecho sorprendente de que guardemos un rencor más profundo a un contrincante que nos ha vencido por un golpe de suerte que al que nos ha derrotado por su superioridad intelectual, por ejemplo, en una discusión o en una partida de ajedrez. Frente al vencedor en una competición brindamos con alegría en el banquete, pero el anillo de la fortuna nos separa con más acritud que los laureles de Apolo. Todos los hombres y mujeres de espíritu son hermanos, pero el desafortunado es hermanastro del afortunado. El que padece su mala estrella con mayor resentimiento envidia la suerte que el mundo es capaz de prodigar a sus favoritos. Adopta una actitud semejante en el baile, donde la mera presencia de un bailarín ágil atormenta al patoso y confirma su torpeza; le invade la sensación de que todo el mundo se burla de él y que todo objeto le muestra sus aristas y sus cantos. Sin embargo, el afortunado es como un bailarín cuyos pasos se acompasan con el gran concierto universal. Se parece a los personajes de ópera; sus gestos, sus palabras y sus giros obedecen a la dirección de una orquesta secreta; su inteligencia consiste en seguir el dictado de una razón superior que piensa por sí misma.

Desde este punto de vista, es razonable que el jugador atribuya sus pérdidas a interferencias y perturbaciones en la constelación armónica. Puede ser de mal agüero el cambio de un lugar habitual o la entrada de un gafe. En tal situación, el intento de forzar la suerte mediante cálculo o apuestas sistemáticas conduce rápidamente a la ruina. Es preferible confiarse al talismán, que el portador usa como una brújula mágica que le debe indi-

car de nuevo la orientación correcta. Ya el simple reconocimiento de la mala suerte es síntoma de que hemos perdido nuestra complicidad con el mundo, y ningún esfuerzo de la voluntad restablecerá la armonía. Para ello sería necesario conocer de antemano la posición de aquellas partículas de polvo, sobre las cuales Napoleón dijo que una sola de ellas bastaría para hacerle descarrilar, si hubiese perdido su buena estrella.

Las biografías donde la fortuna gira y se repite son instructivas; el ser humano se acompasa de nuevo con el universo. Esas vueltas de la fortuna no son nada raras en la vida de un jugador, pero también cabe observarlas entre príncipes y soldados. En un mundo donde con frecuencia ya un solo paso en falso basta para arruinarnos, tales curvas siempre nos permiten inferir la existencia de una inteligencia particularmente rítmica. Esa misma inteligencia se torna sensible en la punta de los dedos, y en efecto, a menudo, percibiremos que unas manos finas y bien proporcionadas revelan una condición afortunada. Hay toda una ciencia del momento propicio; para introducirse en ella nada mejor que el compendio de Casanova. Esa lectura vale por cientos de mamotretos pedantes; su indudable superioridad consiste en que nos invita a participar en una musicalidad de la vida que casi había sido olvidada. Ningún esfuerzo compensa el alivio que una época nos concede como tal mientras saca a cuestas la frágil barca de nuestra existencia. El ser humano despierta una mañana como en una casa donde todo canta y vibra desde la bodega hasta los desvanes. En tales espacios, apenas rozamos con el dedo las formas, se configuran y se acuñan por sí mismas, como atraídas por una fuerza magnética.

A veces siento como si el cuerno de la abundancia comenzara de nuevo a inclinarse un poco a nuestro favor, aunque ninguno de los vivientes gozará de sus dones. Nuestro pensamiento cultiva aún la tierra de un modo tan agresivo que no deja ni una pizca de espacio para la mala hierba de la fortuna.

Sobre *Crimen y castigo*

Goslar

En *Crimen y castigo*, que acabo de releer en este preciso momento, se me presenta con mayor nitidez uno de los personajes secundarios de la historia, la figura de Luyin, descrita como una especie de insecto que participa en las relaciones humanas. Lo más repugnante es que ese insecto se comporta según ciertos modelos reconocidos; opera según las reglas del sentido común y dispone de un exacto conocimiento sobre el derecho y la equidad. Así, se dan situaciones en que éste se impone sobre la vida más noble, pero irreflexiva. Luyin pertenece a esa clase de tahúres que sabe sacar ventaja de las distracciones de su compañero de juego. Por ejemplo, saca provecho de la angustia que sienten por Raskolnikov la hermana y la madre de éste. Provoca antipatía por encarnar el tipo de hombre hábil que, como mero conocedor de las técnicas del vivir, sólo atiende a su propio bienestar y es difícil que lo deje escapar, aunque en el fondo sean otras cosas completamente distintas las que le importen. Busca a las víctimas como el usurero a los endeudados. En la partida entablada con él, no engaña con una carta bajo la manga sino con apuestas falsas, pues es iluso esperar alguna ganancia de él o de los tipos de su misma calaña. Lo característico de este personaje es que cualquiera ha tenido contacto con él alguna vez en la vida, y que respira aquella superioridad subalterna, pero peligrosa, que infunde el conocimiento del mecanismo de la vida.

En el curso de la acción el autor dibuja con trazo vigoroso el perfil de este carácter. Luyin, con tal de perjudicar a Sonya, se deja arrastrar a un delito flagrante y planeado con torpeza. Pero justo al dar este paso en falso abandona el campo de su competencia, basado en el conocimiento riguroso de las reglas de juego. También se debilita la oposición en que se encuentra respecto a Raskolnikov. El poder del canalla es tanto más opresivo

cuanto más se sirve de las formas del derecho y de la equidad. Cuando comete el delito sin disimulo, nuestra amargura disminuye.

La novela en su conjunto llama la atención por su intrincado carácter arquitectónico; o mejor dicho, por la sensación laberíntica que su lectura despierta. Se puede deber también al hecho de que, exceptuando Siberia, apenas aparece en la novela un pedazo de naturaleza. La acción se desarrolla en habitaciones, casas, calles y locales, donde los implicados corren de un sitio a otro en un extraño estado de desasosiego. Todo este enredo parece depender menos de la marcha real de las ocupaciones como del hecho de que está tramándose un fragmento de vida; cada uno de los personajes siente el impulso de trabar relación con cada uno de los otros.

También el efecto angustioso que suscita la lectura presenta un rasgo arquitectónico; como si recorriésemos de noche una casa extraña sin saber si hallaremos la salida. Tal vez esto explique el hecho de que pronto sintiera la necesidad de tomar medidas de las habitaciones que he ocupado a lo largo de mi vida. Este procedimiento se parece al que empleamos para defendernos del engaño de los magos indios: enfocamos nuestra lente sobre su figura, para sustraernos a la fascinación de la inmediatez.

También es importante no olvidar el estado de ánimo que inspira el viaje. Participamos en ese espectáculo como si deambulásemos de noche por calles y plazas de una ciudad desconocida, animados por una gran excitación y entre imágenes de una nitidez deslumbrante. Echamos un vistazo al interior de las casas, a los cuartos y comercios, pero siempre a través de la ventana y la puerta, pues nos interesa contemplar los marcos que encuadran esas imágenes. A veces nos sentimos arrastrados al aplauso, después comenzamos a sentir de nuevo cierta somnolencia, como si alguien nos hubiese soplado unos polvos narcóticos. La visión se nos impone de forma extraña, sobre todo allí donde lo feo se

transfigura desde una perspectiva compasiva. Por ejemplo al principio de la novela, en la gran confesión de Marmeladov, consejero titular. El lector se siente transportado a una cocina mugrienta, donde todo huele a aguardiente y a sobras de comida y el suelo en penumbra está cubierto de cucarachas. Pero enseguida le asalta la impresión de que entiende el lenguaje de esos insectos; llenan la sala con un canto dulce y doloroso. Pero con todo no puede olvidar jamás que se encuentra en una ciudad extranjera que abandonará por la mañana y de la que sólo se acordará en sueños.

El autor sabe mucho mejor qué ajenos somos en el fondo a esos fenómenos observados como si espiáramos a través de una rendija. Me extraña, pues, que en general suela considerarse como adversario de este mundo al tipo occidental encarnado por el juez instructor Porfiri. Sin embargo, es una rivalidad de rango inferior y de naturaleza psicológica. Cuando la situación se agrava, el diálogo tiene lugar en el interior de la propia sustancia humana. En cambio, es característico que cuando Raskolnikov se decide a confesar, no lo haga ante Porfiri, que, sin embargo, experimenta cierta simpatía por él, sino en presencia del más que antipático teniente Pólvora. No se trata aquí precisamente de una relación moral, sino de una relación sacramental, en la que, por supuesto, Porfiri se lavaría las manos, como hace Pilatos en el Credo.

Raskolnikov se dedica a elaborar una teoría del poder; lo absurdo de sus ideas consiste sobre todo en la referencia a Napoleón. A pesar de ello, en su entorno se mueven personajes que sí poseen relación con aquello que entendemos bajo el término de «poder». Junto al elemento sacerdotal se insinúa por doquier un elemento principesco. Este último destaca en *Los hermanos Karamazov* y sobre todo, aún con mayor evidencia, en *Los demonios*, pero ya hay un eco en *Crimen y castigo*, especialmente en la memorable figura de Svidrigailov. Mientras el elemento que do-

mina en las naturalezas sacerdotales como la de Aliosa se manifiesta en la forma ígnea y fluida, aquí aparece bajo temperaturas bajísimas y, como el mercurio en su punto de congelación, ya no consiente ninguna lectura moral. En esas figuras se insinúa un equivalente ruso del superhombre que tal vez posea una mayor realidad[15].

Esto se manifiesta de forma más clara en la relación con el concepto de bien, que a pesar de la distancia conserva todo su frescor. El bien, por insistir en esta palabra, es aquí objeto de una especie de respeto museístico; conocemos sus poderes como los de un viejo y fiel instrumento del que nos servimos a voluntad para interpretar magníficas melodías. Disponemos de un instinto infalible para los medios con los que resulta posible causar estragos entre los seres humanos. Falta aquí el rasgo cuantitativo que, sin duda, es perjudicial para la profundidad del goce. El aforo del teatro no decide sobre la calidad de la representación. El desprecio por el ser humano es más hondo; es sintomático el modo en que la ignominia resbala sobre estos personajes. En este aspecto Svidrigailov realiza una gran hazaña con su suicidio.

Dostoyevski nos presenta a estos personajes exclusivamente cuando sucumben a la debilidad. Su periodo de plenitud debe de remontarse a una época anterior: a una época en que un estamento feudal, rodeado de siervos, conquista cierta libertad individual en algunos de sus representantes particulares, sin que, por lo demás, variasen las circunstancias. Por ello es inverosímil que, sin modificar su sentido, ese tema pueda generar nuevas tramas en otro punto de la tierra, aunque no falten tentativas en tal dirección. Competir con el escepticismo no ofrece ninguna posibilidad de éxito.

En la trastienda de las cafeterías

Goslar

Estaba sentado en un gran café, donde tocaba una orquesta y una clientela concurrida de aspecto elegante se aburría en sus mesas. Para buscar el cuarto de baño atravesé una puerta de la que colgaba una cortina de terciopelo rojo, pero de pronto me perdí en un laberinto de escaleras y galerías y desde las salas primorosamente amuebladas fui a parar a un ala que amenazaba ruina. Creía haber llegado a la pastelería; un pasillo desierto por el que me aventuré estaba como espolvoreado con harina, y cucarachas negras se arrastraban por las paredes. Parecía que los empleados aún no habían terminado de trabajar, pues llegué a un recoveco donde una rueda que giraba lenta, pero bruscamente, ponía en movimiento una correa; al lado un fuelle de cuero se inflaba y desinflaba a intervalos. Para examinar el interior de la sala del horno que se encontraba en el piso de abajo, me asomé bastante a una de las ventanas opacas, que daba a un jardín silvestre. El espacio que contemplé ofrecía más bien el aspecto de una forja. Con cada golpe del fuelle se encendían las brasas del carbón donde las herramientas estaban al rojo vivo; y cada vuelta de la rueda hacía funcionar toda clase de máquinas extrañas. Vi que habían secuestrado a dos clientes, un caballero y una dama, y querían forzarlos a desnudarse. Los dos se resistían como gatos y pensé para mis adentros: «Es verdad, mientras vistan sus ropas distinguidas, estarán a salvo». Sin embargo, me pareció un signo de mal agüero que las costuras ya cedieran bajo los agarrones y que la carne ya fuera visible a través de las rasgaduras. Me alejé de puntillas y conseguí dar con el camino de vuelta al café. Me senté de nuevo a mi mesa, pero la orquesta, los camareros y las elegantes salas se me aparecieron bajo una luz completamente distinta. También me di cuenta de que esos clientes no sentían tedio, sino angustia.

La mosca fosforescente

Goslar

Alrededor del mediodía observé en una reserva forestal en el monte Steinberg un gran nido de avispas medio abierto. Me llamó la atención una pequeña mosca, de color negro y con anillos amarillos que destacaba particularmente por dos manchas muy vivas que brillaban como los ojos de un gato sobre un fragmento del protórax. Esos animalitos acechaban ante la abertura del avispero, mientras las avispas entraban y salían zumbando. Seguramente tramaban planes de carácter rapaz, y me habría encantado espiar su ejecución. Tal vez se proponían cambiar sus huevos por los de las avispas.

Mientras me dedicaba a esas observaciones oí cómo dos muchachos vagabundeaban por el linde de la reserva forestal. Estaban inmersos en una conversación metafísica como la que suelen mantener los niños cuando no hay adultos cerca. Por desgracia sólo atrapé una frase, a saber: «… ¿pero sabes lo que yo creo? Cuanto vivimos aquí no es más que un sueño; sin embargo tras la muerte volvemos a vivir las mismas cosas de verdad». Di un rodeo a toda prisa para poder ver a esos jóvenes; era el hijo de once años de un guarda forestal que vivía en las proximidades. Tales niños son más inteligentes por naturaleza que nosotros. Desgraciadamente, puede comprobarse que esa especie de inteligencia inmediata se pierde pronto; la época decisiva coincide con el cambio de voz. Todavía me acuerdo muy bien de mis primeras cavilaciones metafísicas; una de ellas consistía en considerar a los adultos como actores que cuando se reunían entre sí se dedicaban a asuntos completamente distintos. Por ejemplo, también sospechaba que la escuela era una de esas simulaciones fingidas por los mayores. Una vez, cuando vi pasar a mi lado a otros grupos de niños mayores que yo cargados con mochilas, me hicieron dudar, pero inmediatamente después pensé para mí: «A ésos los han mandado para que me trague la mentira de la escuela; seguro que al dar la vuelta en la próxima esquina tirarán sus bolsas al suelo».

Por otra parte, me resulta curioso que cuando espiamos una relación cualquiera, como en este caso la de las avispas, se nos revelan otras cosas secretas, como el cazador en el aguardo y el soldado en la avanzada. La primera escena erótica se me impuso cuando de niño estaba jugando al escondite en un viejo caserón. Cuando comenzamos a observar fijamente un punto cualquiera, entramos en una relación especial con el mundo en su conjunto, y a quien descubre un único secreto, se le revelan muchos otros sin proponérselo. En un grado inferior esto también vale para el inventor; no se trata de que nos decidamos por la invención, sino que nos convertimos en inventores sólo cuando ya hemos comenzado a inventar. Por ello, la gente con ese talento tiene buena mano en los ámbitos más dispares.

Historia in nuce[16]. El complemento

Goslar

Cuando contemplamos un determinado color durante cierto tiempo, nuestra retina produce el color complementario. Como todo fenómeno sensible, éste también tiene su correlato espiritual; a partir de ello podemos inferir que nuestra relación con el mundo se nos ha dado como un todo. Cuando cualquiera de sus partes exige nuestra atención en exceso, el espíritu restablece el equilibrio como si fuera un antídoto.

En esa relación se insinúa al mismo tiempo nuestro punto débil, que consiste en el hecho de que sólo somos capaces de abarcar el todo en los fragmentos sucesivos de nuestra vida. Al principio también percibimos nuestras carencias como si fueran colores complementarios. No avanzamos en línea recta, sino según movimientos ondulatorios, y tampoco de grado en grado, sino de un extremo a otro. No nos queda más remedio que considerar inevitables ese tipo de desviaciones; forman parte de la vida, a la que es consustancial un elemento pulsátil, como ya se manifiesta en la respiración o en los latidos cardiacos. Sin embargo,

nuestra trayectoria espiritual se desplaza como las manecillas del reloj que se mueven bajo las oscilaciones regulares del péndulo.

Así, con el paso de los años o a lo largo de las generaciones desarrollamos una inteligencia superior a la que se despliega en cada uno de los instantes que componen todo el periodo. Quien tenga en cuenta todo esto, comprenderá muchas contradicciones de nuestra naturaleza. De este modo, tendemos fatalmente hacia la injusticia, y sin embargo, cuando maduramos, las pasiones ya no nos ciegan tanto como al principio; nuestro juicio se torna más certero. A pesar de todas las vanidades por las que nos desvivimos, lo grande y auténtico adquiere cada vez más relevancia en nuestra memoria. Por mucho que estemos sometidos al espíritu de la época, nunca renunciamos a apelar a los más altos tribunales en cada uno de los frentes de nuestra razón. Y en todos los ámbitos de nuestra vida tendemos a compensar nuestras mermas con un complemento que posee virtudes curativas.

Esto se observa con particular belleza en el caso de los grandes historiadores: nuestra historia, que es una historia de las divisiones, apela al punto de vista de un ojo divino para restablecer la totalidad. Para expresarnos con metáforas arquitectónicas: el historiador incluye en el plano babilónico de nuestras construcciones esos cimientos invisibles sobre los que se apoyan incluso los pilares de las fuerzas históricas.

La zinnia

Überlingen

Hay riquezas que entran en nuestra vida como regalos. Un buen día las encontramos como imágenes desplegadas desde reinos invisibles, y pronto se convierten en familiares, en nuestra propiedad. Así me pasó con la zinnia, una flor recién llegada a nuestros jardines.

Además de los encantos que el jardinero suele elogiar en ella, esta planta asombra, sobre todo, por la complacencia con que se sirve del medio cromático. No sólo engendra, como el resto de nuestras flores de jardín, una rica gama de tonalidades puras, sino que muestra dones únicos en su género, en cuanto que es capaz de desarrollar una serie completa de tales gamas conforme a diversas claves. Sus flores parecen talladas y confeccionadas a partir de elementos muy alejados entre sí: marfil, pieles finas, terciopelo o bronce fundido. A ello corresponde la abundancia de pigmentos que se depositan sobre los pétalos como tizas o tinta china de diversos colores, también como colores al óleo, al temple o metálicos y esto, una vez más, con numerosas combinaciones y mezclas.

Un efecto más intenso resulta de la tonalidad de la corola en su parte inferior, que frecuentemente se torna visible al abombarse levemente cada uno de sus pequeños pétalos. En otros casos, la coloración se extiende por el borde de la parte superior, como la tinta china sobre el margen húmedo de la hoja. Esos estratos conjuran mágicamente, ya sea por armonía o por contraste, espléndidos diseños. Por ejemplo, el siguiente modelo es muy bello: el color de la flor de un rojo aterciopelado profundo pero con el toque de un barniz dorado, y los pétalos individuales revestidos como tejas ovaladas con una orla de oro claro. En el medio, un resto de estambre aún intacto forma un botón dorado. Ese diseño se repite en variedades marrón oscuro, negro, escarlata y ladrillo, y ciertamente, los colores se presentan sobre un fondo ora liso como la porcelana, ora blando como la esponja.

Esas flores despiertan una impresión más profunda cuando imitan los colores de metales al rojo vivo, sobre todo en aquellas especies que se alargan hasta formar espádices. Ciertamente, no poseen esos colores chillones, ese aspecto de cohete que distingue a muchos jacintos, especialmente a la *Kniphofia*, pero por

ello mismo desarrollan esas formas tardías de incandescencia donde el calor prevalece sobre la luz. Entonces se diría que un velo de humo caliente tiembla alrededor de sus flores, o que sale de ellas la lenta combustión multicolor del núcleo de metal recién fundido. El motivo del bronce que se va enfriando lentamente, mientras los colores claros del borde se oscurecen en círculos concéntricos, se reproduce en múltiples variantes. Tales espectáculos provocan una alegría vivaz y casi dolorosa, mientras que el roce ígneo despierta en el corazón el recuerdo de su parentesco con la tierra.

Por lo que veo, la zinnia se extiende hasta los jardines más pequeños, aunque sin la gloria que acompañó a los tulipanes. Es una lástima que Brockes no la conociera; le habría reservado un incomparable parterre en su libro de versos *Goce terrenal en Dios*[17]. Cuando contemplamos una nueva flor, comprendemos el capricho de aquel déspota que ofrecía una fortuna por la invención de un nuevo placer. También nos hacemos una idea de la fecundidad inagotable del mundo si pensamos en el hecho de que toda esta magnificencia procede tal vez de una pizca de semillas contenidas en un simple sobre de carta. Pero pronto sus nuevos colores se esparcen sobre la tierra, como lanzados por una explosión de chispas.

Suplemento a la zinnia

Überlingen

Mientras que la mayoría de las veces no logro acordarme sino vagamente de las circunstancias en que he concebido una nueva idea, la primera impresión de una nueva imagen deja en mí una impronta indeleble y muy precisa; como si en este caso se tratara de una clase peculiar de tiempo, de un medio más ligero y transparente donde incluso la cosa más lejana conserva sus colores y contornos, sin disminuir su brillo. Vi por primera vez una zinnia en uno de mis paseos con Friedrich Georg[18] por la orilla del

Mulde, cerca de Fischendorf, y fue justo cuando florecía, como si fuese un rosetón de ducados recién sacado del molde y dejado enfriar lentamente.

Es curioso que tales recuerdos me devuelvan con mayor nitidez las ideas que me ocupaban por entonces; son como candelas en el pasado. Así, ese espectáculo interrumpió nuestra conversación sobre la imposibilidad de realizar un orden perfecto en este mundo; y si no fuera precisamente por esa interrupción tal vez esos detalles no se conservarían en mi memoria.

De las imágenes siempre irradia una seguridad de índole superior; proporcionan la base para el recuerdo. Por doquier la intuición anima poderosamente al elemento espiritual; es la fuente de primer orden para toda teoría. En la historia de la civilización surgen fácilmente desequilibrios cuando el espíritu se abandona a fuentes de segundo y tercer orden; de modo análogo, nuestra ciencia bebe de aquellas verdades consideradas fijas. Con esto la originalidad se convierte en rareza, y efectivamente los adjetivos «raro» y «original» asumen en el uso corriente del lenguaje una connotación similar.

Por el contrario, es preciso observar que el ser humano ha nacido original y que existe también una obligación de mantenerlo en ese estado. Además de la mediación educativa y disciplinaria que ejercen las instituciones hay una relación inmediata con el mundo, de donde brota una fuerza originaria. Aunque sólo sea durante un segundo, el ojo debe conservar la fuerza suficiente para ver las obras de la Tierra como si fuera el primer día de la creación, es decir, en su magnificencia divina.

Hay épocas —y quizá también ciertos estados— en que ese don se reparte entre los seres humanos como el rocío depositado sobre las hojas. En otras se desvanece de nuevo el éter dorado que fluye alrededor de las imágenes, y las cosas se reducen tan sólo a sus formas abstractas. En este caso, la intuición inmediata, por ejemplo, en tanto poesía, puede alcanzar el valor inconmen-

surable de una fuente que brota en el desierto. Donde el lenguaje se ha petrificado, un solo verso puede compensar el peso de bibliotecas enteras, y en tales espacios se verifican las distinciones incomparables que Hildebrant reclama para Dietrich von Bern:

La fuerza de la Tierra
se dividió en dos partes entre nosotros,
una le tocó a millones de hombres,
la otra se reservó exclusivamente para Dietrich[19].

De la prensa

Stralau

«Por fin os tengo, mis queridos niños».

Los periódicos informaban esta mañana sobre ese saludo luctuoso de una madre ante los féretros de sus dos hijos. Estas palabras me han obligado a meditar largo tiempo y en varias direcciones. Me ha parecido asombroso que en una época en que el lenguaje se sume en la decadencia, una mujer sencilla haya sido capaz de articular una frase de una fuerza tan irresistible.

El evento en sí se encuadra en las páginas de sucesos. Dos jóvenes obreros, hermanos, que ya desde hacía cierto tiempo se habían desviado por el mal camino, se vieron sorprendidos en un crimen in fraganti, al que siguió una inflexible persecución. Cuando ya casi estaban pisándoles los talones, no les quedó más remedio que refugiarse en un edificio y tras un largo tiroteo murieron acribillados.

Supongo que esa mujer no fue conducida ante el cuerpo presente de sus hijos hasta que no concluyó el procedimiento oficial pertinente en tales casos. La policía, la fiscalía y los forenses habían ya cumplido su deber, pero seguro que tanto los reporteros como los curiosos, siempre presentes en tales circunstancias, todavía permanecían allí o se habían colado. En esta terrible situación, a la vista tanto de la implacabilidad de la opinión pública como de las fuerzas del Estado, parece impensable que un padre sea capaz de mantener el vínculo que le une a sus hijos. Para poder resistir tal coacción se ve obligado a disimular su pena o a expulsarla de sí tajantemente, mientras da a entender, si no con palabras al menos con su actitud, que sus hijos son unos descastados.

Por el contrario, en las palabras de la madre se expresa sólo y exclusivamente la unión material y sustancial; en ellas, la madre identifica a sus hijos y los reconoce como tales y ante ese saludo

carece de importancia si desde el punto de vista moral y jurídico son personas buenas y modélicas o bien asesinos y delincuentes. En este caso se muestra del modo más evidente no sólo la diferencia entre lo trágico y lo meramente triste, sino también la diferencia entre el mundo trágico y el mundo moral.

Al mismo tiempo, en esa frase se delata una superioridad manifiesta sobre el mundo de la organización estatal; una suerte de fuerza de gravedad que no se deja detener por nada. Es curioso qué débil e inseguro puede llegar a ser el orden legal con sus ceremonias y uniformes. Tal cosa me resultó clara por primera vez en la guerra civil; las revoluciones todavía son inofensivas mientras las madres no participan en la lucha. Pero cuando tienen que enfrentarse con ellas, las tropas más disciplinadas se olvidan simplemente de disparar. Donde las mujeres superan el miedo a la muerte, las cosas se imponen con la violencia de un torrente salvaje.

Al examinar una frase semejante se observará también que su verdad arraiga en regiones más profundas que van desde la elección infalible de las palabras hasta la posición y serie en que se han dispuesto las vocales. De este modo, en la segunda parte, mediante las tres vocales acentuadas, el lamento desciende tres grados en intensidad[20]. Pero justo al comienzo resuena lo más raro e inaudito, o sea, el júbilo misterioso con que la madre se aferra a una posesión que a partir de entonces ya no podrá perder nunca. La trayectoria del hombre es como la del pez volador que emerge de los elementos, juega fugazmente a la luz de los colores y retorna a las profundidades, retorna al seno de las madres.

Suplemento

Überlingen

Por lo demás, esta noticia aún motivó en mí una observación particular: cada vez que me entero de que unos hermanos han

sido capturados in fraganti, el hecho me parece en cierto modo amortiguado o atenuado. Aquí debe influir el recuerdo de épocas en que la relación de pertenencia al clan era decisiva en los conflictos jurídicos. Cabe dar también la interpretación opuesta, a saber que en este caso el acto criminal se desencadena con una malignidad especial, en cuanto, en vez de limitarse a individuos, afecta a la familia; y como sugieren las sentencias judiciales y los comentarios periodísticos, esta interpretación es la predominante entre nosotros. Sin duda, a ésta ya se correspondían los procedimientos empleados por las burocracias reales y sacerdotales, y en efecto, cuando las familias se enfrentan al Estado, es lícito inferir que esto sucede en lugares donde el poder no ha logrado domesticar por completo al ser humano.

En el conocimiento de esa oposición podría albergarse una pequeña clave mediante la cual el individuo pudiera comprobar, con más seguridad, sin duda, que a través de las medidas anatómicas, si pertenece, y en qué sentido del término, a la raza originaria.

Escepticismo intuitivo

Steglitz

Además del escepticismo teórico de los filósofos existe uno más peligroso, el escepticismo intuitivo, un tipo de visión muy alejada de la norma y que tal vez sólo resulta posible porque la naturaleza no ha cortado con suficiente precisión los ropajes con que cubre la vida. Así, toda clase de cosas superfluas se descubren por las costuras. Superfluo es, por ejemplo, el hecho de que el pescado, una vez degollado por la cocinera, todavía dé saltos sobre la sartén ardiente. Asimismo, en situaciones en las que quizá preferiríamos perder el conocimiento, como, por ejemplo, durante la caída en un abismo, todavía nos entretenemos con ciertas observaciones superfluas.

Es cierto que lo que resulta superfluo y doloroso para nuestra vida natural puede ser extraordinariamente revelador en la dimensión espiritual. También hay un grado de asombro que expulsa el miedo; en ese estado se levanta ligeramente un sutil velo que casi siempre cubre el mundo. Suele decirse que en el centro de los ciclones reina una calma perfecta. Allí dentro las cosas deben de verse más inmóviles, brillantes y nítidas que nunca. En tales puntos se abren a la mirada visiones prohibidas, pues el exceso de realidad parece un espejo donde también se refleja lo engañoso.

Creo recordar que también en la guerra, nada más tomar la primera trinchera, se extendió una quietud similar. Pasado el huracán de las artillerías, el asalto y el combate cuerpo a cuerpo, sobrevenía un profundo reflujo. Al furioso estruendo de la batalla en su máxima intensidad sucedía un silencio repentino. Con la destrucción del enemigo, la ley de la acción se cumplía, pero al mismo tiempo se cancelaba, y el campo de batalla se parecía por un instante a un hormiguero, cuyo tumulto se ha quedado petrificado bajo el hechizo del sinsentido. Cada uno permanecía inmóvil, como un espectador, ante cuyos ojos se hubiera disparado un gigantesco castillo de fuegos artificiales, pero que al mismo tiempo, en cuanto actor, hubiese cometido terribles acciones.

Después el oído comenzaba a percibir los gritos monótonos de los heridos; era como si una sola monstruosa explosión les hubiera alcanzado a todos al mismo tiempo. Esos gritos, que expresaban el asombroso sufrimiento de las criaturas, eran, en cierto modo, la tardía protesta de la vida contra la aún humeante maquinaria de la Historia que, sin ningún escrúpulo, hacía girar sus ruedas sobre carne y fuego.

Tales momentos me han dejado un recuerdo tan indeleble que todavía creo sentir el olor de la pólvora que ascendía como una nube de vapor del terreno arado y destripado por los pro-

yectiles. Se diría una fantástica expresión del caos mental que podía leerse en todos los rostros; como si tras los decorados en llamas de un teatro desaparecido se mostrase, con un golpe de varita mágica, la desconcertante solución de un enigma largamente investigado. Ante el fatigado ojo interior ardía como una brasa el color complementario de una ilusión incandescente y relampagueante nutrida en el letargo del sueño y en una pasión rayana en la locura.

Que el mundo es un inmenso manicomio, pero que la locura oculta un método, tal vez, incluso, maldad…; que hemos participado como comparsas improvisados en un drama sometido a la ley de una más alta dirección, que excluía todo pensamiento y de la que sólo pudimos formarnos una imagen al recuperar el conocimiento y petrificarnos de espanto ante ella…; que hemos prestado servicio en el sentido más elevado del término prusiano… todas estas cosas nos asaltan como una sorda sospecha en ciertos estados de aturdimiento, en una mezcla de fatiga y clarividencia y con un olfato aguzado por la cercanía de la muerte.

Tal vez el mundo se ha maquillado en exceso con los colores rojo y amarillo del fuego; y ahora sólo ha quedado, como una imagen persistente sobre la retina, su armazón de maderos ennegrecidos. Pero también intervino, como un roce de alas, ese sentimiento alegre que experimentamos al salir de una maraña de sueños nada más despertarnos.

¿No era como si el espíritu del mundo hubiese movido sus velos ora con demasiado ímpetu, ora con demasiado apresuramiento, de modo que lo velado se revelase por un instante a los sentidos aturdidos? Cuando el mundo se sale de quicio, se forman grietas que dejan entrever los secretos de la arquitectura normalmente ocultos. De este modo, me pareció como si por un instante una realidad más profunda que la de la victoria se apoderase de los corazones, mientras que desde la segunda línea las

fauces de la muerte se abalanzaban ya de nuevo sobre los soldados.

Los escrupulosos y los trombonistas

Überlingen

El carácter escrupuloso y microscópico de las inclinaciones figura entre los primeros síntomas que delatan el deterioro de la salud natural. Nuestro instrumento sensorial está afinado para saber manejar las cosas y los seres humanos. Cuando nos encontramos en regla, nuestro placer tiene que ser intenso, la manera de proceder resuelta y el apetito no demasiado aprensivo. Así, por lo común, conviene que los poros de la tez permanezcan ocultos.

Por el contrario, en un estado de debilidad, la impresión global pasa a un segundo término, y los detalles se imponen. La náusea espiritual y corporal se torna más susceptible y los sentidos se agudizan mediante un refinamiento desproporcionado. Los sonidos, los olores y los colores nos enervan con mayor facilidad, perdemos el apetito. La carne, sobre todo, repugna al paladar e igualmente el tabaco y las bebidas fuertes; esa repugnancia se extiende pronto al trato con aquellos que disfrutan de tales placeres. Se refuerza la intransigencia de los abstemios.

El entendimiento se inclina a los escrúpulos, a las dudas y a las sutilezas. Los aspectos enigmáticos, ambiguos y equívocos del lenguaje destacan en un primer plano. Por el contrario, los contextos de sentido pasan a un segundo plano; el espíritu capta menos las frases y estructuras sintácticas que las palabras aisladas. De aquí se deriva una forma de contradecir puntillista y quisquillosa que paraliza la marcha de cualquier actividad emprendida. En la escritura se anhela una pureza hiperbólica; el pensamiento aspira a conceptos cada vez más etéreos, la duda gramatical comienza a inhibir el libre flujo de las ideas y se intensifica hasta dar lugar a sutilezas. Surge así un estilo filtrado

que a veces decepciona por su belleza estéril y su salud artificial, una prosa para vegetarianos. A la cual le corresponde, en las artes plásticas, un clasicismo vacío.

A este contexto pertenece además una clase de sensibilidad capaz de ver los rasgos morales como a través de una lente de aumento; la perspicacia enfermiza de quien ha perdido el apetito en su relación con los seres humanos. Entonces, los desequilibrios ocultos dejan estigmas sobre el rostro, la sonrisa se agría, la inflexión de la voz traiciona sin disimulo intenciones y pretextos, que bullen en el ánimo del hablante. Esa sensibilidad morbosa se extiende también fácilmente a la observación de nuestra imagen desdoblada en el espejo, por ejemplo, en el individuo atormentado por escrúpulos de confesión, un tipo que tampoco falta en los países protestantes.

Al tipo del escrupuloso que pesa las cosas con balanzas de precisión, se corresponde otro, al que podemos denominar trombonista, que recurre a medios tan pesados como montañas. Esta segunda clase es casi más peligrosa, pues mientras la mota de polvo se compone todavía de un minúsculo pedacito de tierra, aquí reina el aire como elemento completamente incierto. Las cosas adoptan un cariz ligero y vago como el viento, equívoco e inflado. Y giran como la veleta en la tormenta de los humores y opiniones volubles.

Mientras se considera que los escrupulosos tienden al pesimismo, entre los trombonistas prevalece el optimismo. Los primeros llevan una vida sedentaria y retirada, los segundos una vida agitada y errante. En el primer caso el espíritu penetra, como el arte de la relojería, en estuches cada vez más finos, en el segundo el espíritu crea, como el soplador de vidrio dotado de poderosos pulmones, una serie de formas cambiantes. En aquéllos se ve al espíritu trabajar de manera concéntrica, en éstos de manera excéntrica. Uno prefiere encapsularse en logias sectarias, el otro ama las grandes reuniones y las plazas públicas. Si siguié-

ramos a un trombonista a lo largo de los años, podríamos elaborar un catálogo de sus inclinaciones. Como filósofo, por ejemplo, toca su instrumento según todos los sistemas.

Cuando nos visita, puede oírsele ya desde el portal de abajo; entra animado y enseguida monopoliza la conversación. Cuando se enreda en contradicciones, se larga entre groserías. Sin embargo, su rencor no subsiste durante mucho tiempo; es una entrada en escena que se repite cada medio año. Tal vez, aquellas opiniones que tanto le apasionaron en nuestro último encuentro, entretanto se han demostrado totalmente fútiles. De todos modos será vano señalárselo, pues no conoce el pudor intelectual ni, por consiguiente, una responsabilidad continua en el tiempo.

Por el contrario, el escrupuloso se introduce furtivamente, de puntillas, a ser posible en la hora del crepúsculo. Con frecuencia nos sentimos sorprendidos de momento por la manera tan sutil y original que tiene de ver las cosas. Pero como la pezuña del diablo, pronto asoma el defecto; presupone que asentiremos a cualquiera de sus disparates. Si nos encuentra reacios, se despide con palabras cáusticas y ya no vuelve a presentarse; pero pronto nos llegan noticias de él y de los suyos, pues tales espíritus poseen a menudo ese carisma capaz de fundar sectas.

Se trata de dos anomalías bastante frecuentes. Se parecen a los espejos cóncavos y convexos, que deforman la imagen cada uno a su modo. A veces podría parecernos que no hay nada más raro que el sano sentido común. Pero en realidad es el único capaz de equilibrar las cosas. Para fijar el clavo no cuentan los innumerables martillazos fallidos, sino el único que acierta.

Pecios de la playa (3)

Helgoland

En mi primera vuelta alrededor de la altiplanicie, cerca del pico del norte, me sorprendió un coro de ásperos chillidos. Esto

me trajo a la memoria que entre las maravillas de esta isla figura también una colonia veraniega de urías nórdicas.

Poco después pude ver cómo las aves se alejaban de los acantilados. Los lugares donde construían sus nidos estaban ocultos a la vista por los peñascos colgantes. Sólo resultaban visibles los pájaros que partían o regresaban volando. Llegaban en línea recta a sus nidadas, como abejas que giran en torno a un gigantesco panal, y desde allí retornaban a los bancos de pesca. Traté en vano de seguirlas con la mirada; se perdían a lo lejos sobre el mar y desaparecían como puntos en el infinito. Del mismo modo, las que volvían asomaban de nuevo desde el vacío del campo visual.

Este espectáculo era de una regularidad mágica; su contemplación sumía al espíritu en un estado letárgico. El mar semejaba un disco esplendente, desde cuya circunferencia la vida alada se lanzaba en bandada de radios hacia un punto central secreto, para después dispersarse de nuevo en el mismo orden. El hipnótico resplandor de ese espejo parecía incrementarse por el hecho de que la sutil red tejida por las trayectorias de vuelo se extendía sobre él con la precisión de un mapa topológico.

Tales figuras afinan la mirada, transforman el ojo en un cristal puro; parecen prestar a la vista una mayor agudeza como si se tratasen de lentes pulidas con esmero. En su matemática telúrica, aquellas figuras ofrecen un espectáculo imponente, donde se desvelan el orden y la pujanza de la Tierra. Y al igual que en el segundo canto de la *Mesíada* de Klopstock, en su apariencia se mezcla el espanto con un sentimiento de triunfo, como ante los movimientos de un animal poderoso que inspira temor a pesar de haber sido domesticado. Pero sobre todo presentimos algo familiar, como el eco de una melodía primordial: el osado doble juego del espíritu que nos apela con ardor y, no obstante se oculta profundamente. Por una parte, este juego tiende a dar a la

conciencia una impronta metálica de orden superior, pero, por otra, se pierde en la selva de las fuerzas elementales.

En esas dos tendencias, cuyos cursos son tan divergentes, que incluso parecen contradecirse como el sueño y la realidad, se ocultan la unidad y la multiplicidad de nuestro mundo tan enigmático. Nos encontramos con ellas en toda gran disputa de nuestro tiempo, en cada una de sus teorías y fenómenos significativos, incluso en el carácter de todo individuo eminente. Nada nos distingue tanto como esa vecindad que existe entre la terrible fuerza desencadenada y la contemplación impasible que raya en la temeridad. Éste es nuestro estilo, un estilo de volcánica precisión, cuya peculiaridad sólo será reconocida por los que vengan detrás de nosotros.

Sin embargo, hay muchas cosas que los límites de la conciencia histórica, por ejemplo, el modo tan salvaje y anárquico en que los dos aspectos de nuestro poder, el aspecto elemental y el aspecto de orden, se repelen el uno al otro como fuego y hielo. Viajamos por este mundo como a través de una ciudad titánica, que en un sector resplandece a la luz de pavorosos incendios, mientras en otro los operarios planean la construcción de obras ciclópeas. Se suceden a gran velocidad imágenes de un profundo y sordo sufrimiento que se padece como en sueños, con aquella demoniaca invulnerabilidad del espíritu que somete el caos al dominio de sus luces y relámpagos y de sus figuras cristalinas.

Pero así como en este paraje la imagen de la superficie marina se une con los ingeniosos movimientos de estas aves, tan semejantes a insectos, cabe adivinar también lugares donde aquellos dos grandes motivos se aproximan y se funden en una unidad. Es posible que en esta coincidencia de los opuestos se oculte la parte metafísica de nuestra misión[21].

Sobre la *désinvolture*

Goslar

Las cosas que ni siquiera nadie echa de menos no son las peores. Entre ellas figura la *désinvolture*, una actitud para la que nos falta la expresión correspondiente. Esta palabra francesa también puede traducirse al alemán por *Ungeniertheit*, es decir, desinhibición, desvergüenza o campechanía; traducción certera en cuanto designa un modo de obrar que no se anda con rodeos. Pero contiene todavía un significado distinto, es decir, el de una superioridad comparable a la de los dioses. En este sentido, *désinvolture* equivale a la inocencia del poder.

Donde la *désinvolture* se mantiene intacta, no puede haber ninguna duda sobre quién sustenta el poder. Debe de haber sido aún visible cuando Luis XIV disolvió el Parlamento. En su busto esculpido por Bernini, que pude contemplar en Versalles, salta también a la vista; sin embargo, aquí ya se manifiesta cierta pose. En este orden los príncipes son tan inviolables que incluso la rebelión se acaudilla en su nombre. Por el contrario, donde ya no reina la *désinvolture*, los soberanos comienzan a moverse como hombres que han perdido el equilibrio; se aferran al principio subordinado de la virtud. Es un síntoma seguro de decadencia. En naturalezas como Luis XV y Federico Guillermo II, cuyo retrato pintado por Anton Graff invita a reflexiones sugerentes, se insinúan ideas sutiles a tal respecto. «Tras nosotros el diluvio»; esta máxima oculta también otro sentido. El epígono posee cierto patrimonio, pero no puede permitirse herederos. Así pues, despilfarra la fortuna en el casino.

Asimismo el saber disponer, sin vacilaciones, de tesoros principescos es cuestión de *désinvolture*. El hombre es capaz de contemplar el oro sin envidia, si cae en manos de un ser noble. El pobre cargador que ve entronizar al afortunado Simbad en su palacio comienza a alabar a Dios, que concede dones tan elevados. En nuestro tiempo la riqueza despierta mala conciencia entre los seres humanos, y por esta razón intentan justificarla me-

diante la virtud. No pretenden vivir como mecenas en la abundancia, sino como pequeños contables.

La *désinvolture* es un don natural y espontáneo y, en cuanto tal, mucho más emparentado con la fortuna o la magia que con la voluntad[22]. Nuestra concepción del poder está falseada desde hace largo tiempo por su exagerada relación con la voluntad. Los tiranos de las ciudades renacentistas son ejemplares mediocres, técnicos subalternos. Sin embargo, el ser humano es algo más que un animal de rapiña, a saber, el señor de los animales de rapiña[23]. En este sentido, se me ocurre que también el caballero en el jardín de los leones posee *désinvolture*.

Sobre la mesa de un banquete, a la que se han reunido muchos invitados, hay una manzana de oro que nadie se atreve a coger. Todos tienen el deseo ardiente de tomarla, pero cada uno siente que se armaría un gran revuelo, con sólo insinuar su deseo. Entonces entra un niño en la sala y agarra la manzana con la mano libre; y un profundo y alegre sentimiento de aprobación se apodera de todos los comensales.

Como gracia irresistible del poder, la *désinvolture* es una forma particular de serenidad. Ciertamente, también esta palabra, como tantas otras de nuestra lengua, necesita ser restituida a su sentido. La serenidad es una de las armas más potentes a disposición del hombre; la lleva como una armadura mágica con la que es capaz de enfrentarse a los terrores de la aniquilación. Desde esa fuerza luminosa, que se pierde en los albores de la historia, la *désinvolture* penetra profundamente en la cronología histórica como un vástago cultivado en casas de alta alcurnia. Y no es sino su propio mito el que seduce a los pueblos ante un tal espectáculo.

Este estado también puede corroborarse en la arquitectura. Por ejemplo, aquí en Goslar sólo hay *un* edificio que sirva como marco adecuado a la *désinvolture*. No nos referimos al palacio imperial, tan mal restaurado, sino al viejo Ayuntamiento junto

al mercado, una joya tallada en piedra gris. Si se lo contempla desde el lado de la fuente, se ve entre sus arcos de estructuras ligeras a la par que robustas un portal digno de una recepción principesca.

Suplemento a la *désinvolture*

Überlingen

Entre los pensamientos que todavía despiertan mi interés se cuenta también la idea de un paisaje inmutable que persiste en el curso mudable de la historia y donde son *visibles* las relaciones espirituales. A esto ha de corresponderle una forma de concebir los filosofemas comparable al modo en que se leen los diarios de viaje. Se puede comprobar en qué latitudes se encontraba el autor, ante qué costas e islas navegaba. Hay también ciertos cabos y terrenos fronterizos que no pueden ser descubiertos por el pensamiento, sino que es preciso haberlos visto. Mientras estaba leyendo los *Essays* de Bacon me ha llamado la atención un pasaje de ese tipo, en relación con la *désinvolture*:

> «Las perfecciones francas y visibles suscitan elogios, por el contrario las virtudes secretas y ocultas, es decir, ciertos rasgos del carácter para los que no hay nombre, generan fortuna. La palabra española "desenvoltura"[24] se propone designar ese estado en que no hay ni firmeza ni constancia en el carácter del ser humano, pero las ruedas de su espíritu giran a la vez que las ruedas de su fortuna».

Este pasaje se incluye en un capítulo sobre la fortuna que destaca también por otras máximas memorables, como, por ejemplo, la que afirma que no hay dos cualidades más portadoras de fortuna que tener un poco de loco y no demasiado de honrado[25]. Ésta es una de aquellas observaciones con que el autor demuestra soberanía frente al lenguaje. Por lo demás, la prosa de Bacon es particularmente adecuada para el tratamiento de tales

objetos, en cuanto el brote de la flor de nuestros conceptos no ha empezado todavía a abrirse en ella.

Historia in nuce: centinela perdida

Goslar

Entre las figuras de nuestro destino destaca también aquella que denominamos centinela perdida, y nadie sabe si algún día ese sino le tocará también a él. A veces, la fatalidad se abalanza sobre nosotros inesperadamente, así como la niebla nos sorprende en alta montaña. En otros casos vemos desde lejos cómo el peligro se viene sobre nosotros; nuestra situación es comparable a la de un jugador de ajedrez que se prepara para una partida final larga e ingeniosa, aunque reconozca la ineluctable derrota. Allí donde la desgracia empuja a grandes o pequeños grupos hasta los puestos perdidos, tiene lugar un despertar repentino en plena noche; sobre todo cuando la historia trabaja en sus galerías subterráneas. Tendemos a creer que la catástrofe se anuncia visiblemente desde lejos y que hay indicios significativos que la preceden. Sin embargo, es más frecuente que un edificio histórico sea socavado por ejércitos invisibles de hormigas. Entonces basta un mero soplo para derribarlo, del mismo modo que bastó con pronunciar una palabra para levantarlo. Y de repente el terror invade aquellos lugares donde momentos antes se celebraba un banquete. Con gran sobresalto los comensales descubren al resplandor de las llamas la red de ilusiones que la seguridad teje en torno a los seres humanos.

Todos los indicios de esa situación se disciernen mucho mejor cuando el tiempo los ha hecho madurar. Esto puede suceder en los más diversos modos. De esta forma, ciudades enteras de creyentes pueden mantenerse todavía durante largo tiempo en países donde por doquier ya se celebran sacrificios a dioses extranjeros, como fue la Akkon de los Templarios o la Granada mora. Asimismo es frecuente que instituciones como escuelas, monas-

terios o factorías vivan todavía decenios enteros en total aislamiento. Lo mismo puede suceder en el propio país, ya sean comunidades, estamentos o familias. En medio de la persecución hay islas que durante cierto tiempo permanecen olvidadas por el terror. Así vivió Rivarol en París.

En tales circunstancias la vida entra en una atmósfera clara y transparente que si no, le resultaría desconocida. Así como desde nuestros observatorios construidos en los glaciares vemos las constelaciones celestes del modo más diáfano, también en los puestos perdidos en el frente nuestras jerarquías terrenales se nos muestran con mayor nitidez. Entonces, incluso lo habitual y cotidiano adquiere una particular dignidad, un rango más elevado. Esto me pareció evidente por primera vez cuando tras la retirada del Somme hice una ronda por las posiciones abandonadas. Cada una de nuestras acciones contiene *in nuce* una semilla que nos es desconocida.

Frente a la destrucción esos rasgos destacan del modo más visible. El ser humano ya no obra conforme al instinto de conservación, sino conforme a su jerarquía. Y la muerte del último defensor se asocia a la caída de celebérrimas ciudades como Cartago, Sagunto o Sión, donde se representó el más puro sacrificio. El individuo ya no se limita a cumplir con su deber particular como soldado, sino como testigo sagrado al que la muerte ha de sorprender en los espacios iniciáticos, ya sea junto al cinturón de la muralla, ante las estatuas o sobre los peldaños del templo supremo. Una escena similar se desarrolla sobre la cubierta de un buque de guerra que zozobra y representa la inviolabilidad de la tierra natal. En tales circunstancias el individuo es capaz de establecer distinciones muy finas, aunque jamás haya meditado sobre ellas. Así, sabe muy bien que el vencedor le puede rescatar del mar, pero no de la nave que se va a pique. También puede esperar que si ha resistido hasta cierto punto, intercedan en su favor fuerzas superiores. Hay una especie de serenidad soberana,

superior al poder del amor, que sorprende a los combatientes en presencia de la muerte. De este estado de ánimo nacen las bromas que resuenan en la estancia asediada de Atila bajo el techo en llamas de la fortaleza islandesa.

En tales tragedias la historia se manifiesta con su máxima plasticidad o entra en el centro del tiempo. Por ello, el ser humano puede verse arrebatado por el sentimiento sublime de lo supremo y definitivo, un sentimiento que debe iluminar a toda buena representación pictórica de la Última Cena. Un estado de ánimo como éste alumbra la vida en regiones aisladas y destinadas al ocaso, y también se presenta en las grandes epidemias de peste. Así, la crónica de la peste de San Gallen muestra sus rasgos característicos: la mezcla otoñal de duelo y alegría, el sentimiento de fraternidad espiritual y la naturaleza simbólica de las acciones. No conviene olvidar en este contexto la postrera reunión de la familia amenazada, cuando la abyecta sed de sangre causa estragos en las ciudades. Sólo aquí, muy por debajo de la superficie de los contratos sociales, se le revela al hombre el poder de sus alianzas.

En los puestos perdidos la vida está obligada a decidirse, así como la materia sometida a una alta presión se manifiesta en sus formas cristalinas. Aquí lo vil destaca de forma más nítida, como, por ejemplo, la tripulación de un barco pirata que se hunde se abandona a toda clase de excesos salvajes para aturdir su conciencia. Por ello, en el seno de ciertas jerarquías se intenta preparar al individuo para las situaciones de peligro en las que ha de resistir en su puesto sin mando y en solitario. La relevancia de semejante representación se reconoce por el hecho de que en medio de la disolución ella misma puede crear puntos de referencia conforme a los cuales se orienta la totalidad. La fuerza representativa del individuo puede ser inmensa; y la historia conoce procesos en que, cuando millones de personas callan, *un* buen testigo puede por sí mismo invertir el juicio.

Por esto, los estudios históricos forman parte también de los instrumentos espirituales imprescindibles para una suprema comprensión del mundo. De las grandes gestas humanas, como las transmitidas por las tradiciones, nos llega el eco de un lenguaje que también nos interpela directamente. Y el archivo de nuestros documentos contiene respuestas insuperables a cómo el ser humano debe comportarse en los puestos perdidos. Entre los grandes cursos que la Historia contiene *in nuce* como una academia secreta se encuentra también la disciplina que enseña a morir. Por ello, Luis XVI hizo bien en meditar sobre la historia de Carlos I mientras estaba preso en la torre del Temple.

Acertijos visuales[26]

Überlingen

Amable tristeza de Nigromontanus: la tristeza del jardinero que trabaja en jardines amenazados y alejados de palacio. Puede ser que esa cualidad tenga que ver con su vocación, pues siempre anheló los escalones superiores de la soledad y de la contemplación indivisa.

En este sentido había nacido para la enseñanza como el ave para el vuelo, y siempre me asombró profundamente cómo sabía conducirme de modo imperceptible a su terreno. Así como al niño que está aprendiendo a calcular se le regala, en un primer momento, un tablero con bolas blancas y rojas, el hilo conductor que seguía en sus lecciones era también de naturaleza material: poseía antecámaras en las que su método de pensar se hacía palpable. Contemplaba el pensamiento como una obra artesanal; insistía en que se ejercitase en la materia, y amaba los sinónimos pertenecientes al campo léxico de las artes manuales. Prefería hablar de sus aprendices, más que de sus alumnos.

Su primera lección versaba sobre pensamiento intuitivo; la impartía en un estilo libre, según se presentase la ocasión. Con ello, dejaba volar la inteligencia, sin límites, pero respetando

siempre un orden riguroso de exposición; es decir, su única corrección consistía en volver a remitir siempre lo abstracto a los objetos concretos. En cuanto su interlocutor se perdía en altos vuelos de cariz puramente especulativo o introspectivo, le obligaba a tocar de nuevo tierra mediante una maniobra discreta, tan certera como enhebrar una aguja.

Durante el primer año disertaba sólo sobre la doctrina de las superficies. Como toda palabra, también ésta poseía un sentido peculiar en sus disertaciones: conforme a éste tanto la luz como el espíritu constituían superficies producidas por la materia. Enseñaba la estrecha fraternidad con todo lo fugaz y móvil, pero también el arte de separarse de esto en el momento justo. Por ello honraba a la serpiente como su animal heráldico. También enseñaba a confiar en los sentidos, oponiéndose a cuanto se aprendía en las escuelas superiores; los consideraba testigos de una edad de oro, así como las islas son testimonios de continentes hundidos. También decía que las superficies contienen revelaciones cifradas en sus dibujos multicolores, así como las hierbas y flores del suelo indican ocultos veneros de agua y yacimientos minerales. Establecer tales contactos entre el mundo de los sentidos y las corrientes profundas era una de las tareas más iluminadoras. Era del parecer de que mirábamos las cosas visibles sin prestar demasiada atención, y tal vez por ese motivo solía rodearse de objetos que mudaban sorpresivamente de aspecto al contemplarlos más de cerca.

Así pues, amaba los materiales cambiantes, los cristales y fluidos irisados, cuyos colores brillaban o se alteraban con la luz. Sus piedras preferidas eran el ópalo y la turmalina pulida. También poseía una colección de imágenes encubiertas, que aparecían, como por arte de magia, a partir de mosaicos de un solo color. Éstos, por ejemplo, se componían de guijarros que a la luz del día no se diferenciaban de otros granulados de apariencia muy similar, pero que al atardecer destacaban por su brillo fos-

forescente. En su casa había estufas que, al calentarse, mostraban aforismos escritos en rojo, y terrazas en los jardines donde los aguaceros conjuraban símbolos negros. También los ornamentos que decoraban sus estancias y sus enseres revelaban a la vista cosas inesperadas; por ejemplo, meandros donde sobresalía unas veces el río oscuro y otras la clara orilla, y el dado dibujado sobre el plano que mostraba al observador ora la cara frontal ora el reverso. Poseía transparencias sobre las que, al irradiar luz, figuras inofensivas se trocaban en horrorosas o imágenes espantosas se mudaban en bellas. Amaba los caleidoscopios, y hacía fabricar modelos en que piedras semipreciosas pulidas con la elegancia del pensamiento se engastaban sobre rosetas y estrellas, donde competían libertad y simetría. Asimismo solía deleitarme en su invernadero construido a las puertas de Wolfenbüttel, una pequeña, pero destacada villa. Acudíamos los sábados para examinar viejos manuscritos; a veces también se encontraba allí con conocidos de aspecto extravagante, venidos desde lejos.

Cuando me acuerdo de todas aquellas cosas que tanto me divertían como un juego no puedo evitar pensar que Nigromontanus las había seleccionado según un principio especial, es decir, el de las imágenes enigmáticas. Sin duda, la acumulación de tales objetos pretendía provocar determinados efectos. Por lo demás, no sólo coleccionaba objetos; también apreciaba la fuerza enigmática en la escritura y, de vez en cuando, me encomendaba libros cuya prosa era preciso seguir como la senda de un bosque. En cambio, otros se presentaban de un modo distinto, por ejemplo, como techos pintados con aberturas a través de las cuales se divisaban astros, así un inédito sobre los misterios eleusinos que había llegado a sus manos desde las secretas obras póstumas de Fiorelli. Como muchas de sus inclinaciones, también ésta ejerció su influjo sobre mí; igualmente le debo la predilección por la oculta correspondencia que existe entre las cosas.

En lo que atañe a los acertijos visuales, el maestro pretendía sobre todo provocar esa conmoción que nos sacude cuando inesperadamente vemos en una cosa otra distinta. Tal vez pensaba de ese modo deshacer y cortar las finas raíces que ligan a nuestro ser con el mundo cotidiano de hábitos y rutinas ópticas. Es verdad: si adivinamos el enigma que se oculta en la imagen, podemos sentir estupor, asombro, sobresalto, pero también alegría. Cuando se acumulan tales impresiones, comenzamos a aproximarnos a las cosas con cautela; contemplamos incluso los simples materiales sobre los que se asientan nuestras representaciones con atención, expectativa o escepticismo. Nigromontanus debía de proponerse precisamente eso; su método no se orientaba, como en las escuelas superiores, a la búsqueda, sino al hallazgo. Así, se distinguía por infundir una peculiar confianza en que todos nuestros caminos, incluso los que parecen vanos o infructuosos, encierran un fruto propio, como la semilla de la nuez; y exigía que antes de caer dormidos examinásemos la jornada en nuestra memoria como se abre una concha.

Tales ejercicios debían revelar que el mundo en su totalidad también está constituido conforme al modelo de un acertijo visual; que sus secretos yacen sobre la superficie a la vista de todos y que sólo se necesita una mínima acomodación del ojo para ver la abundancia de sus tesoros y milagros. Le gustaba citar la sentencia de Hesiodo según la cual los dioses tienen oculto el sustento a los hombres y que el mundo es tan fértil que el trabajo de un día basta para todo un año de cosecha. Así no se requería sino un instante de meditación para descubrir las llaves que abren la cámara del tesoro donde podemos nutrirnos durante toda una vida; y para ilustrarlo señalaba aquellos artefactos simples, que una vez inventados se dirían concebibles hasta por un niño. Le gustaba aludir a la fantasía; su fertilidad era un símil de la fecundidad del universo, pero la gente vivía como seres que morían de sed sobre manantiales de una fuerza inagotable. También dijo una vez que el mundo se nos ha transmitido con sus

elementos como las veinticuatro letras del alfabeto y que su imagen se ha ido formando a medida que se desarrollaba nuestra escritura. Sin duda, se precisaba un verdadero autor y no un mero escribiente[27].

Se refirió a esta cuestión cuando le acompañé en una de sus excursiones geománticas en los lindes de los montes del Harz, a lo largo de un trecho misterioso, en donde se habían erigido unas viejas atalayas. Fue en esa ocasión cuando expuso con mayor claridad su método. Si no lo entendí mal, lo consideraba un arte de conducir la vida, con lo imperecedero como meta. Se guiaba por la concepción verdadera del mundo, inscrita en este mundo ordinario como un enigma visual: inaferrablemente cerca. Afirmaba que el primer indicio de un acto de visión afortunada era el asombro y después la alegría.

Cuando rememoro todo aquello, tengo la impresión de que entonces no me encontraba en el estado apropiado que ciertas doctrinas establecen como condición previa. Sin duda experimenté también esa conmoción magnífica que nos invade cuando se desdibujan los límites y se revelan significados ocultos; pero sólo como quien se desliza volando por jardines inexplorados. Participé en la vida como un jugador osado que lo apuesta todo por apresar un instante de dicha, y sin embargo Nigromontanus me había enseñado que, cualquiera que fuera el lugar donde me encontrara, en la celda de un ermitaño o en un palacio suntuoso, siempre se gana algo.

El picoverde

Überlingen

En mis primeros paseos tuve la impresión de que en el paisaje bullía una vida inusitada. Parecía debido al concierto de los innumerables pájaros que poblaban la superficie del lago y sus orillas. Cuanto más indeterminado y sutil era el modo en que tales percepciones se distribuían, tanto más profunda era la huella

que dejaban en los sentidos; hay también un éter que engendra serenidad.

Que las orillas ofrezcan tanta riqueza de vida plumífera incluso en el contorno de las colinas con bancales de huertas y de viñedos se debe, sin duda, al cuidadoso cultivo de árboles frutales, casi como un parque que cubre la región con un gran manto mullido. Aquí en las faldas luminosas se mezclan los rasgos del bosque y los de la llanura; los huéspedes alados encuentran un medio favorable que les garantiza ocasiones abundantes para volar libremente o para cobijarse.

Con frecuencia se ofrecen a la vista las imágenes más graciosas: por ejemplo, campos revestidos de verderones como de un tejido amarillo resplandeciente, o troncos de perales en que se afanan al mismo tiempo el grácil trepador, la sitela roedora y muchos carboneros de colores variados. Incluso las aves rapaces aparecen en bandadas, por ello se ven a veces en las granjas viejos toneles de vino, donde se han tallado pequeñas puertas para que los polluelos puedan refugiarse a toda prisa.

Los picoverdes van y vienen en gran número; su risa burlona se oye cerca y lejos. Aunque ya los he observado con frecuencia en mi vida, sólo ahora me resulta evidente su verdadera esencia, así como la del pájaro carpintero en general. Se trata de un animal que durante la creación debe de haber ocupado un lugar singular, es decir, en el punto donde la línea de separación entre ritmo y melodía se trazó con la mayor nitidez. De ese modo se creó en él una criatura rítmica excelente, con unas dotes tan altas que no dejaron espacio para el sonido melodioso.

Sucede que cuando nos encontramos al picoverde, cualquiera que sea la actividad que realice, no nos puede resultar indiferente el carácter rítmico y estrictamente acentuado de sus movimientos. Ya cuando se aproxima volando se le reconoce de lejos por sus vigorosas ascensiones y caídas en picado; ningún pájaro describe una trayectoria de vuelo tan ondulada como él. A esto

le corresponde el modo caprichoso en que salta de árbol en árbol mientras se despluma o las espirales que traza alrededor de los troncos o el movimiento acompasado con la cabeza. A esto se añade el reclamo nada melodioso, un largo pitido que se parece a un relincho interrumpido por numerosas pausas regulares. Finalmente, entre sus rasgos característicos destaca, sobre todo, el conocido picoteo y martilleo con que llena el bosque; en el gran concierto de las aves ha elegido el tambor.

Para el que conoce las relaciones que existen entre el ritmo y los miembros del cuerpo, las manos en particular, será muy reveladora la oposición de los dedos de los pies en pares, de los cuales los dos delanteros se han soldado. Asimismo la estructura de la lengua es digna de observación. Incluso en los colores chillones y fuertemente contrastados del plumaje se nota la carencia de un elemento armónico.

Todo esto puede ilustrarse hasta en el más mínimo detalle, y tales relaciones siempre me parecieron más evidentes que los apuntes darwinianos sobre el copete rojo de los picoverdes. Sin embargo, el valor de estas combinaciones reside, a mi juicio, en un dominio absolutamente distinto: en realidad, son de una naturaleza más general, o mejor dicho, más concluyente, pequeños modelos para un modo distinto de ver las cosas. Tengo la fundada sospecha de que nuestra educación ha fracasado en todos los puntos decisivos o, más bien, ni siquiera se ha aproximado a ellos y que desde entonces no ha dejado de empeorar. Tendríamos que estar agradecidos a los naturalistas por haber circunscrito el saber teológico en una disciplina auxiliar respecto a su propia ciencia; poseían ahí un contacto mucho más revelador que el de los teólogos mismos. Quien hoy quiere realmente trabajar, es decir, internarse en la tierra de nadie de los pensamientos, debe procurarse, en primer lugar, las herramientas necesarias en todas las facultades universitarias para poder siquiera empezar. Nietzsche tiene razón al afirmar que hoy día si se per-

siguen unas metas altas, a los treinta años se es todavía un niño, un principiante; pero también a los cuarenta se es todavía un aprendiz.

Coraje y osadía

A bordo

También en lo que atañe al lenguaje, mudamos de piel varias veces a lo largo de la vida. En este punto me doy cuenta de que en los últimos años he ido perdiendo el gusto por ciertas palabras compuestas con los prefijos «sobre» o «super»[28]. Con ello no me refiero a esos bellos vocablos compuestos que como «sobreabundancia» se encuentran bajo el signo de la cornucopia, sino a esos otros que pertenecen al campo semántico de la voluntad[29].

Cuando la situación se torna realmente peligrosa, estos superlativos nos dejan pronto en la estacada, y si el suelo vacila ya no deseamos calzar el coturno[30]. El coraje es una virtud tan alta que no requiere de la elevación implícita en elogios como osadía o intrepidez[31]. Las representaciones de un sujeto musculoso, pletórico y temerario que entra triunfante en el campo de batalla de la vida tienen su origen en los sueños voluptuosos de los tísicos.

El error dominante aquí consiste en que un estado tan vigoroso es más bien perjudicial que benéfico para estos esfuerzos supremos. Ignora que, por lo común, sólo nos enfrentamos a las verdaderas decisiones cuando la fuerza vital comienza a flaquear. Alcanzamos esos campos de batalla como tropas que ya están muertas de cansancio por tantos días de marcha, hambre, sed, vigilia y escaramuzas y a las que, para colmo, se exige el máximo brío, el de la victoria. La vida misma refleja esta situación en una imagen simple: la muerte sólo se acerca cuando le ha

precedido la enfermedad, la pérdida de sangre o la violencia. En esa clase de trances la bravuconería no tarda en desaparecer.

Además conviene tener en cuenta que la osadía posee, sobre todo, un carácter inestable y agresivo. Y es necesario ser el más fuerte si no se quiere hacer el ridículo. Pero la esencia del coraje es indudablemente de naturaleza sosegada; se le reconoce por la perseverancia, la firmeza y la imperturbabilidad. El coraje se enfrenta al peligro supremo, por ejemplo, frente a fuerzas inmensamente poderosas, haciendo gala de estas virtudes.

Es sorprendente el estricto orden en que se desarrollan los hechos cuando se llega al enfrentamiento bajo tales condiciones. Cuando el conflicto se mantiene a su altura ejemplar, antes de entrar en liza, pese a quien pese, el combatiente más poderoso conmina a su enemigo a capitular. Por diversos que sean los modos en que presente esa exigencia, no importan las jerarquías. El general espera del pequeño capitán, cuya plaza fuerte se encuentra en el camino de su ofensiva, que se entregue honorablemente ante su autoridad como prisionero de guerra. El tirano astuto se contenta con una negativa, y sus lacayos están acostumbrados a que su víctima muerda el polvo ante él. La capitulación puede también firmarse, sin gran ostentación, por ejemplo, manteniendo el silencio o aceptando reparaciones u honores. Los nudos son muchos, y algunos se disimulan elegantemente, pero la manera en que se atan es siempre la misma. Qué es lo que en realidad está en juego, se manifiesta pronto en caso de vacilación. Entonces la exhortación se vuelve cada vez más apremiante y pronto se convierte en amenaza de una violencia mortífera y destructiva.

Cuando el espíritu siente ese peligro, le asalta un momento de debilidad, al que sólo una minoría puede resistir. Pero en la superación de ese asalto se consuma un acto singular: el ser humano se yergue ante lo imposible. No hay aquí ninguna proeza tan lejana que sea inalcanzable para la mirada; el punto de mira, co-

mo el punto de intersección de dos paralelas, se encuentra en el infinito. Con ese acto el combate accede a otro orden. El ser humano se carga con nuevas fuerzas, porque ya no sucumbe tan fácilmente a las adversidades. El aflujo de energías es como una pleamar que sigue a una bajamar tras abrirse la compuerta de una presa. Ese fortalecimiento prodigioso también confiere al débil un poder temible; le arma con la fuerza de los espíritus.

Es verdad que esas situaciones no contienen la receta para vencer desde una posición de impotencia. Aquí se trata más bien de fuerzas que, al manifestarse, confirman el orden mundial en sí y en su núcleo, pero casi siempre sin éxito temporal. Así es como el auténtico héroe nacional ingresa en el destino de su pueblo, con su aparición en tiempos oscuros, sin disfrutar de reconocimiento en vida, con frecuencia vendido al enemigo y a la postre hundido en un ocaso solitario. Pero constantemente se repiten las épocas en que se necesita el ejemplo y el sacrificio de un individuo singular para restablecer la medida conforme a la cual el ser humano se ha forjado y formado. Esta medida se insinúa en todo gran orden jerárquico; por ejemplo, entre nuestros antepasados no valía como modelo imperecedero la victoria de los príncipes de la guerra, sino las hazañas gloriosas de los muertos; una fórmula asombrosamente lacónica con la que debe medirse al punto, en términos decisivos, cualquiera que sienta la inclinación a la excelencia.

En los museos

Überlingen

La visita a los museos tiene siempre algo fascinador y angustioso. A veces también pueden observarse rasgos conmovedores; por ejemplo, la actitud que adopta el librepensador ateo ante el fósil del *Archaeopteryx*, como si se encontrara ante una reliquia descubierta. Por desgracia, no disponemos de conceptos adecuados para describir tales observaciones, de lo contrario un

viaje como aquel en que Pausanias visitó en el siglo II las ruinas de la Antigüedad ofrecería ciertamente buenos frutos. No conocemos la naturaleza del estremecimiento que nos invade cuando el astrónomo mide las distancias en cifras de años luz o cuando el arqueólogo hace renacer a partir de ruinas milenarias la puerta principal de una metrópoli desconocida.

Nos engañamos fácilmente sobre el poder y la extensión que el impulso museístico ha alcanzado y alcanza cada día. Podemos hacernos una idea del monstruoso apetito que reina aquí si pensamos en el modo en que las iglesias se transforman en museos. Hay en la actualidad legiones de turistas que las visitan con una intención puramente museística y las iglesias se preparan para recibirlas. Tampoco pueden sustraer a su propio personal de la influencia del espíritu del tiempo; la línea que separa al sacristán del conservador de museo se difumina de modo imperceptible. A esto se corresponde, entre otros fenómenos, una curiosa metamorfosis de las reliquias, que pierden su valor sagrado y se reducen a una función museística. Aquí en Reichenau se exhibe una jarra antiquísima que durante siglos no inspiró ninguna duda sobre su uso en las bodas de Caná. Hoy se menciona como una anécdota curiosa; la atención que se le presta se parece más bien a la que puede esperar el propietario de un jarrón de la época de la dinastía Ming.

Esa metamorfosis que, a menudo, exige una mirada sutil también tiene, como todas las cosas, su reverso político. Estado e Iglesia se encuentran hoy en el espíritu museístico como en un *foyer* común. Se dan situaciones en que el Leviatán podría engullir de un bocado los restos que han quedado tras el proceso de secularización, si cierta desconfianza no se lo impidiera. También una ruptura absoluta le ahorra al Estado más de un estorbo; y reservar al clero una especie de función de custodia es una medida mucho más hábil y aporta más beneficios que los obtenibles mediante la segregación o la violencia. Como conserva-

dora de antigüedades, ya sea de edificios y obras de arte o de usos y costumbres, la Iglesia entra en un orden de relaciones donde el carácter museístico es lo novedoso. A su vez, esa novedad no es sino la expresión histórica de una constelación que se repite desde los orígenes más remotos, pues también en las ciudades antiguas los viajeros buscaban templos semiolvidados y esperaban allí que se le mostrasen objetos antiquísimos, por ejemplo, trípodes caídos del cielo.

Por lo demás, no pocas veces se ve a las viejas estirpes participar en tales relaciones. De este modo, hoy día nos encontramos no sólo con príncipes que en sus castillos heredados apenas pueden distinguirse de los directores de un museo, sino con otros nobles que obtienen sus ingresos del dinero de las entradas y del consumo de artículos de los visitantes que afluyen en masa. Sólo en tales lugares nos formamos una idea justa del poder de la democracia. Ésta da propinas a los *Milords*.

Se trata de ámbitos que el impulso museístico reduce a un lugar secundario. Es sobre todo en la protección de la naturaleza y de los monumentos donde este impulso impone un conjunto de tabúes de un alcance inmenso, y administra una cantidad creciente de objetos, desde el más pequeño insecto hasta las superficies de los parques nacionales que abarcan varias provincias. Hoy existen flores, árboles, bosques, pantanos, casas, pueblos, ciudades y seres humanos protegidos por un tabú museístico, y ni siquiera la imaginación más audaz puede concebir la meta que se propone esa voluntad de hacer intangible tales masas de cosas animadas e inanimadas[32].

También es curiosa la coexistencia inmediata de ese mundo aislado bajo una campana de cristal con otro mundo donde la crueldad salvaje y el alcance de la destrucción casi no conoce límites. Sin embargo, estos dos mundos mantienen una relación secreta, en cuanto la conciencia triunfa de modo prepotente sobre los restos de formas conservadoras y senatoriales. En este

sentido, el impulso museístico representa, tal vez, un dispositivo de seguridad que la civilización desgaja de su propia sustancia. De ese modo pretende compensar artificialmente los estragos económicos y técnicos causados por ella misma; y con frecuencia, como en el caso de los indios americanos o de las grandes fieras africanas, brinda al menos protección frente al exterminio absoluto. El procedimiento puede adoptar formas grandiosas al sustraer extensos ámbitos a la total irradiación de la conciencia abstracta, ya sean paisajes, oficios o también nacionalidades comprendidas en unidades más amplias. A menudo nos encontramos aquí con marañas casi inextricables de esfuerzos políticamente conservadores y ecológicamente preservadores, aunque no sea posible dudar de la unidad del proceso principal.

Tal vez sea bueno, en general, apartar la vista de las intenciones y considerar las formas como si la naturaleza o un instinto oscuro las hubieran producido; y, sobre todo, jamás debe confiarse en las explicaciones que el ser humano actual pretende ofrecer de sus esfuerzos. En esta perspectiva se manifiesta el parentesco que nuestro reino museístico posee con los grandes cultos mortuorios y funerarios y que se tornaría aún más evidente si se trasladasen parte de las colecciones a las cámaras subterráneas. En el impulso museístico se revela el aspecto necrológico de nuestra ciencia; una tendencia a enterrar la vida en la paz e inviolabilidad de los mausoleos conceptuales, y tal vez también la voluntad de elaborar un vasto catálogo de materiales escrupulosamente ordenados que pueda legar un fiel trasunto de nuestra vida y de sus afanes más lejanos. Esto recuerda al inventario de Tutankamón.

Allí donde la ciencia se vincula con el impulso museístico, aquélla se aparta de la voluntad y con ello se suprime la desconfianza que inspiran las ramas que se adentran en la técnica; aquí no hay patentes ni temor de espionaje. Por mucho que hayan aumentado las molestias del viaje, en la esfera museística el in-

tercambio y el movimiento tienen lugar en un medio bastante seguro. También hallamos por doquier un clima uniforme respecto a modos de pensar y métodos de trabajo, como, por regla general, sólo era típico de los edificios de las órdenes religiosas esparcidas a lo largo y ancho de países e imperios. En un mundo donde se llega al degüello por disensiones sobre el contrato social, hay lugares que han permanecido tan vírgenes de todo eso como los oasis de Júpiter Amón.

Por lo demás, los museos tienen también en común con los mausoleos que la crítica apenas les afecta, como se percibe fácilmente si nos fijamos en la actitud y en los rostros de sus visitantes. En la voluntad de duración se oculta una poderosa fuerza; puede sentirse físicamente cuando se sostiene en las manos un objeto que ha estado miles de años al cuidado humano, sobre todo, si se trata al mismo tiempo de una de las obras maestras donde el arte ha llegado a su culmen. En este sentido, las grandes colecciones son ciudadelas de la persuasión; y de un rango tanto más elevado, vinculante y duradero cuanto que en ellas se exponen las puras cristalizaciones del estado humano y social.

Esas relaciones aparecen nítidamente en su impronta negativa; donde las cosas han llegado al extremo y donde las fuerzas —por lo común profundamente reprimidas— se liberan y se oponen no a una determinada forma de orden, sino al orden en sí. En tales desórdenes, además de abrir las cárceles y las plazas fuertes, se llega también a incendiar las bibliotecas y colecciones, en las que la plebe ve el *palladium* de la civilización. La iconoclastia indiscriminada es siempre síntoma de que vacilan los fundamentos. En relación con ella obtenemos ciertas revelaciones que anuncian que la levadura comienza a espumar. El culto al fuego es una de estas revelaciones, no como fuente de luz sino como poder incendiario, y a lo largo de la historia se presenta bajo formas diversas: como antorcha, como petróleo o como dinamita. Síntoma infalible de ese estado es la noticia de que se

han profanado tumbas y se han expuesto cadáveres en la plaza pública. Tales espectáculos no representan únicamente *caprichos* lóbregos en que se complace el desenfreno del espíritu, sino un *pàroli*, una triplicación de la apuesta lanzada a ese espíritu que se lo juega todo. Pues la condición humana se basa precisamente en el entierro de los muertos, y quien comienza a bromear en ese aspecto ya no retrocederá ante nada[33]. Por ello, el efecto de tales espectáculos supera en gran medida nuestra capacidad de imaginación; disuelve las últimas resistencias como un oscuro remolino que alcanza abismos espantosos.

Sin embargo, a veces puede parecer que también el espíritu responsable, como, por ejemplo, un Burckhardt o un Winckelmann, sobrestima el valor de la conservación de las grandes obras y que tal vez en esa sobrestimación se oculta precisamente un dolor oscuro, una secreta carencia de capacidad creativa. Se observará, por otra parte, que precisamente el mal pintor, sobre todo el farsante y el falsificador, comparte con la plebe un odio común contra las grandes colecciones de arte; lo bello debe desaparecer del mundo para que lo feo pueda considerarse tolerable. En general, un fenómeno tan complejo como nuestro impulso conservador y coleccionista se resiste del todo a una explicación unívoca; forma parte de esos grandes temas donde las contradicciones se concilian como en un paisaje que posee a la vez abismos y superficies.

Y, por reservar lo mejor para el final, el impulso museístico tiene también su vena de orgullo, sobre todo cuando se acerca a la investigación científica que, sin duda, mantiene un vínculo estrechísimo con el coleccionismo. Aquí dormita la chispa de vida que ilumina el polvo; nuestra gran pregunta por el enigma del mundo. Ni siquiera las distancias más astronómicas ni las épocas más remotas nos dejan reposar, y nuestros telescopios orientados hacia las estrellas fijas, nuestras redes que se hunden en el mar profundo, los picos que remueven las ruinas bajo las que

yacen ciudades, teatros y templos desaparecidos, a todos ellos les mueve la pregunta de si también en aquel lugar y en aquel tiempo puede sentirse el núcleo más íntimo de la vida, la fuerza divina que nos habita. Y cuanto más extraños y misteriosos sean los espacios desde donde nos llega la respuesta, aunque no sea sino un eco amortiguadísimo a través de milenios y zonas heladas, tanto más íntima es la dicha que nos colma.

En el puesto fronterizo[34]

Überlingen

La muerte se parece a un extraño continente del que nadie puede traer noticias una vez hollado. Sus arcanos nos desasosiegan con tanta fuerza que sus sombras acaban oscureciendo el sendero que conduce allí. Es decir, no discernimos con suficiente precisión entre la muerte y el morir. Distinción tanto más valiosa cuanto que muchas cosas que atribuimos a la muerte se consuman ya en el umbral de la agonía, mientras nos adentramos en ese reino fronterizo que algunas veces todavía alcanza a divisar nuestra mirada. Por mucho que la muerte se pierda en la lejanía, nos es posible sentir el clima que la circunda.

Hay casos que penden de un débil hilo y en los que el ser humano ya columbra la muerte como un acantilado que se insinúa más allá de la cercana rompiente. Pero entonces la vida vuelve a insuflarle aliento, como una llama que se reanima en las cenizas de un hogar casi extinguido. Tales casos se parecen a una falsa alarma; y así como hay barcos donde el capitán sólo pisa cubierta ante la amenaza de tormenta, en el moribundo irrumpe una instancia normalmente oculta que entonces asume el mando. El ser humano posee ciertas facultades que lleva consigo como si fueran instrucciones selladas; puede disponer de ellas sólo en circunstancias graves. A estas facultades pertenece la capacidad para hacerse cargo de la situación, y efectivamente sucede así,

pues tras un instante de estupor, antes de consumarse el acercamiento de la muerte, el moribundo adquiere dotes visionarias.

Mientras refrescamos sus sienes, el agonizante se encuentra ya alejado de nosotros por distancias inconmensurables. Mora en paisajes que sólo se revelan cuando el espíritu ha cruzado los flameantes velos del dolor. Tiempo y espacio, esos dos cotiledones donde germina la vida, se repliegan de nuevo y al desvanecerse estos condicionamientos, una nueva clase de visión le es deparada al ojo interior. Entonces la vida se le manifiesta bajo un nuevo sentido, más lejana y límpida que nunca. Puede ser abarcada con la mirada como un país sobre el mapa, y nuestro itinerario, que se extiende sobre tantos años, se hace visible en su significado oculto como las líneas de la mano. El ser humano comprende su periplo desde la perspectiva de lo necesario, por vez primera sin sombras ni luces. Lo que aflora de nuevo no son tanto las imágenes como la esencia de su contenido. Es como si, tras finalizar una ópera, con el telón ya caído, en un espacio sin público, una orquesta invisible volviera a representar, por última vez, el motivo principal de la pieza: solitario, trágico, altivo y con una trascendencia letal. El agonizante vislumbra un nuevo modo de amar su vida, sin que le acucie el instinto de conservación. Y sus pensamientos alcanzan soberanía, si se liberan del miedo que ofusca y lastra toda inteligencia, toda deliberación.

Sólo aquí puede decidirse la cuestión de la inmortalidad que tanto desazonaba al espíritu mientras vivía. La solución sólo es posible en una situación tan extraordinaria, donde el moribundo alcanza una cumbre desde la cual puede otear la línea que separa los parajes de la vida y de la muerte. Y así logra una perfecta seguridad, mientras se contempla a sí mismo tanto en una parte como en la otra. Sufre una detención en su marcha, como si arribase a un puesto fronterizo solitario, una aduana situada en la cima más elevada de un macizo montañoso, donde se cambia la calderilla de la memoria por oro[35]. Su conciencia se alza

como una luz y en su brillo reconoce que nadie va a embaucarle, puesto que allí canjea miedo por confianza.

En ese ínterin, donde el tiempo linda con la eternidad, cabe suponer que se sitúan aquellas regiones descritas por los cultos religiosos como purgatorio. Tal es la vía por la que el ser humano espera restablecer su dignidad. No hay vida que se haya preservado por completo de la bajeza; nadie se salva sin merma. Pero ahora, como ante un angosto paso de montaña, ya no hay desvío posible ni tampoco vacilación que valga, por muchos obstáculos que se opongan. Ahora la muerte gobierna el paso, como una lejana catarata arrastra el curso de la corriente. El ser humano que emprende esta marcha solitaria, a la que ya nada puede detener, se parece a un soldado que vuelve a reconquistar su rango.

Así como el niño disfruta de órganos que facilitan y hacen posible el nacimiento, para afrontar la muerte el ser humano también posee órganos cuya formación y fortalecimiento competen a los ejercicios espirituales. Allí donde este saber declina, se extiende frente a la muerte una suerte de idiotez, como delata tanto el incremento de un pánico ciego como de cierto desprecio de la muerte igual de irreflexivo y mecánico.

El colirrojo

Überlingen

Mientras desayunaba en el jardín, vi cómo una cría se precipitaba desde lo alto del nido de colirrojo sobre el umbral de mi casa y se quedaba muerto en el pavimento. Su cuerpo no tenía aún plumas y los grandes globos oculares se translucían oscuramente a través de la piel rosada. Como el ancho pico absolutamente cerrado, la desnudez daba al pequeño cadáver un aspecto precoz y doloroso.

La repentina caída desde la seguridad a la nada era tanto más conmovedora cuanto que al mismo tiempo el pajarito había des-

aparecido, sin dejar rastro, del campo visual de los progenitores. De vez en cuando, regresaban fielmente con alimento para los hermanos supervivientes y en sus idas y venidas pasaban volando a menudo muy cerca del cuerpecito muerto, pero sin demostrar ningún signo de compasión.

Ya había observado con frecuencia que los animales están constituidos de un modo distinto y ciertamente con una visión más aguda que la nuestra para detectar a los seres vivientes. Para ellos, la muerte transforma velozmente el cuerpo en un objeto; y hay casos en que los animales adultos perciben el cadáver de la cría, en cierto modo, como si fuera alimento. Conforme a ello, los animales siguen a rajatabla la máxima de Heráclito sobre los cadáveres que, a su juicio, no eran sino estiércol; palabras que, supongo, se dirigían contra el culto egipcio a los muertos. Parece que los animales no se perciben como imágenes sino como manifestaciones vitales; hay que imaginarse la relación entre animales, por ejemplo, como la que mantenemos con una lámpara eléctrica que nos ilumina, porque hay corriente en ella y mientras ésta circule.

El pequeño percance me trajo a la mente una idea que me hizo feliz. Es decir, se me ocurrió que en el seno de un nido el espíritu colectivo se ha desarrollado de un modo que supera nuestra imaginación. A esto se corresponde una individualización poco diferenciada; debemos imaginarnos la vida en una de esas pequeñas familias como un estado donde aquello que llamamos individuo no existe en absoluto. Por ello, tampoco hay percepción de la muerte en el sentido que nosotros le damos a la palabra, y los pensamientos que el accidente me inspiró en la mesa del desayuno parecían brillar, por así decirlo, desde otro planeta.

Si ahora logramos comprender un estado similar podemos estar seguros de que éste también se oculta en nuestra vida. Así sucede efectivamente entre nosotros, aunque no en el interior de la familia. Pero sin duda, esa antiquísima especie de ceguera rei-

na allí donde tal vez menos la sospechamos, es decir, en relación con nuestro propio yo. Nosotros mismos no nos percibimos como individuos, la imagen de nuestro cadáver se sustrae también a nuestra representación. En nuestra organización, tan ramificada, el yo es nuestro último refugio, donde la ceguera de la vida se ha retirado, y desde aquí emprende sus salidas.

En primer lugar, respecto al cadáver, la afirmación puede sonar ociosa, en cuanto, según todas las apariencias, la persona y el objeto de la percepción se excluyen. Y sin embargo no es así. En este aspecto me conmovió singularmente el relato que oí de labios de un joven soldado, al que durante la guerra un proyectil había arrancado un brazo. Me contó que había conservado la conciencia tan plenamente despierta que llegó a pensar en quitarse el reloj de pulsera de su brazo, sin darse cuenta de que un casco de granada se lo había separado como en una amputación quirúrgica. Pero justo cuando lo intentó se dio cuenta de que ya no disponía del brazo y que no se había percatado de su pérdida. La muerte es una gran amputación mediante la cual nos desprendemos de la totalidad de nuestros miembros. A ello corresponde cuanto se dice en el *Libro tibetano de los muertos*. Según éste, a la muerte sucede un breve intervalo sin conciencia, pero inmediatamente después el difunto retorna al lecho de muerte, donde sólo adivina su nuevo estado por los lamentos de sus familiares.

En igual medida, nuestra vida es ciega frente a nuestro cuerpo, incluso frente a nuestro espíritu. Esto explica el carácter fantasmagórico que adquiere nuestra imagen reflejada en el espejo. De este modo sólo el espejo de la sociedad nos despliega una imagen de aquello que nos hemos acostumbrado a llamar nuestra individualidad. Pero en el fondo todo lo que en ese sentido nos es propio nos resulta también lo más lejano. No es ninguna casualidad que precisamente nuestro tiempo nos conceda en este ámbito nuevas evidencias. Recientemente, Kubin me contó

que le habían filmado durante algunas de sus actividades cotidianas, en el desayuno, en el jardín y en la mesa de trabajo. Según su descripción, ese documental le había causado «asombro ante el hecho de que durante sesenta años se le confundiera con aquel tipo extraño».

No sólo nuestros ojos, sino, en general, nuestros sentidos, se parecen a los espejos por el hecho de estar orientados hacia el exterior y permanecer ciegos a su reverso. El *Tapetum nigrum* está vuelto hacia nosotros desde el ojo. Así, vivimos en el ángulo muerto de nosotros mismos. En una película, nuestro rostro, nuestros movimientos se nos antojan los de un extraño; nuestra voz reproducida por un tocadiscos nos suena como la de un desconocido. Incluso una simple foto nos causa embarazo; la mayoría de las veces nos disgusta reconocerla como nuestra. Como médicos no podemos curarnos a nosotros mismos; como artistas, como autores no podemos juzgar sobre nuestro estilo. En el fondo cada uno estima bueno su rendimiento y jamás se sorprende del aplauso; por la misma razón toda mujer se considera bella. Siempre nos sentimos uno con la voluntad ciega, con la fuerza vital informe que nos colma; y sin embargo nuestra individualidad, nuestro estilo vital sólo es reconocido desde el exterior. El gran talento apenas modifica esa situación; asombra con qué frecuencia precisamente hombres de talla prefieren sus aspectos más débiles. La razón consiste en que valoran al máximo aquel rasgo de su arte que ha ocupado sobre todo a la voluntad.

Y por mucho que quien haya concebido esa ceguera alguna vez en la vida confirme su existencia, no por ello sucumbimos completamente a su poder. El hecho de que podamos describirla es ya revelador, y en esa forma de abordarla se oculta un acto importante. Por otra parte, hay una concepción clara, profunda y nítida de la vida y su organización según afinidades espirituales. Aquí el individuo es capaz de alcanzar realmente un grado extraordinario de iluminación, en el que se observa a sí mismo a

distancia. En esa virtud se fundan el progreso del Derecho, el Estado y la gran historiografía, como rasgos esenciales del poder imperial y dominador de pueblos reunidos en la figura del César. Es legítimo que ese hombre superior hable de sí en tercera persona. Si todo *esto* no interviniese en nuestra historia, viviríamos como termitas cuyas construcciones no son precisamente Estados, sino grandes nidos en cuyo seno reina la ceguera de la vida.

En este sentido, la máxima «conócete a ti mismo» sigue siendo la divisa válida para todos nosotros. Pues todos sentimos el poderoso empuje con que intenta succionarnos el oscuro abismo de la noche de la vida. Hay un conato violento y velado bajo formas siempre cambiantes que pretende someter de nuevo nuestra vida a aquella uniformidad prevaleciente en los nidos o en la oscuridad del útero materno. Aquí no hay felicidad, grandeza o derecho fuera de esta profunda y ciega homogeneidad.

Aquí reposan nuestras raíces; pero la trama de nuestra vida se entreteje con luz y oscuridad.

Notas al colirrojo

Leisnig

Sobre el fondo de estas consideraciones me resultó evidente, entre otras cosas, por qué la naturaleza procedía de forma aparentemente tan descuidada en el caso del cuclillo. La diferencia entre el joven cuclillo que, por ejemplo, se cría con el reyezuelo, y sus compañeros de nido es tan extraordinaria que la indiferencia con que los padres adoptivos aceptan la suplantación se ha contemplado desde siempre como un portento de la naturaleza. Por lo demás, si en el nido del reyezuelo los moradores no se perciben como imágenes, sino como energías vitales, entonces, sin duda, para la integración del cuclillo cuenta menos la semejanza figurativa que otras formas de adaptación.

En la investigación de nuestros sinónimos hay todavía mucho que descubrir; también en la filología podría desarrollarse una suerte de genética de gemelos.

Así, la palabra «cadáver» es, sin duda, la palabra mágica con que se designa el muerto en un sentido completamente determinado. Le corresponde el vocablo latino *imago* como la semblanza mágica de la vida que se oculta en el féretro del cuerpo. A los «despojos», como término que designa la mera afinidad con el difunto, se añade todavía algo peculiar, a saber, la idea de que esa envoltura atrae fuerzas extrañas como un estuche abandonado. Por eso, el muerto es protegido y velado con un particular celo hasta que se consuma el entierro. En el personal que realiza este servicio se observa un típico semblante profesional.

Por lo demás, el sonido *ei* sirve a menudo para evocar cosas muy inquietantes[36]. He oído este sonido casi puro, si bien con cierta inflexión sajona, en un adjetivo usado para referirse a lugares de mala fama, como, por ejemplo, el monte de la horca, situado más allá del Mulde; se dice que allí hay algo de *eiersch*.

En relación con la imagen del espejo me gustaría aludir todavía a un fenómeno raro, cuya mención no puede dejar indiferente a quien lo haya experimentado. Si observamos un accidente, por ejemplo, en la calle o desde la ventana, nos embargará un estado de estupor. Si en ese instante de pasmo estamos casualmente ante un espejo, nos percataremos de haber perdido toda conciencia de identidad entre nosotros y nuestra imagen. Un extraño nos mira desde el cristal. Esto es un indicio de que nos hemos sumergido profundamente en el oleaje del destino. Sin duda, esto explica, en parte, la costumbre de cubrir los espejos mientras se vela a un difunto.

Paseos baleáricos

Puerto de Pollensa. Illa d’Or

Tras el baño descansé en un bosquecillo de alcornoques, donde habían pacido ovejas junto a mirtos en flor. El olor flotaba todavía en el aire soleado, entre maleza espinosa, y fue entonces cuando vi, por lo menos, treinta pares de escarabajos peloteros afanados en despejar el rastro del rebaño. No pertenecían a ninguna de las especies que había conocido en Sicilia, sino a la variante típica del Mediterráneo occidental, de cuello ancho, discernible por sus élitros de negro laqueado y estrías profundas. Su labor parecía sobremanera inteligente, casi humana, sobre todo cuando para empujar la enorme bola se apoyaban en ella como diminutos operarios. Me incliné ensimismándome en su faena, como Gulliver, pues su actividad social suscitaba la ilusión de que en todo ese ajetreo ya colaboraba el lenguaje. Sin embargo, en la cálida quietud matinal sólo oía el leve raspado de los miembros acorazados y el seco zumbido de quienes alzaban el vuelo o se posaban, que evocaron en mí el ruido de un minúsculo aeropuerto. Por primera vez, comprendí también la forma majestuosa del animal en vuelo, como se representaba en los relieves egipcios.

Hacia el atardecer visité un islote rocoso solitario cuya escarpada loma, cubierta por una lechetrezna de color miel, se elevaba desde los campos. Por doquier, en los arbustos resecos, oía un ruido, pero no era el serpenteo regular de las culebras que se arrastran, sino el corto deslizamiento de los lagartos que remueven la tierra. Las islas Baleares albergan preciosas variedades de este género. Tras aguardar un poco sobre una piedra surgieron varios lagartos, a menudo tan cerca que casi se montaron sobre mi pie. En particular me regocijó un ejemplar que apareció de repente sobre la raíz de un árbol, desde la cual dejó caer la cola como si fuera un vestido. Cuando irguió un poco su cabeza hacia el sol, su garganta resplandeció a la luz como un lapislázuli.

Tales encuentros nos sobresaltan, nos producen una suerte de vértigo, como el que nos invade al pie del abismo de la vida. Los

animales se adentran en nuestra percepción por lo común tan queda e inadvertidamente como imágenes mágicas. Después, en sus figuras, danzas y juegos nos ofrecen representaciones de una índole sumamente enigmática y poderosa. Parece que a cada imagen animal le corresponde una señal en nuestro interior. Y esto lo siento con más vehemencia desde que la caza no me depara ningún placer. Sin embargo, los lazos tendidos aquí son de naturaleza oculta; los presentimos como adivinamos el mensaje importante contenido en una carta lacrada.

En el camino de vuelta me sorprendió una espléndida armonía de cuatro colores: una mata de geranios de color rojo ardiente que crecía enfrente de un muro azul y blanco, de tal modo que el follaje verde destacaba sobre la mitad inferior del muro, de tonalidad azul, mientras que la roja corona de flores se alzaba sobre la parte superior, de tonalidad blanca. Los caserones dormitaban con mansedumbre en el aire sereno; cada uno envuelto en un delicado velo de humo. El caminante se sumerge en su esfera como en anillos de incienso, puesto que la aromática madera de pino de montaña alimenta el hogar.

El goce que procuraban estos paseos solitarios se debe ciertamente a que como Bías el caminante «lleva lo suyo consigo mismo»[37]. Nuestra conciencia nos acompaña como un espejo esférico o mejor como un aura cuyo centro somos nosotros. Las imágenes bellas penetran en esta aura y experimentan en ella una alteración atmosférica. Andamos bajo constelaciones de signos como bajo auroras boreales, anillos solares y arco iris.

Este selecto desposorio con el mundo y el acto de procreación subsiguiente pertenecen a los placeres más excelsos que nos han sido concedidos. La tierra es nuestra madre y esposa eterna; y como toda mujer, nos ofrece sus dones según nuestra riqueza.

El hipopótamo

Überlingen

Me habían mandado a Preston como experto médico en un procedimiento de incapacitación.

Reconocí enseguida que me enfrentaba a uno de aquellos casos donde el arte fracasa y el diagnóstico implica el pronóstico como una sentencia irrevocable. Es decir, se trataba de una perturbación mental, que suele observarse en pacientes de mediana edad y se anuncia como un específico trastorno del lenguaje denominado disfasia. Es un síntoma mortal.

En tales circunstancias, no necesité mucho tiempo para atender a mis obligaciones, y puesto que el buque correo no podía partir hasta el siguiente mediodía, me vi retenido por un día entero en esa ciudad desconocida. Tales cosas siempre me vienen a pedir de boca, pues nunca se siente mi espíritu tan libre y emocionado como en el ajetreo portuario, donde muchedumbres de extranjeros me rodean como un hormiguero laborioso. Ese estado de iluminación anímica se me presenta con una fuerza especial donde el idioma de los habitantes me resulta ininteligible; así, cuando estaba con Wesleley, en la India, pasé a menudo semanas en un estado de gracia contemplativa. Esa especie de embrujo puede deberse a que en esa situación dependemos en gran medida de nuestros ojos, y de ese modo la vida se nos revela con mayor nitidez en su condición de espectáculo. Entonces la actividad gregaria de la gente se nos aparece a la vez simplificada y profundizada como en un escenario. Sus imágenes son de una transparencia ardiente y sus episodios cotidianos adquieren fuerza espiritual, como si no tuvieran que ver con el lucro y el comercio, sino con artes mágicas. El mundo se vuelve más ligero y límpido, y al mismo tiempo, nos movemos, como transformados en seres invisibles, con más audacia y libertad. Así, en el trajín de los bazares orientales las personas y las cosas se me aparecían, con frecuencia, iluminadas por antorchas centelleantes y encendidas al rojo vivo.

Ensimismado en tales visiones retrospectivas, anduve vagando sin meta por calles y plazas hasta que la niebla se elevó del mar. Si alguna vez hemos vivido la plenitud, nos hemos vuelto invulnerables para siempre contra la melancolía y el tedio; como un talismán, la memoria nos protege de los asaltos del tiempo. Así pues, las horas pasaban como en un sueño, hasta que comenzaron a encenderse las farolas, y puesto que me gusta cerciorarme de la realidad de tales días mediante un recuerdo, doblé la calle de los anticuarios. Allí podemos encontrar muebles, obras de arte y porcelanas selectas, pero también módicas tiendas de curiosidades donde crían polvo esos objetos raros que la gente de mar suele traer de sus viajes: caballitos resecados, extrañas armas y la botella con un barquito que no falta en ninguno de esos negocios.

Y mi sorpresa fue grande cuando en uno de esos pequeños escaparates, en vez de tales cachivaches, descubrí una bella acuarela colgada en un marco de caoba parda, cuyo borde ancho, algo amarillento, llevaba una firma. Suspendida sobre unas nubes grabadas, descifré una dedicatoria del artista a Lord Barrymore; como sugería la fecha, se trataba de aquel Barrymore arruinado a edad temprana como compañero de orgías del príncipe regente. El cuadro representaba una heredad de la Pomerania, una pequeña granja situada en medio de vastos prados de césped. La casa estaba pintada de perfil; su techo plano de cañas se inclinaba por el lado habitable casi hasta el suelo, mientras por el otro estaba abierto como la raída lona de entrada de una tienda. Por ese lado se apoyaba apenas sobre un granero repleto de heno, del cual comía un hipopótamo como de un pesebre abierto. La composición formada por la pequeña granja con la enorme bestia habría desconcertado a la vista si el terreno del prado no fuera tan extenso que hacía ver una fila de encinas viejísimas en pequeñísimo escorzo. Desde un punto de vista pictórico esa superficie verde daba a la masa gris apizarrada de la bestia su contrapeso, y también desde un punto de vista lógico parecía coheren-

te ver un glotón tan poderoso en medio de unos pastos tan exuberantes.

Puesto que desde siempre esos caprichos me han gustado mucho más que las tradicionales carreras de caballos o cazas del zorro, me decidí a entrar en la tienda. El comercio parecía haberse inaugurado recientemente, pues el local estaba casi repleto de numerosos baúles aún por abrir. Sobre uno de ellos, labrado en forma de figura humana, estaba sentado el anticuario, un joven vestido de un modo extrañamente amanerado para la profesión que desempeñaba. Mi entrada le interrumpió en el estudio de un grabado, pues estaba contemplando su rúbrica a través de una lente redonda con una empuñadura de plata. Realmente no me dejó muy asombrado cuando tras mencionarle la acuarela me saludó con mi nombre, que, sin duda, goza de cierta fama en los dominios de la Corona. Asimismo, el hecho de que me invitara enseguida a su despacho privado no lo interpreté más que como un gesto de cortesía habitual.

Por el contrario, tras pasar por una cortina roja, me pareció insólito ver a dos cazadores con librea a la lumbre de un fuego de chimenea y en actitud de espera. Habíamos entrado en una especie de antecámara, donde junto a una escalera de mano todavía yacían por el suelo otros utensilios, como los que emplea el tapicero para decorar una vivienda. Del techo colgaba un cordel rojo, seguramente para instalar la araña. Los trabajos de albañilería no estaban terminados, pues a través de la puerta entreabierta del sótano vi un mortero y una paleta en una artesa de madera.

Sin embargo, el hecho de que la aventura se me antojara sospechosa se debía menos a las extrañas circunstancias que a cierto olfato infalible en tales asuntos. Cuando se prepara un ataque a una persona flota entre los participantes un fluido familiar a cualquiera que como yo ha frecuentado palacios de príncipes asiáticos o ha mediado en suntuosas tiendas montadas entre

huestes en formación de combate. Más tarde, en la etapa de complemento a mis estudios y en el trato con los enajenados tuve más de una ocasión para perfeccionar ese don, pues en este ámbito fracasa a menudo incluso el observador más atento, si no le socorre una especie de don adivinatorio.

En tales situaciones juzgué siempre prudente dejar que las acciones se acoplaran fácilmente entre sí, para evitar toda vacilación y toda laguna que pudiera dar lugar a un contratiempo, pues más de una vez he podido observar que cierto estado de serenidad y despreocupación nos protege como un amuleto contra las potencias inferiores. Por ello no dudé en seguir al anticuario, que corrió una segunda cortina y luego abrió una puerta de dos batientes; a continuación se retiró haciendo una reverencia.

La estancia a la que me había conducido resultó ser un salón iluminado por muchas velas y espejos y amueblado según el gusto del siglo XIX, con un Watteau bellísimo en lo alto de la chimenea. En el centro vi a una dama que, como si fuera una marioneta, hizo un gesto para invitarme a que me acercara. Puesto que los inmóviles pabilos inundaban la estancia de una luz sin apenas sombras, reconocí de inmediato en ella a la mujer de elevada alcurnia que, a la sazón, ya estaba envuelta en rumores y cuyo destino ocupaba al mundo. Puesto que también había visto la librea, estimé conveniente hacer una reverencia, como es debido en los palacios reales. La princesa me dio las gracias y me invitó a sentarme frente a ella en una mesa cuyo tablero formaba un espejo oval orlado con flores pintadas de toda clase.

A pesar de las circunstancias sospechosas que rodearon mi entrada en el salón no pude, mientras nos contemplábamos un buen rato en silencio, resistirme a la afición fisiognómica desarrollada desde que trabajo en mi obra sobre la mímica de la enfermedad mental y que me resulta a mí mismo frecuentemente molesta y también un poco ridícula. Esa afición, a la que a menudo me entrego durante mis paseos en el puerto de Ostende

durante noches enteras, mientras dejo pasar ante mis ojos miles de rostros como en un caleidoscopio, me ha dotado de una fatal clarividencia que ya me permite en cierto modo adivinar las semillas de ciertos hechos notables. Ese don me resulta tanto más penoso cuanto que de modo completamente intempestivo veo en la conformidad a la regla aquel género de grandeza mediante la cual el ser humano permanece unido a lo divino. Desgraciadamente, en cuanto médico me pasa a menudo como en las selvas de Bengala, donde vi con temor cómo las formas vivas se sofocaban en su propia exuberancia. Se me antoja que la abundancia de síntomas nos separa de los pacientes como si fuera una espesura inextricable: sabemos muy poco de la salud y demasiado de las enfermedades.

Ciertamente, en ese caso una mirada menos aguda también habría captado el desorden incipiente. Sin embargo, como confirma la experiencia, muchas veces transcurre bastante tiempo hasta que se percibe en toda su envergadura. Esto es así, en particular, cuando las ideas en su conjunto se muestran coherentes, con frecuencia incluso perspicaces, aunque la locura ya las domina; como una nave cuyo rumbo se dirige contra los escollos conforme a las leyes del arte de navegación. Cuando el paciente goza además de una elevada posición social, la crítica procede en general con mayor vacilación, y así el poderoso aventaja a la gente común puesto que se le permite llevar más lejos sus extravagancias.

La costumbre de muchos astrólogos de investigar las semejanzas con determinados animales me parece un buen medio para la comprensión fisiognómica. Bajo este aspecto encontré obvia la semejanza con la serpiente, tan nítida que al verla experimenté el mismo tipo de curiosidad que sentí cuando me topé en el vergel de mi jardín con la gran naja, considerada la reina de las serpientes. Ese aspecto ofídico suele desarrollarse en personas en las que se une cierta debilidad de la parte maxilar con un arco

cigomático pronunciado, como no es raro observar precisamente en las viejas familias. En este caso se añadía, de un modo casi inquietante, un movimiento sinuoso del cuello y la mirada fija, pero escrutadora, de los grandes ojos.

En el rostro de la dama me llamó no menos la atención un segundo rasgo que en mi *Fisiognómica* denomino «quemadura». Encontramos esas facciones allí donde la luz de la vida se inflama, como se experimenta en el vicio o también en la desgracia, pero aún más profundamente en los casos donde se reúnen ambos estados. A partir de ese rostro cabe inferir determinados antecedentes, en particular un periodo de la vida agitado por celos salvajes o por amores no correspondidos. Sobre todo, se encuentra en mujeres, en las que la vejez ya cercana proyecta sus sombras.

Si describo esto con cierta prolijidad, quiero alegar en mi disculpa que nuestro silencio duró un buen rato. Por lo demás, estas anotaciones reproducen muy bien el estado de ánimo que me inspiran tales circunstancias. Mis pensamientos se enhebran como los toques de campana en un solo carillón y, sin embargo, cada uno de ellos está envuelto por un aura vibratoria. Además debo confesar que mientras interpretaba ese rostro casi se me escapó lo sorprendente de la situación. Siempre me pareció que la caza mayor debía hacer frente al ser humano y descender con la mirada hasta aquella naturaleza problemática e informe que bulle en el fondo del cráter. Pero puesto que era capaz de ello, había resuelto el enigma antes de que mediara una palabra.

Finalmente mi oponente prorrumpió en una carcajada sonora y estudiada:

—Doctor, debe usted admitir que conozco los cebos con que se pesca a peces tan raros.

—Y es un placer para mí, alteza; sin ninguna duda, no se podría haber elegido mejor reclamo que esa acuarela. Y puesto que

es así, ¿debo suponer que también mi misión como experto médico aquí en Preston posee su prehistoria secreta?

—Como veo, su perspicacia merece los elogios; también se le reconocen maestros extraordinarios. Precisamente por ello he arreglado este encuentro; necesito su ayuda médica en un caso de extrema dificultad.

—Mi arte está a su disposición. Pero ¿no habría sido más simple recurrir a mis servicios en mi casa de Russel Square que por este modo casi mágico?

—De ninguna manera, pues si nos hubiesen visto juntos habría despertado sospechas, por más de un motivo. Y además están en juego cosas de tal gravedad que apenas podemos fiarnos del aire que nos rodea. Escuche.

En el instante en que se inclinaba a mi oreja, sentí que había llegado la hora de imprimir al asunto el giro que me había propuesto y que mi seguridad exigía. Por ello me permití colocar la mano sobre el brazo de la todavía bella dama, un brazo apenas cubierto por la manga de una gasa de seda roja pálida que armonizaba muy bien con un elegante vestido de terciopelo de Utrecht color gris perla.

—Vuestra alteza disculpará la interrupción, pero la consulta ya comenzó cuando entré en el cuarto. Supongo que ahora piensa revelarme uno de esos secretos reservados a los grandes de esta tierra y cuyo conocimiento no puede restringirse bastante. Por suerte, para la curación no hacen falta revelaciones de este tipo. Además los métodos disponibles son de tal índole que los informes orales de los enfermos sólo tienen un valor terapéutico como fuente secundaria; y hay pacientes a los que absolvemos sin que haya precedido la confesión. Por ello, rogaría a vuestra alteza que se limitase a aquel aspecto de las cosas que incumbe a los médicos; esto también podría ser más ventajoso para las medidas que adoptemos.

Mientras pronunciaba estas palabras observé cómo el rostro de la princesa se serenaba lentamente. Por lo demás, éste es el efecto inicial y principal que el médico ha de provocar, si quiere merecer su nombre; la primera virtud curativa que dispensa debe ocultarse en su voz.

Hoy día, cuando, ya sea en el arte mecánico como en el arte médico, se comienza tratando a las partes antes que al todo, los elementos naturales caen en el olvido y no debe censurarse al pueblo porque deposite su confianza en barberos y curanderas[38].

En lo que respecta al caso que estoy contando, no podía creer que hoy las cosas ocurriesen todavía como en los castillos daneses, pues incluso la época de la Máscara de Hierro hace tiempo que ha pasado. No obstante, vivimos en un periodo en que se devoran las novelas de Walter Scott y que posee un extraño sentido para las reposiciones dramáticas. También en este nuevo escenario hay infortunios: quien hoy día cae en un duelo, está tan muerto como antaño, si bien el modo de vida caballeresco ha desaparecido hace lustros. Pero aquello que en este caso me resistía a conocer u oír, estaba particularmente bañado por las luces intensas y apremiantes de la locura, y bajo tales circunstancias siempre se corre peligro, sobre todo si el enfermo dispone de poder. Ya me pareció inquietante la manera casi sobrenatural en que había sido citado, y, por tanto, mi rechazo estaba más que justificado. En países donde tanto los edificios públicos como los privados contienen innumerables salas que sólo se franquean bajo pena de muerte, se gana una buena experiencia en la discreción.

Después de que mi paciente me hubiera escuchado muy atentamente y, como ya he dicho, con creciente serenidad, la vi un buen rato recorrer la estancia de arriba abajo, en actitud ensimismada, mientras el movimiento pendular de su cabeza se comunicaba al cuerpo de un modo gracioso. Finalmente tiró del

cordón de seda de la campanilla que colgaba junto a la puerta. Apareció el joven anticuario al que se le impartieron en voz baja algunas órdenes, pero sólo pesqué la palabra italiana «*presto*». Acto seguido oí ruidos en la antecámara. Entonces volvió a la mesa con espejo y aprovechó ahora para apoyar su mano sobre mi brazo.

—En estas circunstancias, señor, el servicio que podría prestarme es más importante de lo que pensaba. Aquello que he de revelarle ahora se dice pronto, aunque incluso ese poco que deseo comunicarle me resulta muy penoso. Pero puesto que al médico se le muestra incluso el cuerpo desnudo…

—Hable, sin reparos, Madame.

—Pues bien. Después… después de aquel suceso que ya he mencionado se desarrollaron perturbaciones no previstas que al principio sólo me inquietaron un poco y luego fueron aumentando en intensidad. No hace mucho he comenzado a sentirme como si zozobrase en un barco que naufraga velozmente… Doctor, hay momentos en que todo empieza a vacilar y si alguien puede ayudarme, es usted.

—Supongo que tampoco el sueño nocturno la apacigua.

—No, incluso es un tormento añadido, pero no me tome por una aprensiva. Ya a los catorce años disfrutaba de la libertad de exquisitas horas nocturnas consumidas en lecturas clandestinas de índole lucianesca y ni siquiera el espíritu de Duncan me provocaba inquietud. Sin embargo, hay cosas de cariz más maligno, fenómenos, por así decirlo, de naturaleza mecánica, como el modo en que un autómata comienza a vibrar.

—¿Tiene usted la sensación de que esas crisis han despertado ya sospechas en su entorno?

—Creo que apenas; en cualquier caso podría fingir migrañas. Sin embargo, en cada conversación, en cada audiencia tengo la impresión de moverme en espacios llenos de pólvora, donde saltan chispas, y con tanta más violencia cuanto más selectos son

los círculos que frecuento. El conjunto tiene además el ridículo resabio que impregna nuestra vida como un mal condimento, y esto me llena a menudo de una furia ciega. Cuando al principio pensaba en… el suceso, no era sino un recuerdo entre otros recuerdos variopintos, como un género particular de pez que asoma, de vez en cuando, en distintos puntos de la superficie. Tal vez se deba a esto mi intento de reprimir precisamente *ese* recuerdo y que su retorno comenzara a extrañarme. Reparé en que esos esfuerzos se unían a una suerte de monólogos, primero palabras aisladas, después frases y finalmente estallidos de ira encendida y estridente. Con ello me vino la manía de emplear expresiones soeces y obscenas; más soeces y obscenas que las que jamás se hayan oído en las lonjas del pescado o en Newgate antes de las ejecuciones. Sí, he descubierto en mí el talento para componer blasfemias que ni siquiera se conocen en las cloacas, como si desembocaran en mi interior fuentes de inmundicia, todavía desconocidas…

—Siga hablando, Madame.

—Tengo también la sensación de que esas masas se estancan en mi interior, como se observa ante las presas de los molinos. Por ello, aprovecho cualquier ocasión para liberarme de ese peso profiriendo blasfemias a escondidas, también escribo cosas por el estilo en cartas que luego quemo. Sin embargo, tras días enteros en que el ceremonial me expone a la vista de todos desde la mañana a la tarde, siento crecer en mis adentros una especie de lava. Así, recientemente, en la noche del primero de mayo, el mal irrumpió de un modo tan espantoso que me hizo sentir como una gran extraña respecto a mí misma. A medianoche me vi reflejada en levitación en el gran espejo de mi tocador, una vela en la mano, con espuma en la boca y los cabellos erizados de miedo. Desde entonces, tengo la sensación de haber adquirido una mirada particularmente penetrante. Y en los rostros, en las voces presiento lo abyecto, y toda palabra obsequiosa, todo gesto

cortés se me desvela como una mentira demasiado diáfana, demasiado negligente que oculta una connivencia secreta. Esa oposición se hace tanto más evidente cuanto más brillo irradia el lujo de los vestidos y los uniformes. Cuando los embajadores presentan en la Corte a sus compatriotas eminentes o mientras celebramos los banquetes de lujo, me entran ganas de desgarrar los trajes y ofrecer un brindis que desnude las entrañas de la tierra. Pero no es eso, doctor, lo que me desasosegaba, pues ya de niña, cuando sostenía en las manos una copa valiosa, sentía el placer de lanzarla contra el pavimento, y jamás subí unos acantilados o una torre sin que una voz secreta me tentase a saltar al vacío. Pero más allá de todo esto hay otra cosa extraña que juega con todo lo anterior como el gato con el ratón. No son mis pensamientos los que me causan horror, sino más bien la siguiente pregunta: ¿qué debo hacer, si vuelvo a sufrir la crisis de aquella noche?

Después de oír el relato, que resultó ser todavía un poco más prolijo, nos sumimos en nuestro silencio. Contemplé morosamente las perlas preciosas que yacían dispersas sobre la alfombra, pues cuando mencionó el ataque de furia, la princesa se aferró al hilo de su collar, y lo desgarró bajo su mano. Antes de que en las Maldivas o en Bahrein se obtenga un botín con una sola pieza de semejante tamaño, dos esclavos buceadores languidecen de tisis y el tercero es atravesado por el pez espada.

Ciertamente no era la pregunta planteada la que ocupaba mis pensamientos. Las cosas que inquietan al paciente y al médico son la mayoría de las veces muy diversas; así, cuando le curé el absceso, mi amigo Wallmoden estaba preocupado, sobre todo, por su tez, que él encontraba un poco azafranada. Me parece típico del ser humano algo que he observado con frecuencia: que, por regla general, sólo se siente amenazado en su equilibrio mental cuando al mismo tiempo se siente afectado en la voluntad. Por el contrario, para el médico no supone ninguna diferen-

cia que el enfermo oculte en sí una demencia o se crea perturbado por el exterior. Tanto una como la otra se curan desde la raíz. Desde un punto de vista teórico, claro está, el extraño momento en que la voluntad nos deja en la estacada sigue siendo de gran importancia, pues al igual que la fuerza muscular, también nuestra fuerza mental posee su vertiente voluntaria e involuntaria, y quien conoce las reglas conforme a las cuales interactúan como el flujo lunar y el solar, ha alcanzado un grado en el arte médico que nadie entre nosotros puede siquiera soñar. En mi trato familiar con hombres capaces de controlar la respiración y los latidos del corazón y con una piel insensible a cualquier fuego, aprendí muchas más cosas que en el teatro anatómico de Hunter, y eso que no pretendo despreciar las enseñanzas que éste me ha ofrecido. En esto se fundan las curaciones espontáneas de la epilepsia y otras enfermedades que justificaron mi fama, y el único secreto de estas terapias consiste en devolver al enfermo el dominio sobre ciertas partes de su sistema vegetativo.

Por eso no pueden extrañarme fenómenos que muchas veces he visto desvanecerse como humo bajo las ilusiones de los derviches, de los faquires amarillentos o de los capuchinos de olor acre. Tales curas encuentran favor en la práctica de las órdenes sacerdotales con barba de chivo, cuyos misterios siempre han confortado el ánimo del pueblo humilde y de sus mujeres. Pero incluso al margen de que la variedad y origen de esos trastornos me resulten claros, no me faltan experiencias respecto a su tratamiento; tales trastornos pertenecen, en cierto modo, a la reserva de nuestros males nacionales. Así pues, el motivo de estos males asoma en mí en cada uno de mis paseos nocturnos, cuando abandono los palacios del oeste y me adentro en esos barrios donde la miseria gira con avidez alrededor de los sombríos antípodas del poder. Ése es el doble juego que también retorna en nuestra poesía, donde el espíritu se refleja en un espejo de plata y en otro de azabache. No sorprende que en las enfermedades mentales padecidas por la gente resuenen ecos de épocas pasa-

das; y el iniciado conoce fiestas secretas que recuerdan a las lupercales del dios romano Fauno, fiestas en las que círculos selectos de nuestra sociedad se entregan a todo tipo de excesos y desórdenes. Aunque esté lejos de aprobar tales espectáculos, como los que encuentran su triste modelo en la Carlton-House, sin embargo, les debo más de una revelación, puesto que también en este ámbito lo sublime y lo abyecto se entreveran de modo singular. A menudo se diría que en el exceso se refleja el negativo de una virtud; me refiero a esa distancia interior que nos legitima a imponer nuestro dominio sobre otros pueblos. Entrada la noche, cuando contemplo la sombría corriente del río desde el viejo puente de Londres, allí donde los grandes arcos de piedra gris sumergen sus cimientos, un hálito de orgullo y grandeza me acaricia las sienes. Después siento un escalofrío, y arrojo con gusto una moneda de cobre al fondo nocturno y reluciente.

Sin embargo, no quiero divagar. A menudo el sufrimiento penetra en el mundo corporal como un estigma, y entonces no es el médico el competente. No obstante, conocía la situación en que me encontraba y me sentía capaz de cuanto se esperaba de mí. He aquí, pues, cuáles fueron mis indicaciones.

—Es para mí un honor, alteza, poder servirla. Sobre todo le aconsejo un rápido traslado a Cheltenham; tiene suerte de que la temporada de los baños no haya comenzado todavía. Allí pasará un tiempo mientras observa dieta a solas y en compañía. Opóngase al impulso al monólogo, mas sin esfuerzo. Si la compulsión se impone con demasiada fuerza, entonces pronuncie en voz moderadamente alta el remedio eufónico que aquí le anoto. Si, por el contrario, estuviera en sociedad, le ruego que lo recite mentalmente, al mismo tiempo que acaricia su collar con la mano. Sustituya durante ese periodo las perlas por el fruto de la nuez de agua. Sin embargo, me parece improbable que sobrevengan tales estados, si vuestra alteza antes de cada audiencia prueba los dulces que yo le prescribo. Éstos colocan una especie

de freno a la lengua; contienen una droga que restablece el sueño nocturno. En particular, le recomiendo el uso de varillas aromáticas que conviene quemar de noche sobre platos de arcilla y de día echar con profusión al fuego de las chimeneas. Le hago preparar en clave cifrada todo lo necesario en mi pequeño laboratorio, que Mister Morrison mantiene en su botica. Añadiré también un cuaderno, una especie de diario parecido a los que se llevan en las órdenes religiosas para el examen de conciencia. En mi caso lo dispongo como una suerte de espejo espiritual para enfermos que viven lejos de mi consulta. Si sigue esos consejos, puedo asegurarle que su estado de ansiedad cederá dentro de un mes. Por último, juzgaría conveniente que vuestra alteza emplease como secretario a uno de nuestros pequeños párrocos rurales. Allí se encuentran naturalezas excelentes que pueden competir con el mejor de los anticuarios.

Después de haber explicado mis prescripciones hasta el último detalle, la princesa, alzándose, me dio permiso para retirarme. Me pareció casi como si hubiese adivinado algún secreto más allá de mis intenciones, pues me sorprendió que correspondiese a mi saludo con aquella dispensa antigua, propia de la Corte, en la que una rodilla y una mano rozan el suelo. Tal vez no era sino el gesto que exigía su orgullo. Al hacer esa reverencia recogió del suelo la solitaria perla del collar, una esfera pura del tamaño de una cereza de mármol y de una irisación espléndida. De ese modo recibí una pieza ornamental cuya belleza superaba a la de los botines del mismo Lord Clive.

Cuando el anticuario me condujo a la salida, noté que ya se había recogido la antecámara. El fuego estaba apagado, la puerta del sótano cerrada, había desaparecido la escalera de mano y el cordel de la araña, y los cazadores tampoco se apoyaban en la chimenea. La estancia se hallaba vacía como un escenario tras una función anulada. Lo que siempre vuelve a asombrarme en mi trabajo no es el encuentro con lo extraño. Me parece más ra-

ro que toda locura encuentre siempre tanta ayuda como desea. Pues aunque todo nuestro viejo mundo siga su curso impertérrito, no puedo dudar de que esté ordenado según un plan providencial.

No es sólo la perla real la que me recuerda la niebla de Preston cuando de noche la contemplo a la buena luz de una vela. Aproximadamente seis semanas más tarde recibí en mi casa de la ciudad una gran caja plana cuyo interior contenía, bien embalada, la acuarela de la heredad de Pomerania. La colgué de un firme cordel rojo sobre la chimenea, no exactamente sobre mi lugar de trabajo, pero tampoco a demasiada distancia de él. De vez en cuando, puedo observar cómo alguno de mis clientes la estudia con atención y al final aparta su mirada como ante una ilusión óptica. Entre estos pacientes se encuentra también mi amigo Wallmoden que, efectivamente, desde el absceso se ha vuelto un poco aprensivo. Por ello, tampoco suelo contradecirle cuando afirma que el cuadro pertenece al género de obras de arte extravagantes. Así puedo mantener en secreto el hecho de que las disonancias de nuestro bello mundo me sedujeran, más de una vez, como puertas enrejadas que dan acceso a las esferas más sublimes de su armonía; y también puedo ocultar el hecho de que el peligro me pareciera un peaje barato.

Los albaricoques

Ginebra

Poco después de Lausana, con el movimiento hipnótico del tren, se me cerraron los ojos. Tuve un sueño sobre la historia de un matrimonio que, al principio, se me reveló con palabras audibles. Pero después —se trataba del comienzo de una desavenencia— las relaciones se manifestaron de forma visible, y de tal modo que apareció ante los ojos un fruto de colores llamativos que empezaba a girar lentamente sobre su tallo. Su color tiraba de amarillo oro viejo a violeta salpicado por puntos más oscu-

ros. A partir del grado de coloración así como de la cantidad y posición respectiva de los puntos entre sí se reveló a los ojos el ulterior curso de las cosas sin que mediara una palabra. Era posible contemplar con la máxima claridad no sólo el proceso mismo en todos sus pormenores, sino también su sentido secreto, igual que las notas de una partitura hacen legible la melodía.

Era notable que el cuadro me alegrara, aunque en realidad fuese triste, lo que seguramente se debía al hecho de que se representaba una relación humana desde su aspecto necesario o —como lo entendería un pintor— desde su aspecto pictórico. De ahí que, a mi parecer, la escena requería para desarrollarse apenas un poco más de tiempo que el exigido para subir y bajar los párpados.

Primer suplemento

Casablanca

En líneas generales cabe añadir aquí cómo el súbito despertar favorece el recuerdo de las imágenes oníricas. Una bella analogía respecto a esto se me ha presentado hoy en Aïn Diab, cuyos campos desiertos atravesé en torno al mediodía mientras iba a la caza de los animales que viven en las cavernas. El terreno rojizo, agrietado, sobre el que ahora, a finales de diciembre, florecen los ramos luminosos de narcisos blancos, está sembrado con grandes piedras. Puesto que esos bloques están formados de calizas tobáceas, no pueden moverse del sitio sin esfuerzo. Con un poco de suerte, puede descubrirse debajo de ellas un poderoso cárabo azul que sólo se encuentra en los alrededores de Casablanca; pero también una diversidad de animales que se retiran allí para escapar a los abrasadores rayos del sol. Así, entre muchos otros se me mostró también allí un chacón del color de la arena, una serpiente muy delgada, colorida y entrelazada como una trencilla y el gran escorpión mauritano.

Es muy importante dar la vuelta a la piedra con una maniobra ágil. La sociedad reunida debajo de ella permanece inmóvil por un breve instante, como petrificada por la repentina penetración de luz y de ese modo podemos echarle una ojeada. Por el contrario, si se vuelve el bloque lentamente, los animales encuentran tiempo para escurrirse a través de cientos de rendijas y escondrijos, y un último deslizamiento borroso es tal vez lo único que atrapa la vista.

De manera análoga, el despertar súbito se parece a una cortina que abrimos velozmente. Sólo entonces nos damos cuenta de qué extraña sociedad nos visita por la noche. Se trata aquí de un modo particular de ver del que no somos capaces más que por un breve instante; tal vez no más largo que el tiempo en que nos mantenemos medio incorporados en la oscuridad cuando nos despertamos sobresaltados por una pesadilla. Entonces las figuras se desvanecen, y todos conocemos el penoso esfuerzo con el que intentamos evocar este o aquel detalle.

En ciertos casos es también posible que uno disponga a voluntad de esa clase de visión durante un lapso de tiempo más largo. Los lienzos de El Bosco delatan la posesión de un don semejante. Tenemos la sensación de que la ralea dedicada a sus maquinaciones, que espiamos en el cuadro, desaparecería igualmente si advirtiera que un ojo humano se fija en ellas. La mirada acecha como a través del techo de una bóveda.

También hay situaciones extraordinarias en las que a pesar de estar ya despiertos permanecemos inmóviles en el interior de esa bóveda. Eso puede suceder, sobre todo, cuando el despertar es al mismo tiempo repentino y terrible. Abrimos los ojos de golpe y vemos que nuestra casa está en llamas. Nos levantamos de la cama y nos precipitamos hacia la puerta soñando despiertos a través de pasillos y escaleras incendiadas. Mientras nos movemos casi en estado de levitación, sin sensación de gravedad, experimentamos horror y una especie de placer.

Éste es uno de los estados más raros en los que el ser humano actúa como un fantasma. Me gusta imaginarme a Medea en ese estado de exaltación terrible. Aquí no sólo se confunden vigilia y sueño, sino también las fuerzas internas y las manifestaciones externas del sentimiento, como los símbolos de una matemática superior; y de un modo espantoso risa y llanto.

Algunos autores siguen escribiendo tragedias sin haber padecido en toda su vida un conflicto trágico. Entonces los personajes se parecen al cuadro pintado por la mano de un ciego que sigue una plantilla.

Segundo suplemento

Überlingen

A lo largo del tiempo la sabiduría de los sueños se ha sometido a las más diversas disciplinas: la mántica, la simbólica, la medicina y finalmente la psicología. El intento de relacionar el mundo onírico con la física tal vez se le antoja al espíritu todavía peregrino y remoto. Y sin embargo encontrará aquí una cosecha sorprendente y al mismo tiempo horrorosa.

Parece que el mundo de los sueños está encerrado en una cápsula impenetrable o en una *camera obscura*, en cuyo interior las imágenes se rigen por ciertas reglas. La irrupción de la luz diurna o de la conciencia primero congela las imágenes y después las destruye. Entre el reino de la claridad y el de la oscuridad dominan relaciones semejantes a las fotográficas. De este modo, se revelará que el retorno instantáneo a la conciencia es más propicio al recuerdo de las imágenes oníricas que el despertar paulatino. Si nos hemos despertado por la noche de un sueño y hemos pensado en él, lo recordaremos también más fácilmente por la mañana.

Tales recuerdos, claro está, nunca se asemejan a los que tienen que ver con la vigilia. Adolecen de una singular fragilidad. La luz del día puede robarles los colores, así que, a menudo, tras

una hora ya se han vuelto pálidos como hojas sin escribir o como películas fotográficas mal fijadas. Entonces un sueño que por la mañana creíamos haber incorporado al depósito de la conciencia de un modo tan seguro como cualquier otra cosa puede haberse ya olvidado al mediodía. En el mundo onírico hay colores de una naturaleza singular y efímera, caracteres de tinta simpática que desaparecen o se hacen visibles de una forma casi mágica.

También es revelador lo siguiente. Durante el día ocurre algunas veces que un fragmento onírico aislado pasa flotando por nuestra conciencia, como la punta de un velo que nuestra mente intenta enseguida agarrar. Sin embargo, en cuanto pensamos en ese fragmento, tales imágenes se desvanecen como humo, y tanto más rápidamente cuanto más nos esforzamos. Durante una época en que solía, de vez en cuando, en medio de la noche, tomar apuntes sobre lo que acababa de soñar, prefería ir con los ojos cerrados desde el cuarto de dormir hasta la biblioteca.

Ciertos fragmentos de sueños se conservan en nuestra memoria como meteoritos de planetas remotos incrustados en la corteza terrestre. Aquí se obtienen extraños hallazgos. Merece la pena destacar, por ejemplo, la luz que ilumina el mundo onírico. Tal vez se distingue por una ilimitada difracción, tal vez se deposita sobre la superficie de los objetos como una sustancia fosforescente. Por esta razón, en nuestros sueños no percibimos sombras, sólo una mayor o menor oscuridad. La mayoría de las veces no hay colores o vemos sólo una gama, como en las grutas o en las noches lunares.

En general, la percepción tiene lugar bajo otras condiciones. El espíritu trabaja casi sin conceptos, pero en compensación recurre a medios de una sensibilidad prodigiosa. Se desdibuja la tajante distinción entre sujeto y objeto, pero en compensación el espíritu irrumpe en el mundo con la velocidad del rayo, y sin permanecer encadenado a la superficie de los objetos. El espíritu

no los percibe como el ojo ve las cosas a la luz, sino que los penetra totalmente como un fluido luminoso de un poder prodigioso. Por ello, cuando en un sueño conversamos o discutimos con otra persona, sabemos exactamente qué siente o piensa el otro; nuestra percepción lo atraviesa sin toparse con ninguna resistencia. Del mismo modo, durante los sueños utilizamos raramente la puerta; atravesamos las paredes y los techos. Nos parecemos a la corriente eléctrica, capaz de penetrar los cuerpos humanos, los animales y también las cosas inanimadas, hasta los átomos. Nuestra capacidad visionaria no se limita tampoco a los ojos; el mundo onírico se asemeja a una planta que podemos injertar por medio de nuestra percepción en cada punto de su forma.

En este contexto cabría sugerir, sin duda con cautela, la siguiente perspectiva. El intento de captar los sueños con instrumentos de medición exactos podría compararse, como toda actividad mental, con el modelo de una imagen especular. Esto sería más o menos como si ciertos elementos extraños penetrasen a su vez en el mundo cuantificable. En este sentido los esfuerzos de nuestros físicos exigen un tipo peculiar de atención. En este campo hay espíritus osados, capaces de aventurarse en espacios profundamente ocultos, con más osadía aún que aquellos que por primera vez se atrevieron a salir a alta mar. A ese empeño solitario responde, como al golpe que repercute en el interior de una mina, un eco que resuena desde las entrañas de lo ignoto. Sentimos cómo empieza a crecer la inteligencia que anima los elementos de la naturaleza y barruntamos, como una nueva dimensión, las preciosas profundidades de la materia.

A esto se corresponden ciertos fenómenos visibles. Por ejemplo, parece que hay vastas zonas donde el ser humano se abandona a una suerte de vida vegetativa que la técnica no combate, sino que instrumentaliza. En este punto, convendría mencionar, sobre todo, la amplia penetración de procesos rítmicos, después

las transformaciones provocadas por las altas velocidades. Hay grandes regiones donde se comienza a obrar cada vez más según movimientos oscilatorios y reflejos; esto se verifica particularmente en el tráfico. Tal vez por esta vía se mitigará el dolor que llena nuestro mundo del trabajo y que es esencialmente dolor de conciencia. Tal vez también hay por aquí vías que conducen a la *désinvolture*; expuso Kleist ya semejante posibilidad de modo insuperable en su breve escrito sobre el teatro de marionetas. En él se oculta, como, por lo demás, en los cuentos de Hoffmann y Edgard Allan Poe, una previsión, todavía no superada, que anticipa nuestro mundo mecánico. Finalmente, creo, no tardará en corroborarse la hipótesis de que nuestro cine y nuestra radio son ya mucho más afines al mundo de nuestras imágenes oníricas que nuestro teatro tradicional.

En este estado en que irrumpen nuevas fuerzas bajo ropajes prodigiosos —pues la conciencia misma les teje las capuchas y los mantos que las hacen invisibles—, en este estado, pues, el espíritu, como en toda época crepuscular, debe soportar una mayor responsabilidad. No puede limitarse a los mecanismos de control que su ciencia le brinda. Esta responsabilidad significa para el espíritu una exhortación a despertarse y actuar con osadía.

Tercer suplemento

Überlingen

Tal vez sea éste el momento de volver a referirse a los estratos superiores que ya mencionamos en «La cantera de grava». Desde un punto de vista retrospectivo me parece que coleccionar modelos es el método más apropiado a nuestra empresa. Su carácter estenográfico es el único capaz de abarcar la gran cantidad de datos derivados de nuestras prospecciones.

Al mismo tiempo, por seguir con las metáforas geológicas, esa presentación de modelos exige una clase de prosa que posea una

mayor capacidad de atravesar la materia. El espíritu del lenguaje no reposa en las palabras y en las imágenes; penetra hasta los átomos que una corriente desconocida anima y obliga a formar figuras magnéticas. Sólo así es capaz de abarcar la unidad del mundo, más allá de la oposición entre día y noche, sueño y realidad, grados de latitud y franjas horarias, incluso de la distinción entre amigo y enemigo: en todos los estados del espíritu y la materia.

La abundancia

Überlingen

La máxima de Hesiodo según la cual «los dioses tienen oculto el sustento a los hombres» llegó a mis oídos tan pronto que pasó a formar parte de mí antes de que fuese verificada por la experiencia. Mientras tanto fui encontrando pruebas cada vez más claras de su validez; y a menudo justo allí donde parecía reinar la abundancia.

Esto podría explicar por qué ante una cosecha sobreabundante, los hombres prefieren derrochar una parte de sus frutos antes que rebajar los precios. Los motivos de esta tendencia se sitúan a un nivel más profundo del que hoy suele sondearse; se trata, como es evidente, de una ceguera congénita a toda la especie humana. Esto se observará muy bien allí donde se ha modificado la forma de producción y se pierde, como sucede ahora, la misma cantidad de bienes no por la explotación individual, sino por la mala política de una economía planificada. Ya ante una mejora proporcionalmente tan insignificante, como la que hoy denominamos con el término «coyuntura», predominan los efectos desfavorables. Incluso la herencia inesperada de una gran fortuna, como en la que sueña la mayoría de la gente, raras veces asegura la felicidad. Con frecuencia se ha descrito el vil éxtasis que despierta el espectáculo de un filón de oro, un vértigo al que se asocian inmediatamente el asesinato, el crimen violento e incluso el

absurdo despilfarro del tesoro. El hombre no tiene más remedio que buscar el sustento y excavar con los dedos; pero si alguna vez la fortuna realmente se prodiga, sucumbe a la locura.

También en el campo de la ciencia sorprende la menesterosidad con que nos vemos obligados a cultivar la tierra. En este caso, más que al ciego nos parecemos al sordomudo que un anfitrión desconocido y con ánimo bastante bromista ha invitado al estreno de una gran ópera. Observamos en el escenario una serie de fenómenos curiosos y finalmente descubrimos cierta correspondencia entre esos fenómenos y los movimientos que percibimos en la orquesta. Esto exige una extraordinaria cantidad de esfuerzos perspicaces y también útiles. Pero nos quedará eternamente oculto que todo cuanto parafraseamos y correlacionamos de ese modo, los elementos, los átomos, la vida, la luz, posee su propia voz. Ciertamente, si fuéramos capaces de oír esa voz, entonces podríamos volar sin aviones y atravesar los cuerpos con nuestras miradas sin necesidad de rayos X.

Sin embargo, a veces se apodera de nosotros una imaginación tan exuberante que, por ejemplo, llegamos a creemos capaces de ordeñar el universo con nuestras máquinas. El mismo Schopenhauer abrigó la esperanza de que ese trabajo facilitaría al ser humano el ocio y con ello aumentarían las oportunidades para dedicarse a la contemplación. Por el contrario, es preciso señalar que el incremento repentino de fuerzas y métodos, posibilitado por las ciencias físicas y realizado por la técnica, crea en un primer momento, como un huracán, caos y después se desperdicia infructuosamente. Así, por ejemplo, tenemos la impresión de que aquel gran ejército de hombres cuya tarea consiste en abastecernos de zapatos y botas, no ha disminuido en los últimos cien años, sino que incluso ha aumentado en número. Sin duda, en ese ramo industrial se ha trabajado más que en los gremios artesanales de la época de Jakob Böhme o de Hans Sachs[39], pues la expansión del ocio contradice al sentido de la mecanización.

No sólo explotará la fuerza de trabajo con mayor rudeza, sino que también racionará el sustento al individuo con un espíritu más avaro.

De este modo, sucede que en toda empresa organizada metódicamente, por ejemplo, en un gran hotel, se sufre una clase de hambre que tampoco se mitiga aunque se disponga de existencias abundantes. Cuando el Estado se ve obligado a administrar los alimentos, ese sentimiento de hambre puede propagarse como un ataque de pánico a pesar de contar con almacenes y graneros rebosantes. También forma parte del estado de total saciedad la conciencia de que en la mesa hay mayores provisiones de las que pueden consumirse. En esto consiste el efecto tranquilizador de las naturalezas muertas y de todas las comidas que, como las frutas y el postre, se disponen como platos de muestra. En uno de los almacenes, como los que forman parte de toda granja noruega, me dijo el campesino, cuando me vio contemplar los toneles de harina y pan duro, los jamones, salchichas y pescados ahumados: «*Maat for et aar*», es decir; «comida para un año». Entre las grandes masas que pueblan nuestras ciudades, ni siquiera los más ricos pueden decir esto de sí mismos. Todos ellos, sin excepción, se encuentran separados tan sólo por un palmo de la indigencia, y a veces, cuando se los contempla, nos sobrecoge un sentimiento de angustia universal, como ante el espectáculo de los ríos chinos, cuyos caudales de agua pasan fluyendo entre diques alzados como una elevada torre sobre terrenos cultivados.

Por ello, Hesiodo dice con razón que a los hombres les están destinadas cosechas mezquinas y esto en el seno de las abundantísimas dádivas de un mundo rebosante, donde realmente trabajar un solo día al año basta para todos los restantes. Esto cree también nuestra ciencia, que se propone transformar la madera en pan y los átomos en energía. En esta meta y, sin duda, en otras más osadas no hay nada utópico, pero sí ciertamente en la

fe de que con la técnica es posible conjurar la indigencia. Donde tales artes obtienen éxito, ciertos contrapesos inopinados restablecen de nuevo los males originarios; por ejemplo, con la nutrición aumenta también la cantidad de seres que alimentar o con el incremento de nuevas energías se alimenta la industria militar y se perfecciona la estrategia bélica. Marte es el devorador insaciable de este mundo.

Claro está, la breve sentencia de Hesiodo, como la Luna, sólo nos muestra la cara visible. Pero su presupuesto es que la abundancia existe y que los dioses disponen a su capricho. La vida alberga dos direcciones: una está dirigida a la penuria que causa inquietud, la otra a la abundancia que comprende la llama del sacrificio. Nuestra ciencia, conforme a su naturaleza, se doblega a la inquietud y se aleja del fondo festivo de la existencia; es simple organización de la indigencia, así como el agrimensor depende de la unidad de medida o el contable del número. Por ello sería necesario inventar la ciencia de la abundancia, si no existiera desde siempre; pues no es otra que la teología.

En este punto nos encontramos en una situación extraña, de la que, sin embargo, sólo es lícito hablar con cautela. Percibimos nuestro mundo como los icebergs, de los cuales sólo la punta aflora sobre la superficie. Aquí, por descontado, nuestras fórmulas se tornan siempre más concisas, diáfanas e irrefutables; ya son previsibles los puntos en que la ciencia habrá pronunciado la última palabra. Sin embargo, ella no avanza hasta la máxima capacidad de sus elementos, hasta el potencial de sobreabundancia. Aquí viene al encuentro la teología, una nueva teología que posee carácter descriptivo. Ella ha prestado nombres a las imágenes que nos son familiares desde antaño. Estas denominaciones se ven acompañadas por poderosos actos de conocimiento, reconocimiento y serenidad.

En las tiendas (2)

Goslar

En la vida cotidiana nos acompaña también un sentido muy sutil para las relaciones simbólicas y con frecuencia describimos extraños rodeos por pueblos alejados o épocas desaparecidas, mientras seguimos el rastro de una estructura que nos rodea por doquier. Pues lleva su tiempo comprender que estamos dotados del modo más excelente con nuestros ojos y que la próxima esquina basta para observar todas esas cosas maravillosas.

De esta manera el varón, cuando entra en ciertas tiendas, como, por ejemplo, en las verdulerías, siente un leve asomo de inconveniencia, como en cualquier lugar donde entra en contacto con zonas en que reina la mujer. Semejantes negocios y puestos de reventa abundan en estas viejas callejas y quien atiende en ellos casi siempre es una mujer. Cuando se entra en esas tiendas, se tiene enseguida la sensación de que aparecemos como extranjeros; también solemos interrumpir a un corro de mujeres que están tratando asuntos íntimos. La fama que se origina en tales sitios es el equivalente femenino de la prensa y la política. Se nota, sin más, que aquí los asuntos son tratados de un modo incomparablemente más sutil, certero y reservado que en las conversaciones políticas. Sobre todo, se notará la falta de palabras rimbombantes; las observaciones nunca apuntan al concepto general, sino a la persona y al detalle particular. De vez en cuando, también vemos al marido de la verdulera, que a menudo muestra rasgos de gnomo y se ocupa con labores subalternas. Le vemos arrastrar sacos pesados a la bóveda del sótano, también se le confía aquella parte del negocio que es necesario despachar fuera de la casa; asimismo transporta las mercancías sobre un pequeño carro. El almacén mismo se prefiere instalar en un nivel más profundo, en las cámaras de la bodega, la amplitud de las ventanas es mínima, el escaparate suele ser también pequeño,

y los objetos se exponen de forma poco esmerada, como en un altar de campaña. El olor predominante es el fuerte olor a tierra que nace de los cereales. Asombra el pequeño papel que desempeña la báscula. Antes que a peso, ciertos géneros se venden mucho más a menudo por piezas, manojos, coronas, ramos o medidas de capacidad. También reina una clara antipatía hacia el sistema decimal, se emplean viejas medidas como la docena, la quincena o la sesentena. La capacidad se mide por unidades cuyas designaciones apenas se conocen por el nombre. Los utensilios de madera superan a los de metal; el cuchillo se utiliza raras veces.

Por el contrario, qué diferencia cuando se entra en una carnicería. Aquí penetra la luz a través de ventanales amplios y se refleja en las baldosas recién fregadas y en las herramientas relucientes y metálicas. Todo es claro y brillante y lleno de una alegría jovial, que no despierta dudas sobre su origen masculino. A la mujer le toca el papel subalterno; sirve, cobra el dinero y como máximo utiliza un cuchillo con el que separa las salchichas. Domina la escena la figura del maestro carnicero, que está de pie tras el tajo con el delantal salpicado de sangre y con el hacha hace el despiece de lo que ya al alba ha descuartizado en el matadero con ayuda de sus camaradas y aprendices. Con frecuencia la clientela se enfrenta a un espectáculo de actos casi brutales; sin consultar demasiado al cliente, se redondean los pesos hacia arriba y se arrojan a la compra huesos que desequilibran la balanza. Por lo demás, en tales lugares hay siempre excelentes básculas de precisión. Cuando en un comercio de este tipo fallece el maestro, la mujer se ve obligada a vender, o bien el oficial se asocia al negocio. El soberano de estos locales es un Marte de rango menor, cuyos rasgos son visibles a menudo en el rostro; al varón le corresponde un tipo de Venus con un color encarnado subido. Es sorprendente el modo en que los utensilios se asemejan a las armas de guerra y sin embargo se diferencian de ellas; así, las hachas tienen un filo ancho, los cuchillos una larga empuñadu-

ra, en oposición a las espadas y a las hachas de guerra. Un instrumento que aparece sobre todo en estos y otros contextos semejantes es el garfio, que hallaremos en abundancia.

Tiendas en que es mucho menos frecuente ver a mujeres son aquellas donde se venden artículos de ferretería. Nos encontramos en ellas sobre todo a campesinos y artesanos, que, antes de comprar un objeto, lo someten a exámenes minuciosos. Los numerosos artículos están almacenados en anaqueles y cajones bien clasificados. Llevan nombres extraordinarios, pero el vendedor es capaz de localizarlos rápidamente, como palabras en un diccionario. El lenguaje perceptible aquí es el del herrero; un lenguaje cuyos conceptos bastaban para caracterizar todo el nuevo arsenal de la técnica mecánica. Puede parecernos prodigioso conocer pueblos cuya casta de herreros poseía su propio idioma. Y sin embargo, vemos entrar a menudo en esos comercios a clientes que el vendedor se ve obligado a someter a un interrogatorio formal para adivinar los nombres de los utensilios y herramientas que desea; ciertamente podemos encontrarnos incluso con algunos clientes que planean actividades para las que ni siquiera se conoce el verbo adecuado.

El comprador abandona la ferretería con la sensación de que ha adquirido un objeto idóneo. Por el contrario, si uno viene de la pañería, enseguida cae en la duda de si tal vez no ha sido objeto de engaño. Por su naturaleza, los tejidos favorecen el embaucamiento; no en vano se habla de una sarta de embustes, de una trama de mentiras o de un velo de ilusiones. Por ello, toda urdimbre tiene que venderse con persuasión; en ningún lugar se encuentra tanta cháchara huera como allí donde se regatea la tela. Esa diferencia se da también a gran escala; se nota en el aire de ciudades enteras si en ellas reina el herrero o el tejedor. En las ciudades de herreros prevalece la violencia y, sin embargo, allí se disfruta de un mayor sentido para la libertad. Las ciudades de tejedores dan ya sus nombres a determinadas formas de explota-

ción, porque es posible atar al ser humano de forma más sutil con hilos que con cadenas.

El color azul

Überlingen

Somos los pequeños zorzales que la madre tierra embelesa con el color rojo. El rojo es su materia interna que la naturaleza oculta bajo sus faldas verdes, bajo sus encajes blancos tejidos con la nieve de los glaciares y bajo los volantes grises con que el océano orla sus costas. Nos encanta sobremanera que nuestra madre nos desvele un poco de sus secretos rojos, amamos el resplandor de la caverna del dragón Fafnir[40], amamos la sangre en los días ardientes de la batalla, amamos los labios rebosantes que se nos brindan entreabiertos.

Rojo es el elemento de nuestra vida terrena; hemos revestido todo nuestro cuerpo con él. Por ello, el rojo nos es cercano; tan cercano que entre él y nosotros no hay espacio para la meditación. Es el color del presente puro; bajo su signo nos entendemos sin necesidad de palabras.

Pero al mismo tiempo, para nuestro bien se han echado fuertes sellos sobre ese color. Lo saludamos vehementemente y con la misma vehemencia retrocedemos de espanto ante su visión; el rojo nos hace respirar a un ritmo vital trepidante, pero al mismo tiempo nos sofoca con su ansiedad. De lo contrario, el mundo ofrecería un espectáculo como el de la habitación de Barba Azul o se iluminaría como un teatro donde penetra confusamente el fulgor de incendios incesantes. Contra esta amenaza nos amparan los poderes custodios y rectores, la púrpura de los príncipes y la llama pura en el hogar de las vestales.

Sin embargo, esa parquedad que constituye nuestra gloria presupone el principio del espíritu soberano y legislador al que se asocia el color azul. En este color se insinúan las dos alas del

espíritu; lo prodigioso y la nada. Es el espejo de las profundidades misteriosas y de las distancias infinitas.

El azul nos es familiar, sobre todo, como color del cielo. Más pálido y fresco, rayando a menudo con el gris o también con el verde, provoca en nuestras latitudes la sensación de espacio vacío e ilimitado. Sólo cerca del trópico irradia el azul atlántico eternamente claro, al que cabe comparar verosímilmente con una bóveda celeste. Pero más allá del vapor de la tierra, el firmamento luce en su resplandor profundo, cercano al negro y es posible que allí se revele el majestuoso poder de la nada. Las estrellas se bañan en ella, como el cristal en el agua madre.

Los mares profundos atrapan ese color en su seno y lo reflejan en múltiples tonalidades, desde el cobalto opaco hasta el azul luminoso. Hay extensiones marinas de oscuro resplandor zafíreo o sedoso; luego, otra vez superficies de claridad cristalina sobre el fondo luminoso y en los acantilados vórtices donde el flujo brota de las profundidades con el color de los cálices de las flores y de las pupilas de los ojos, y se extiende maravillosamente. Todo el que ame el mar recuerda momentos de sobresalto y después de clara serenidad espiritual ante tales espectáculos. Ni el agua ni la inmensidad acuática provocan esa serenidad, sino su poder divino, neptuniano, que también mora en las olas más pequeñas.

El azul es la tonalidad de los lugares extremos y de los grados últimos que permanecen inaccesibles a la vida, como el color de la niebla que se volatiliza en la nada, el del hielo de ventisqueros y el del centro de la llama de un soplete. Asimismo este color penetra en las sombras, los crepúsculos y las líneas remotas del horizonte. Se aproxima a lo que reposa y retrocede ante lo que se mueve.

Cuando aparece el color rojo, experimentamos un acercamiento y una aceleración en las relaciones entre las cosas; por el contrario, el azul provoca una sensación de alejamiento y demora. Por ello, un jardín con flores azules sería el más propicio a la

contemplación. Una estancia con paredes azules nos parece más grande, más tranquila, pero también más fría. El color azul posee una virtud curativa para el corazón. En el lenguaje popular sirve para designar estados extraños, irreales y ebrios, en particular para el color del aire; también simboliza el universo mágico y la fidelidad permanente. En efecto, el azul, en contraposición al rojo como elemento polarizador, aparece como el color oportuno para las alianzas, como el color universal por excelencia. Asimismo alude a la vida espiritual, y especialmente en sus matices violeta, a la vida ascética que refuerza la esterilidad de la carne.

El color azul remite a un estado de mayor espiritualidad, pero no a un estado de mayor nobleza, como el que se desarrolla en la gama roja que culmina en el púrpura. No participa en las distinciones jerárquicas; su lugar puede suponerse allí donde la ley tiene su patria, no donde gobierna. La relación entre azul y rojo ofrece materia para una meditación de altura: en la esfera cósmica una meditación sobre el cielo y la tierra; en la esfera humana, sobre el poder sacerdotal y real.

La pescadilla negra

Bergen

El barco arribó en medio de la noche al puerto, y enseguida comenzaron su trabajo las grúas de descarga. Oía entre sueños en mi pequeño camarote cómo izaban el cargamento desde la bodega y luego lo depositaban en el muelle. Ese doble chirrido que interrumpía por un instante el silencio me enredó en una pesadilla. Me sentía enganchado de la ropa por uno de los garfios y elevado a una altura inmensa, mientras desde abajo me observaba con horror un gran corro de gente. A veces me provocaba un desgarro en el traje y el garfio me pescaba de nuevo por otra de sus puntas. Cada vez que se producía uno de esos balanceos los espectadores proferían gritos estridentes. Pero al

final la grúa me dejó con mucho tiento en el suelo. La gente corrió a mi encuentro; advertí que esa muchedumbre estaba formada exclusivamente por personas que me consideraban antipático y que habían intentado perjudicarme a lo largo de mi vida. Y me causó tanto más asombro que todos ellos me dirigieran miradas amistosas y conmovidas. Me tocaban con la punta de los dedos y me palpaban.

Tras despertar bajé a tierra y vagué por Torvet[41]. Estas ciudades portuarias del norte me recuerdan periodos tempranos de mi infancia; me aburren, pero me hacen sentir en casa. Justo en ese momento entraban en la dársena los barcos pesqueros que habían estado faenando toda la noche en el mar, y los puestos de la lonja se llenaban con mercancía fresca. En especial me llamó la atención un tipo de pescadilla negra, una merluza plana y reluciente, que a veces se pesca en cantidades descomunales y que recibe también el nombre de «carbonero» debido a su color negro. Antes de morir agota sus últimas reservas de energía vital mediante temblores delicados e incesantes. Miles y miles de estos peces se extendían en el mercado como un tapiz negro y palpitante orlado en cada esquina por los puestos abigarrados de las floristas: un espectáculo de alegría mortal.

Observé allí un mozo que destripaba montones de pescado, mientras coqueteaba con una bella criada. Sacaba las piezas de una cuba y sin mirarlas, con un cuchillo afilado, les cortaba la cabeza bajo las branquias. Esa actividad impasible ofrecía un contraste penoso con el dolor que despertaba. Esa impresión no respondía tanto a la crueldad del procedimiento como a su distracción mecánica. Los gestos del pescador ancestral que vi en el sur, en un pequeño acantilado ante la bahía de Alcudia[42], eran incomparablemente más cuidadosos y atentos, como demostraba la pericia con que abría y limpiaba su presa. Aquí se manifiesta el diverso tratamiento que el comerciante da a la mercancía y el cazador a la pieza.

Durante el desayuno le di vueltas a la idea de que hemos nacido en una época que nos amenaza tanto con la intervención industriosa del comerciante como con la ruda crueldad del cazador; una época voraz por partida doble. Navegamos entre guerras y contiendas civiles como Odiseo entre Escila y Caribdis; y tal vez, como esos peces, ignoramos incluso el nombre del proceso en cuyas mallas estamos atrapados. Me complacería mucho que alguna vez un libro de historia universal, como los que verán la luz dentro de doscientos años, me desvelara este misterio. Desgraciadamente tales crónicas ofrecen a menudo cuadros parciales. Así como en el París de 1792 convivió la vida agradable con la guillotina, aquí en la lonja de Bergen el sabroso almuerzo de las once se sirve al lado mismo de los bancos del matadero[43].

Historia in nuce: la rueda de la fortuna

A bordo

El espectáculo de la feria anual, donde hay tanto que ver, incluye también aquellos grupos reunidos en torno al movimiento giratorio de las ruedas de la fortuna. Pasamos sin prestar atención junto a una de las figuras del destino en cuyo orden encaja nuestra vida, sin atender tampoco a la rueda que, sin duda, merecería la pena contemplar con un poco más de precisión, aunque despreciemos la ganancia que promete el pregonero con aire de bufón.

Encontramos esas pequeñas máquinas con formas diversas donde funciona un principio común. Su mecanismo consiste en el funcionamiento combinado de una rueda o un disco giratorio con un sistema de símbolos que se disponen como colores, cifras o signos. Según la idea, puede representarse la rueda como formada por dos círculos, de los cuales el que está en reposo se distingue por una división, mientras el otro determina el resultado tras activar el movimiento giratorio.

El juego se simplifica, pero no se modifica si se unen el disco de símbolos con la rueda en movimiento. Así se compone la ruleta en su forma usual, que se nos presenta como un disco giratorio. No obstante, si practicamos un corte transversal a través de la ruleta, mostramos su doble cualidad; distinguimos primero la rueda y después el círculo con signos que se superpone sobre la primera como una hoja o como una capa de pintura. Sin embargo, hay también formas de ruleta en las que ciertamente gira la rueda, pero no el círculo de signos separado de ella. Tal es el caso, por ejemplo, de aquellas ruedas de la fortuna en que el disco giratorio muestra la forma de una peonza cuyo movimiento lanza las bolas a diversas cavidades dispuestas de modo periférico. En esa forma el juego se torna más claro, pues el círculo de signos es, conforme a su propia esencia, inmóvil y constante en sus divisiones. En esto se basa la relación firme entre pérdidas y ganancias y con ello el balance seguro de todas las empresas para las que trabaja la rueda de la fortuna.

Por supuesto que el proceso se refleja de un modo completamente distinto en el mundo del jugador. Para éste el disco giratorio adquiere un significado maravilloso en cuanto determina la relación con cada sector del círculo de símbolos que satisface su suerte. A ese fin sirve un mecanismo particular, el *índice* que completa la rueda de la fortuna al cualificar el movimiento del disco giratorio. Podemos representarnos el juego individual más bien del siguiente modo: sobre el círculo de símbolos en reposo vibra un disco de cristal en el que se ha grabado la señal del índice. Cuando el movimiento se interrumpe, el índice designa un sector del círculo de símbolos y determina con ello las pérdidas o las ganancias. Salta a la vista que el todo sólo se transforma en una auténtica rueda de la fortuna gracias al índice. Así pues, el sentimiento vital del jugador experimenta una inmensa euforia en el instante en que la señal se detiene sobre el círculo de símbolos.

En realidad, el índice puede presentarse bajo las más diversas formas. Lo encontramos como simple aguja, como bola que rueda, también como clavo o diente que frena el movimiento de los radios o sectores del círculo de símbolos. En otros casos actúa de nuevo como proyectil, bajo la forma de una flecha arrojada contra la rueda de la fortuna. La mano del huérfano que palpa en el interior de los tambores giratorios repletos de billetes de lotería efectúa el mismo proceso; siempre se trata de un impacto a ciegas sobre el círculo de signos. El error de todo jugador consiste en una ilusión óptica que le hace confundir el círculo de símbolos con una especie de diana de tiro y el índice con un proyectil dirigido con puntería. Los jugadores creen que si esta vez erraron su número o su signo, el próximo tiro acertará de lleno en el blanco. Por ello, cuando la bola rueda, las salas de juego están llenas de un fluido cargado con la máxima tensión, y todo jugador afortunado se atribuye a sí mismo una especie de paternidad respecto al premio.

Sin embargo, en la estructura de la rueda de la fortuna se ocultan relaciones mucho más importantes que las lucrativas, y la profunda pasión que su movimiento suscita en el corazón del jugador se basa en que funciona al mismo tiempo como un modelo perfecto del curso del mundo. Y desde tiempos inmemoriales, el ser humano, cuando escudriña su suerte en las estrellas, concibe el cosmos como una rueda de la fortuna en movimiento, y el horóscopo que el astrólogo nos esboza no representa nada más que el círculo de signos sobre el que la hora actual de nuestra vida figura como índice. Si reflexionamos sobre el proceso, nos sobrecoge un estremecimiento, como el que despierta el juego del destino. Vemos el multicolor círculo de signos quieto, con su invariable división en sectores y sobre él, como un anillo de niebla, la revolución vacía del tiempo. Y sin embargo ese disco vibrante alberga espacio para todos aquellos que nunca fueron, que serán o que permanecerán eternamente en el regazo de los no nacidos. Todos ellos son compañeros de juego; por

ello, el nacimiento, cualquiera que sea su constelación, ya es en sí mismo un acierto entre millones y con razón el hombre a veces se plantea, ya sea en la buena o en la mala suerte, la extraña pregunta: «¿Por qué precisamente yo?».

De modo análogo nuestros relojes se construyen según el principio de la rueda de la fortuna. Aquí las relaciones son tales que la esfera representa el círculo de signos, el engranaje se corresponde al disco giratorio y las manecillas al índice. Para que el proceso adquiera cualidad es necesario que guarde relación con nuestra suerte. En la relojería, los relojes funcionan en un mundo letárgico, sin relación con el exterior, como en un juego infantil que va de puestas imaginarias. Cuando el comprador adquiere uno, ese reloj se despierta en caso de emergencia; da la hora para las fiestas, los sufrimientos y el juicio. Existe también la creencia de que el reloj se detiene junto a la cabecera del enfermo en el instante de la muerte. El significado que nos desvela el reloj en cada caso particular puede variar increíblemente. Es evidente que el jugador lo conoce sobre todo como rueda de la fortuna. Para él, pues, las horas también son una fuente abundante de ganancias inesperadas, de golpes del destino, de cambios, viajes, noches de amor y aventuras de toda clase. El otro extremo está encarnado por aquel tipo que quiere que el reloj funcione sólo como cronómetro. Sin embargo, se parece también al jugador que se conforma con una ganancia pequeña, pero segura. Por supuesto, tiene que saber por experiencia que incluso en los intereses más bajos nuestro capital no está seguro y también para él es válida aquella máxima de *Una harum ultima* que figura sobre los viejos relojes[44]. Cuando se reconoce en la fortuna una buena jugada, esa distinción se desvanece. Si alguien domina el gran arte de aprovechar el momento justo, no nos interesa saber si él lo ha determinado o lo ha adivinado. Por lo demás, quien regula su vida estrictamente por el cronómetro, como por ejemplo, el funcionario, siempre depende de modo

particular de la marcha de los relojes del destino, superiores a los artefactos mecánicos.

Es aleccionador recordar bajo qué circunstancias hemos adquirido en cada ocasión un nuevo reloj. Descubriremos que esos días suelen coincidir con aquellos otros que introdujeron un nuevo capítulo de nuestra vida, con aquellos días en los que comenzó una nueva partida en el juego de la vida. El gran reloj con péndulo que toca las horas pertenece a la casa y a la familia, como el reloj de la torre pertenece a la comunidad. La costumbre de colocar relojes de rueda en lugares elevados, ya sea sobre torres o cimas de montaña, nos remonta a los orígenes. En ellos encontramos de nuevo todos los círculos simbólicos, desde los anillos de piedra y los cuadrantes solares hasta los observatorios californianos. Ciertamente, cambian las preguntas que el ser humano dirige a los astros, y cambian también las respuestas.

Pero siempre encontramos la angustia universal y el temor del destino estrechamente relacionados con la parte móvil de la rueda o con el curso del tiempo, mientras la mirada más profunda intenta explorar los signos inmutables e inmóviles que figuran en el círculo de símbolos. Aquí se funda, desde siempre y en cualquier lugar, la diferencia entre profanos e iniciados y sin duda, una de las primeras acciones sacerdotales consistió no sólo en el sacrificio solitario, sino, sobre todo, en el dibujo del círculo de símbolos. Esto indican tanto los primeros altares como también los ancestrales signos de la fortuna y del sol, que son interpretables como jeroglíficos del círculo de símbolos y de su división. De modo análogo, el astrólogo procede como iniciado al fijar en el horóscopo las revoluciones de las esferas celestes. También forma parte de ese saber el conocimiento del eterno retorno de lo mismo, como se revela en la composición de los calendarios y en la sucesión de las fiestas durante el año. Aquí se funda la medida según la cual gira la vida, el trabajo y la alegría efímera del pueblo, transmitida de una clase sacerdotal a otra

con cada cosecha. Desde aquí se ilumina también el sentido de la *consagración*, pues desde antiguo pertenece a los rasgos distintivos del ser humano que intente conferir a los grandes momentos de su vida un rango que supera al de la mera fecha. A esta tendencia se rinde no sólo el campesino en el campo, sino también el poderoso del mundo, el vencedor en la guerra entre naciones como en la guerra civil, el príncipe legítimo como el usurpador del poder. A todos ellos mueve un secreto y apasionado deseo: que en el fondo su triunfo se demuestre más importante que el mayor premio concebible que pueda caer en suerte entre millones de personas, más importante que el billete afortunado en el juego de lotería de la vida, cuya ganancia puede perderse en el próximo giro de la rueda. Esa certeza sólo puede existir allí donde la fecha, liberada del tiempo y sus azares, se transfiere al círculo del orden inmutable. Por ello, al soldado afortunado que se ha adueñado de la corona no lo tranquiliza ni la fuerza de la aclamación ni la pompa de su poder. Se trata de un temor que comparte con el pueblo llano, que, a pesar de la ilustración, en sus bodas y bautismos no se conforma con la inscripción en las listas del registro civil. El ser humano no puede dejar de creer que más allá de toda ordenación cronológica conduce una vida escogida, y no es sino la consagración la que legitima esa creencia.

La meditación sobre la rueda de la fortuna nos ofrece también aclaraciones sobre hechos particulares. Así, por ejemplo, en ella cabe representarse intuitivamente el orden jerárquico implícito en la historiografía. Se asciende en ese orden jerárquico en la misma medida en que la historia es capaz de prescindir del movimiento giratorio de la rueda. Así, el registro cronológico se sitúa en el rango más bajo. Ciertamente, tiene ya que haberle precedido la visión del círculo simbólico, en cuanto que el conocimiento del eterno retorno de lo mismo en el tiempo pertenece a los presupuestos del cómputo de años. El cómputo mismo se delegó ya en época muy temprana a la casta de escribas, cuyo

verdadero trabajo consiste en el registro. También hoy al despachar un asunto ante cualquier ventanilla se efectúa en esencia un acto cronológico, como indica el golpe del sello fechador. A partir de aquí se derivan posteriormente, bajo las circunstancias políticas más diversas, aquellos conflictos entre los poderes registradores y los poderes consagradores, que representan uno de los grandes temas de la historia y que dejan como monumento visible la doble arquitectónica de los estados desarrollados.

Cuando los anales, como, por ejemplo, en Tácito, alcanzan el alto rango que los eleva a la categoría de modelo para generaciones y pueblos venideros, tras el registro se oculta un acto particular del espíritu. Aquí la descripción de una secuencia de acontecimientos viene precedida por la investigación de su significado extratemporal. De ese modo la historia se torna transparente. Esto nos resulta consciente de una forma bellísima cuando tales obras nos han acompañado a lo largo de una vida. De jóvenes sólo nos llamaban la atención en estos libros los hechos únicos e irrepetibles y los datos cronológicos. Pero después se revela cada vez con mayor nitidez la forma recurrente, la figura que conserva su validez en toda época y lugar y también ahora y aquí; la *essence divine* que dura más que la piedra y el bronce. Esa iluminación nos esclarecerá sobre todo, si mientras tanto nosotros mismos participamos en acontecimientos históricos de alcance universal[45]. Esto también podría expresarse del siguiente modo: nuestra capacidad de comprender los acontecimientos históricos es comparable a una red que sólo puede sondear a una profundidad suficiente, cuando el bronce de una experiencia personal le sirve de plomada. Esto vale incluso para eventos muy superficiales; así recuerdo que sólo llegué a comprender realmente la economía de asignados, de la que había oído hablar tan a menudo en los manuales de historia, tras haber vivido nuestra inflación. En medida aún más elevada la participación en los grandes encuentros pertenece al capital de la experiencia. Esto de-

pende de que efectivamente exista cierto talento para la narración histórica, como se advierte con frecuencia en príncipes, generales o mandatarios con elevadas misiones. En el fondo hay aquí ciertamente una coincidencia de segundo rango; ello se debe a que ver la unidad en el jeroglífico caótico de nuestros afanes es algo reservado exclusivamente al ojo del rey. Este campo, como el de la administración de justicia, tan semejante a él, pertenece a esas disciplinas donde el trabajo intelectual, con el paso de los años, adquiere mayor relieve, hasta llegar a la cima de la edad senil, donde los intereses se contemplan desde la distancia. También en relación con el pasado hay cierta capacidad vidente. Esas cuestiones son muy evidentes en Dión Casio; también es muy bello el pasaje donde éste alude al encargo recibido de los dioses.

Por encima de esto hay una meditación superior a toda clase de crónica, que intenta interpretar los signos que reposan bajo el ciclo del tiempo. Tras la abundancia de lo que retorna periódicamente se oculta un limitado número de figuras. Aquí la historia se parece a un jardín, donde la mirada va pasando revista a flores y frutas que el tiempo produce y vuelve a producir en climas siempre cambiantes. El increíble placer que experimentamos al permanecer en tales obras se basa en que allí captamos en reposo aquello que de lo contrario sólo se mostraría en movimiento. Así ocurre, por ejemplo, con el Estado en *La política* de Aristóteles. Por lo demás, la persona misma de Aristóteles podría citarse como ejemplo de cómo se iluminan las figuras del destino. Pues si las cosas están en orden, es necesario que el principal pensador de una época sea al mismo tiempo el mentor de su rey. La última relación que podría interpretarse desde esa figura recurrente es la de Federico el Grande y Voltaire.

Ese género de historia es lo más alto que el espíritu contemplativo es capaz de producir; pues sólo en cuanto crea poéticamente le es dado proseguir la trama del mito. Por el contrario, la

historiografía permanece vinculada a la conciencia, a aquel poder soberano que limita al espíritu pero al mismo tiempo le transmite la energía de la radiación luminosa. Así como en mares muy límpidos el ojo ve reposar en el fondo ánforas y estatuas, también la mirada libre puede penetrar hasta aquellas medidas que están ocultas en el fondo de los tiempos, muy por debajo de los flujos y reflujos. Aquí se resuelve una cuestión a la que incluso grandes historiadores dieron una respuesta negativa: a saber, si la historia puede incluirse entre las ciencias exactas. Puede responderse afirmativamente, si se reconoce que debajo de su espejo fluctuante reposan los signos permanentes, inmutables en sus relaciones como los ejes y los ángulos del cristal.

El eco de las imágenes

Río

Desde el alba estaba vagabundeando en esa residencia del dios solar, cuya puerta rocosa recibe al extranjero como las nuevas columnas de Hércules, que una vez sobrepasadas hacen olvidar el viejo mundo. Había atravesado los mercados y los barrios portuarios hasta llegar a los arrabales más retirados, donde el colibrí se posa en las grandes flores de los jardines. Después regresé a través de avenidas con palmeras reales y flamboyanes hasta los barrios populosos, y había espiado la vida en sus zonas agitadas y ociosas.

Sólo hacia la tarde me desperté como de un sueño en el que hasta nos habíamos olvidado de comer y de beber, y sentí que el espíritu comenzaba a debilitarse bajo la sobreabundancia de imágenes. Sin embargo, no lograba separarme y como un avaro no quería perder ni un segundo de mi tiempo. Sin concederme reposo, giré hacia nuevas calles y plazas.

Pero pronto me pareció como si mis pasos se volvieran más ligeros y la ciudad se transfiguró extrañamente. Al mismo tiem-

po cambió mi modo de ver; pues si hasta el momento había mirado hasta la saciedad todo lo nuevo y desconocido, ahora las imágenes penetraban en mí sin ningún esfuerzo. Ahora me eran familiares; me parecían recuerdos, composiciones de mí mismo. Afinaba mi humor a voluntad como un instrumento, como alguien que sale a pasear con su batuta y al apuntar ora allí ora allá, hace música con el mundo.

Ahora tenía la sensación de ser huésped en casa del rico y del pobre, y el mendigo que me dirigía la palabra me hacía un favor al darme la oportunidad de confirmarlo. En puntos desde donde la vista abarca la ciudad como un anfiteatro, comprendí que una construcción semejante era, como una colmena, la obra colectiva de muchas generaciones; sin embargo, al mismo tiempo un espíritu la hizo levantar como el sueño de una noche, y no sólo como morada para los seres humanos. También las ostras perleras se construyen fatigosamente por estratos, pero su valor no reside en este proceso.

Por la tarde, en un café de Copacabana, medité sobre estas analogías. Me pareció que había un eco no sólo para el oído, sino también para el ojo; asimismo las imágenes que contemplamos evocan una rima. Y así como para el eco hay circunstancias particularmente favorables, aquí la belleza resuena con mayor poder.

Pero expresado de manera más simple y escrupulosa, las cosas se presentan del siguiente modo; con la mirada profunda y placentera que dirigimos a las imágenes, consumamos un sacrificio, y la respuesta que recibamos dependerá de nuestra ofrenda.

El pescadero

Ponta Delgada

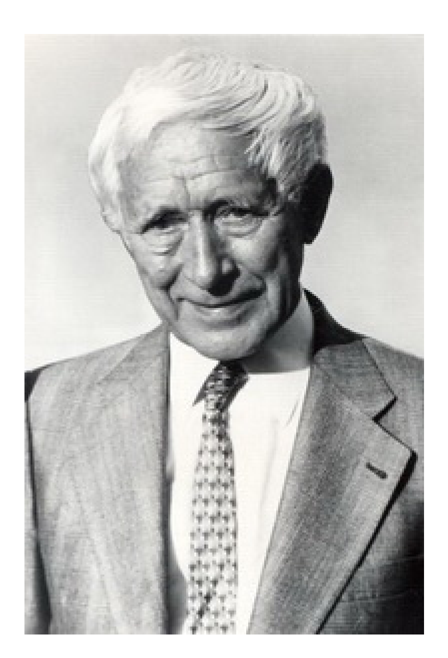
Las Azores: una cadena de volcanes que se eleva en el linde extremo de Europa. Desde primera hora de la mañana ya estaba en camino, hacia los jardines donde al ojo se le revela un nuevo

mundo, por los campos rodeados de oscuros muros de lava, y en el alto bosque de laureles. Sólo cuando el sol alcanzó su cenit, regresé hacia el puerto.

En las calles reinaba el silencio bajo la luz del mediodía; sólo desde lejos oía una llamada alegre, repetida con frecuencia, y me entró el antojo de seguirla. Pronto me encontré con un hombre andrajoso que transportaba un cargamento de peces ya resecos cuesta arriba, pendiente abajo, a través de las callejas angostas y desiertas, que apenas refrescaba la sombra de una dragontea o de una araucaria. Le seguí de cerca, sin que me viera, y disfruté con su espléndida inflexión vocálica. Profería una palabra portuguesa que me resultaba desconocida, tal vez el nombre del pescado que transportaba. Pero me pareció como si todavía le añadiese algo en voz muy baja, y por ello me acerqué tanto a su espalda que me convertí en su sombra.

En efecto, ahora, una vez finalizada su llamada que resonaba a lo lejos, pude oír cómo murmuraba entre dientes una especie de susurro, tal vez una jaculatoria de hambriento o una maldición sofocada. Pues puertas y ventanas permanecían cerradas a cal y canto.

Así caminamos largo tiempo por las callejas calurosas para ofrecer un pescado que nadie deseaba a mediodía. Y durante un buen rato escuché sus dos entonaciones, la que elogiaba su producto y sonaba vociferante y exuberante y el soliloquio musitado y desesperado. Le seguí con avidez de espía escuchón, pues me di cuenta de que esa voz ya no tenía que ver con la venta de pescado, sino que en aquella isla perdida resonaba el canto del hombre: esa canción que se vanagloria en público de su mercancía y *al mismo tiempo* suplica susurrando entre dientes.



ERNST JÜNGER (Heidelberg, 29 de marzo de 1895 - Wilflingen, 17 de febrero de 1998). Fue un escritor, filósofo, novelista e historiador alemán nacido en el seno de una familia burguesa en Heidelberg. Recibió una educación humanista pero cargada de tintes nacionalistas y prusianos, que hicieron de él un adolescente intolerante y radical. Cursó estudios en internados y colegios en Hannover, Schwarzenberg, Braunschweig, Wunstdorf o Hamelin. Con apenas 17 años se enrola en la Legión Extranjera, de la que su padre le rescata un mes después.

Participó en la I Guerra Mundial, experiencia que volcó en *Tempestades de acero* (1920). El libro vende más de 50.000 ejemplares en Alemania y otorga notoriedad al joven escritor que decide dejar el uniforme. Condecorado con la más alta distinción prusiana por su valor en la guerra de 1914, tenía una de las mayores colecciones de insectos del mundo y poseía decenas de relojes de arena y miles de libros antiguos. Cursó estudios de Zoología en la Universidad de Leipzig y en la Oriental de Nápoles (1923-1925).

Aunque defendió la movilización militar en la década de los 30, quedó decepcionado por el nacionalsocialismo. Escribe, *Sobre los acantilados de mármol* (1939) una denuncia del régimen de Hitler que fue prohibida. En la II Guerra Mundial fue oficial en París; donde conoció a Pablo Picasso, Jean Cocteau y donde se hizo amigo del filósofo Martin Heidegger. En el año 1943, escribió el panfleto *La paz*, una llamada al fin de la guerra.

Se retiró en la Selva Negra, para dedicarse al estudio de la entomología y la botánica. Sostenía que el mundo moderno está determinado por el Poder. Así lo expone en *El problema de Aladino* (1983). Desde que en los años 50 entablara amistad con Albert Hofmann, el creador de la LSD, varios de sus libros versaron de forma directa o indirecta sobre la experiencia psicodélica. Entre sus obras destacan *Heliopolis* (1949), *Abejas de cristal* (1957) y la colección *Intenciones sutiles* (1967).

Al cumplir 100 años fue visitado por el canciller alemán Helmut Kohl y el presidente israelí Chaim Herzog.

Ernst Jünger falleció el 17 febrero de 1998 en la localidad de Wilflingen, donde residía desde el final de la II Guerra Mundial.

Notas

[1] Existen dos versiones de *El corazón aventurero*. La primera, del año 1929, lleva por subtítulo «Notas del día y de la noche». La segunda versión, del año 1938, es la que se presenta aquí. Las profundas modificaciones a que Jünger sometió su texto inicial hacen que casi pueda hablarse de dos libros diferentes, si bien es esta segunda versión la que su autor dio finalmente por válida y es la que ha venido publicándose tradicionalmente como libro suelto en Alemania y en otros países. *(N. del E.)* <<

[2] He aquí la primera alusión al subtítulo del libro: *Figuren und Capriccios*. Si en la primera versión de 1929, el «corazón aventurero», como indicaba el subtítulo originario, se dedicaba a tomar «notas de día y de noche» *(Aufzeichnungen bei Tag und Nacht)* con un rasgo predominantemente autobiográfico, ahora, en la segunda edición (1938) juega con figuras y caprichos del espíritu en un sentido más impersonal y metafísico. Los *Capriccios* se distinguen tanto por su brevedad formal como por su carácter fantástico, rayano a veces en lo grotesco o inquietante: sueños, visiones o fantasías. Jünger no era ajeno al sentido goyesco del término, como demuestran algunas alusiones a los desastres de la guerra en sus diarios de los años cuarenta. Cf. E. Jünger, *Radiaciones*, vol. 1, Tusquets Editores, Barcelona, 1989, págs. 290 y 293 (trad. de Andrés Sánchez Pascual). Sin embargo, en esta segunda versión, los caprichos no se relacionan tanto con experiencias históricas de la guerra en clave expresionista sino con aventuras puramente imaginativas y oníricas de tipo surrealista. Con la noción de «figura» Jünger pretende visualizar

el mundo recurriendo sobre todo a modelos geológicos, cristalográficos y ópticos. Entre estos últimos destacan los «acertijos visuales» *(Vexierbilder)*, como se puede ver más adelante en el pasaje homónimo y en la nota adjunta. Respecto a las «figuras metalógicas» léase el fragmento titulado «El rizo» *(Die Schleife)*. *(N. del T.)* <<

[3] La reflexión sobre el simbolismo de los colores es una de las vetas que atraviesan *El corazón aventurero*. Siguiendo a Goethe, Jünger proyectó una teoría de los colores, como apuntan algunos pasajes de los diarios: «Cuando me desperté estuve pensando en mi viejo plan de la *teoria dei colori*, en la cual trataré el color como una función de la superficie». Esta teoría se enlaza con su intento de superar la antítesis entre profundidad y superficie: «El cielo tenía un frescor azul; me ha llamado la atención el juego mágico de los colores en el agua de los ríos y canales. He creído divisar tonalidades que ningún pintor ha visto todavía. Las superficies de las aguas, azules, verdes y grises, tenían el brillo de piedras claras, frías, *el color era más que color: era sello e imagen concentrada de esa profundidad misteriosa que se hace visible en el juego y contrajuego de la superficie*». E. Jünger, *Radiaciones*, vol. 1, págs. 294 y 302. *(N. del T.)* <<

[4] *Urpflanze:* concepto acuñado por Goethe en sus investigaciones botánicas, corroborado en una célebre visita al jardín botánico de Padua, donde la observación de una pequeña palmera inspiró la siguiente nota: «Aquí, en medio de esta nueva diversidad que se me ofrece, vuelve a cobrar cada vez mayor vida en mí esa idea de que quizá todas las formas vegetales se deriven de una sola. Sólo con arreglo a ese criterio sería posible el determinar verdaderamente generaciones y variedades… En este punto sigo aferrado a mi filosofía botánica». Cf. J. W. Goethe, *Viajes italianos* en *Obras completas*, vol. III, Aguilar, México, 1991, págs. 1074-1075 (trad. de R. Cansinos Asséns). Como reconoció el propio Jünger, la morfología botánica goetheana y en particular

el concepto de protoplanta influyeron en su metafísica de la *Gestalt*. *(N. del T.)* <<

[5] *Die Schleife*, literalmente, curva, viraje, lazo y también rizo o *looping* hecho por un avión. *(N. del T.)* <<

[6] La figura de Nigromontanus aparece varias veces a lo largo de la obra de Jünger, desde *Sobre los acantilados de mármol* y *El corazón aventurero* hasta *Heliópolis* y *Visita a Godenholm*. Se inspira en un personaje real, el filósofo Hugo Fischer, compañero de estudios en la Universidad de Leipzig, con el que Jünger compartió su afición viajera. También aparece mencionado en sus diarios como *Magister*. El escritor alemán siempre le tributó una gran admiración como pensador metafísico. Construido por analogía con *Regiomontanus* (latinización de *Königsberger*, astrónomo y matemático del siglo XV), con resonancias de nigromante, aparece germanizado con el nombre de *Schwarzenberg* (Negra Montaña), el enigmático chamán de *Visita a Godenholm*, págs. 11 y 35 y sigs. En *Sobre los acantilados de mármol* figura como inventor de un espejo mágico que regala al narrador, su discípulo. Cf. E. Jünger, *Sobre los acantilados de mármol*, Círculo de Lectores, Barcelona, págs. 114-116 (trad. de Tristán la Rosa; nueva versión: Andrés Sánchez Pascual). En *Heliópolis* aparece como antiguo maestro del comandante Lucius de Geer. El extranjero Phares dice de él: «Le conocemos y le apreciamos. Creemos que su intención es saturar la superficie con profundidad, de modo que las cosas sean al mismo tiempo simbólicas y reales. En este sentido, el fenómeno sería una polícroma película en torno a una forma imperecedera. Por eso ha ejercido tan profunda influencia sobre los artistas. Ha introducido en sus obras una nueva belleza y ha superado su realismo» (pág. 414), cf. E. Jünger, *Heliópolis*, Seix Barral, Barcelona, 1984 (trad. de Marciano Villanueva). *(N. del T.)* <<

[7] Cabe constatar aquí cierta confesión, pues por las mismas fechas en que se publicó la segunda edición de *El corazón aven-*

turero, en 1938, Jünger estaba a punto de publicar *Sobre los acantilados de mármol*, donde la orden de los mauritanos desempeña un papel fundamental como secta consagrada al poder y a la fuerza, al nihilismo y a la técnica. Los lectores de la novela identificaron la figura del guardabosque mayor, «viejo señor de los mauritanos», con Hitler, y a la orden misma con las innumerables sectas nacionalistas en cuyo seno se incubó el nazismo y el asalto a la República de Weimar. Conviene recordar que acabada la Gran Guerra, después de prestar servicio en el Ejército hasta 1923, Jünger se matriculó en la Universidad de Leipzig para estudiar ciencias de la naturaleza, especialmente zoología. También siguió las lecciones de filosofía del vitalista Hans Driesch y del filósofo y psicólogo Felix Krüger, donde trabó estrecha amistad con Hugo Fischer, alias Nigromontanus o *Magister*. Con treinta y un años, Jünger interrumpió sus estudios universitarios para dedicarse exclusivamente al oficio de escritor. Es justo entonces, en 1927, cuando se traslada a Berlín, donde conoce a personajes destacados de la revolución conservadora y del movimiento nacionalsocialista, es decir, a «mauritanos» como Joseph Goebbels, Ernest von Salomon o Carl Schmitt, colabora también con revistas de orientación nacionalista como *Der Widerstand*, de Ernst Nieckisch, y comienza la redacción de *El corazón aventurero*, publicado en 1929. Sin embargo, la referencia a la orden de los mauritanos, así como el epígrafe entero sobre el rizo, no apareció sino en la segunda edición de 1938. Sobre la orden de los mauritanos y la contraposición entre el guardabosque mayor y Braquemart como reflejo «de un conflicto interior de los mauritanos» véase *Sobre los acantilados de mármol*, págs. 50-55 y 137-147, respectivamente. Sobre la relación de los mauritanos con la Oficina de Convergencia y sus técnicas de información y control véase *Heliópolis*, págs. 40 y sigs. y 413-414. Los diferentes diarios contienen importantes alusiones. Cf. *Radiaciones*, vol. 1, Tusquets Editores, Barcelona, 1989, págs. 24-25 y 359; y *Pasa-*

dos los setenta (1965-1970), Tusquets, Barcelona, 1995, págs. 87-88. *(N. del T.)* <<

[8] Se trata de ideas elaboradas en *El trabajador* (1932) y *Sobre el dolor* (1934) y posteriormente incorporadas a la segunda edición de *El corazón aventurero* (1938). Por ejemplo: «En ellos (los barrios donde se alzan los Bancos) nos causa asombro la presencia de un instinto que ideó tales alcázares en medio de un espacio en apariencia completamente asegurado, alcázares construidos con esos sillares que ya no se tallaban para ninguna otra finalidad y defendidos en el exterior con ventanas provistas de rejas de hierro y en el interior con subterráneos blindados de acero. En esos sitios comprendemos también cuál es el sentido de esa atmósfera peculiar y solemne que llena de una irradiación demoniaca las fastuosas salas donde se abren las ventanillas», E. Jünger, *Sobre el dolor*, Tusquets Editores, Barcelona, págs. 47-48 (trad. de Andrés Sánchez Pascual). *(N. del T.)* <<

[9] Tal es parte del proyecto de *El trabajador*, donde Jünger introduce la distinción entre los conceptos de «carácter especial de trabajo» y «carácter total de trabajo», y propone la superación de la antítesis entre unidad simple y multiplicidad mediante la figura del Trabajador. Cf. E. Jünger, *El trabajador*, Tusquets Editores, Barcelona, 1990, pág. 145 y sigs. (traducción de Andrés Sánchez Pascual). *(N. del T.)* <<

[10] En el episodio del atroz descubrimiento de Köppelsbleek, un desolladero humano donde los esbirros del guardabosque mayor torturan a sus víctimas, los dos hermanos protagonistas observan allí «la loca danza con que el cuco giraba en torno a los pálidos cráneos». Y dicen respecto a esta inquietante ave: «Le oíamos emitir, ora lejos y ora cerca, su risotada sarcástica e interrogadora, su "cu-cuu", "cu-cuu", y luego elevar de tal modo el tono en son de triunfo que nos estremecimos» o «Los gritos del cuco nos hacían una compañía burlona». E. Jünger, *Sobre los acantilados de mármol*, págs. 128-130. *(N. del T.)* <<

[11] Sobre el nombre cifrado empleado por Jünger para referirse a Nietzsche, *Pulverkopf*, resulta instructiva la siguiente anotación de diario, donde el autor comenta la propuesta de su traductor, Henry Thomas, para trasladar dicho término al francés: «Para traducir *Pulverkopf* (cabeza de pólvora) se proponía emplear *hauteflamme* o *brusqueflamme*; a mi parecer, sin embargo, en ninguna de esas dos palabras resuena con suficiente claridad la ironía que hay en *Pulverkopf*; es una réplica al viejo artillero que se jactaba de tener en reserva, para combatir el cristianismo, un cañón del que ni siquiera el nombre se conoce todavía. De ahí que yo propusiera llamarlo *le vieux pétardier*; a Thomas, sin embargo, esa expresión le ha parecido demasiado tosca. Así que ha aconsejado llamarlo *boutefeu*, que, además de "botafuego" en el sentido de varilla en cuyo extremo se ponía la mecha para prender fuego desde cierta distancia a las piezas de artillería, puede significar también "incendiario"; según Thomas, esa palabra ha adquirido, al envejecer, un cierto acento irónico. *Soit*». E. Jünger, *Radiaciones*, vol. 1, Tusquets Editores, Barcelona, 1989 (traducción de Andrés Sánchez Pascual). En otro contexto, al describir el tipo nihilista representado por el guerrero mauritano que lucha contra el poder anárquico y selvático del guardabosque mayor, Jünger alude una vez más a este *Alter Pulverkopf*: «Braquemart opinaba que desde los comienzos existen en la tierra dos razas, los señores y los esclavos, y que con el correr de los tiempos se habían mezclado. En este aspecto era un alumno del Viejo Petardero *(Pulverkopf)* y exigía, como éste, que volvieran a separarse». Cf. E. Jünger, *Sobre los acantilados de mármol*, pág. 13. Como se ve en el anterior pasaje, Andrés Sánchez Pascual sustituye la propuesta de la primera versión de Tristán la Rosa, «Botafuego», por la de «Viejo Petardero». Otros traductores de Jünger como Marciano Villanueva o Juan Conesa han optado por la versión más literal de «Cabeza de Pólvora». *(N. del T.)* <<

[12] Recuérdese que cuando aparece la segunda edición de *El corazón aventurero*, Jünger ya ha publicado *La movilización total* (1930), donde podía leerse: «(…) basta contemplar esta nuestra vida misma en su completo desencadenamiento y en su implacable disciplina, con sus zonas humeantes e incandescentes, con la física y la metafísica de su tráfico, con sus motores, sus aeroplanos, sus ciudades donde viven millones de personas, basta contemplar esas cosas para vislumbrar con un sentimiento de horror mezclado de placer que en ninguna de ellas hay un *solo* átomo que no esté trabajando y que nosotros nos hallamos adscritos en lo más hondo a ese proceso frenético», E. Jünger, *Sobre el dolor*, Tusquets Editores, Barcelona, 1995, pág. 101 (traducción de Andrés Sánchez Pascual). *(N. del T.)* <<

[13] Sobre el libro de Mirabeau véase la entrada de diario fechada el 22 de febrero de 1941 en E. Jünger, *Radiaciones*, vol. 1, ed. cit., pág. 209. *(N. del T.)* <<

[14] En alemán, el término «langosta» o «saltamontes» *(Heuschrecke)* contiene ya en sí mismo una referencia al susto o sobresalto *(Schrecken)*. *(N. del T.)* <<

[15] En *Sobre la linea* (1950), Jünger considera *Crimen y castigo* como una de las dos fuentes principales para el conocimiento del nihilismo, junto con Nietzsche. Cf. E. Jünger/Martin Heidegger, *Acerca del nihilismo*, Paidós, Barcelona, 1994, págs. 16-18 y 24-25 (trad. de José Luis Molinuevo). *(N. del T.)* <<

[16] El concepto de *historia in nuce* no sólo presupone el sentido acuñado por Plinio el Viejo en su *Naturalis historia*, sino también la referencia al escrito de Johann Georg Hamann *Aesthetica in nuce*. No en vano, tanto en la primera como en la segunda versión de *El corazón aventurero* aparece encabezado por una cita del llamado «Mago del Norte»: «La semilla de todo aquello que tengo en mente, la encuentro por doquier». En *La emboscadura* encontramos una de las definiciones tal vez más precisas del concepto de *historia in nuce*: «Es cierto que esta últi-

ma (la filosofía de la historia) ha de ser completada por el conocimiento de la *historia in nuce*: el tema, que sufre variaciones en la infinita diversidad del espacio y el tiempo, es siempre el mismo; en este sentido hay no sólo una historia de la cultura, sino también una historia de la humanidad y esa historia es precisamente historia en la sustancia, *historia concentrada*, historia del ser humano. Esa historia se repite en cada una de las biografías personales», E. Jünger, *La emboscadura*, Tusquets Editores, Barcelona, 1988, página 101 (trad. de Andrés Sánchez Pascual). «Historia concentrada» se corresponde al término alemán *Geschichte im Nusskern*, cuya traducción latina sería precisamente *historia in nuce*. *(N. del T.)* <<

[17] *Irdisches Vergnügen in Gott* (1721-1748), colección de poemas compuesta por Barthold Heinrich Brockes (1680-1747), considerado como el primer lírico de la naturaleza en la historia de la literatura alemana. Heredero del optimismo metafísico de Leibniz y de la poesía didáctica de Alexander Pope, combinó una poesía metafórica y alegórica barrocas con los argumentos ilustrados de la Teodicea y la fisicoteología de la época. En la obra citada por Jünger, el poeta canta la gloria y sabiduría divinas mediante la exégesis poético-teológica del gran Libro de la Naturaleza, que se revela en los élitros de los insectos y en los cálices de las flores. *(N. del T.)* <<

[18] Friedrich Georg Jünger, poeta, narrador y ensayista que, como testimonian sus dos libros de memorias y numerosos pasajes de *Radiaciones*, compartía con su hermano Ernst la afición por los paseos y la botánica, en definitiva el ejercicio de la «caza sutil». Cf. *En el desagüe*. *(N. del T.)* <<

[19] Se trata de un fragmento del *Cantar de Hildebrand*, del que tan sólo se conservan sesenta y ocho versos en un códice de la segunda mitad del siglo VII encontrado en Fulda. Es uno de los testimonios más antiguos de la literatura medieval alemana, cuya historia alberga los motivos típicos de la poesía heroica nór-

dica: la ética guerrera y pagana, la fidelidad del vasallaje, encarnada aquí por la relación entre Dietrich von Bern y su lugarteniente Hildebrand. Cf. VV. AA, *Historia de la literatura alemana*, Cátedra, Madrid, 1991, págs. 15-16 (cap. 1, «Literatura medieval», Bernd Lutz). *(N. del T.)* <<

[20] La frase expresada por la madre dice en alemán: «*Hab ich euch endlich, meine lieben Jungen!*». *(N. del T.)* <<

[21] Merece la pena comparar este pasaje con una entrada de diario fechada el 15 de septiembre de 1943, donde Jünger describe un ataque aéreo de escuadrillas que «marchaban en formación triangular, como las grullas»: «El espectáculo tenía los dos grandes rasgos de nuestra vida y de nuestro mundo: el orden rigurosamente consciente, disciplinado, y el desencadenamiento elemental. Era a un tiempo de una excelsa belleza y de una fuerza demoniaca. Por algunos minutos perdí la visión de conjunto y mi consciencia se diluyó en el paisaje, en la sensación de catástrofe, pero también del sentido que subyacía a ella». E. Jünger, *Radiaciones*, vol. 2, Tusquets Editores, Barcelona, 1992, pág. 143 (trad. de Andrés Sánchez Pascual). *(N. del T.)* <<

[22] El concepto de *désinvolture* no sólo es un elemento clave en la poética dandista, sino también en la filosofía del poder jüngeriana, como demuestran abundantes pasajes a lo largo de su obra. Así, por ejemplo, al contraponer a Braquemart y al guardabosque mayor como dos expresiones del poder recurre a dicha noción para explicar el predominio del tirano frente al teórico del nihilismo: «Sin duda, ello era debido a que en Braquemart el poder vivía demasiado en los pensamientos y muy poco en la *grandezza*, en la innata *désinvolture*. En este aspecto le era superior el guardabosque mayor, el cual llevaba puesto el poder como una buena y vieja chaqueta de caza; ésta se torna cada vez más cómoda a medida que con mayor frecuencia va impregnándose de barro y de sangre», E. Jünger, *Sobre los acantilados de mármol*, pág. 143. Varios años después, Jünger pone

en boca de Nigromontanus la siguiente definición: «La desenvoltura es una especie de naturaleza superior, el movimiento espontáneo del hombre libre dentro del atavío que le viene de la naturaleza. La encuentras en los juegos, los torneos, la caza, los banquetes y en los campos de batalla, donde presta a las armas su fulgor. Pero debe estar acompañada por la *souplesse*, la flexibilidad. La palabra viene del provenzal: *supplex* es el que dobla, flexiona la rodilla. Puedes saber que posees desenvoltura cuando los hombres te juzgan digno de su trato; que posees flexibilidad, cuando las mujeres te honran con su afecto». E. Jünger, *Heliópolis*, pág. 113. Sobre la ambivalencia del término léase el pasaje de *Pasados los setenta* I, pág. 274. *(N. del T.)* <<

[23] Nietzsche empleó el término *Raubtier*, «animal de rapiña», para referirse a las diversas razas nobles a lo largo de la historia en *La genealogía de la moral* y en particular para designar a César Borgia como tipo renacentista de hombre superior en *Más allá del bien y del mal* y *El crepúsculo de los dioses*. Posteriormente, Oswald Spengler definirá al hombre como animal de rapiña, precisamente en *El hombre y la técnica* (1931). Cf. E. Jünger, *La lámpara de Aladino*, Cátedra, Madrid, 1987, págs. 144-145 (trad. de Juan Conesa). *(N. del T.)* <<

[24] Citada en español por Bacon en el original inglés, pero con la siguiente grafía: «disemboltura». Cf. Francis Bacon, *Ensayos*, Aguilar, Buenos Aires, 1961 (trad. de Luis Escolar). Combinamos la versión manejada por Jünger con la versión castellana. *(N. del T.)* <<

[25] En italiano en el original inglés de Bacon: «*un poco di matto*». *(N. del T.)* <<

[26] Jünger emplea un término complejo como *Vexierbild*, que hemos traducido por «acertijo visual» (Alessandro Pellegrini, en los años cuarenta, lo tradujo al italiano por *enigmi figurati* y más recientemente, Quirino Principe, por *rebus*, es decir, acertijo, adivinanza, enigma por figuras y letras). En alemán, designa,

por una parte, cierta pintura o dibujo donde se oculta una figura visible tan sólo gracias a una observación más atenta o a un cambio de posición del observador. Por otra, alude a un enigma en que se deben descifrar palabras o frases a partir de una composición de imágenes o signos. Por consiguiente, remite tanto a jeroglíficos o criptogramas como a «figuras reversibles» o ambiguas (la psicología de la percepción ofrece ejemplos como la doble imagen del cubo de Necker o la conocida figura de la «suegra o la nuera», donde según la perspectiva, el observador puede percibir la imagen de una joven o de una anciana). También podrían valer como ejemplo aquellas fotografías donde se ocultan detalles no perceptibles a primera vista y que plantean un juego de reconocimiento o adivinación. En un sentido general también son *Vexierbilder* dibujos rompecabezas, figuras caleidoscópicas y todo tipo de acertijos gráficos. *(N. del T.)* <<

[27] En este sentido es interesante el siguiente pasaje de los diarios fechado en 1939: «Lo que yo espero de la egiptología es sobre todo que aclare el paso de las imágenes a las letras; ahí es donde está el eje de la diferencia entre el viejo y el nuevo mundo (…). En las letras hay una tendencia inmanente a retornar a las imágenes, como se ve en su giro hacia lo ornamental. En estos intentos adquieren las letras una cierta rigidez, como se observa en las mezquitas; se parecen a alguien contando sueños inventados». E. Jünger, *Radiaciones*, vol. 1, ed. cit., pág. 81. *(N. del T.)* <<

[28] En el original alemán aparece tan sólo el prefijo *über*. *(N. del T.)* <<

[29] Piense el lector en términos de origen nietzscheano, manipulados posteriormente por el nacionalsocialismo, como *Übermensch*, es decir, el superhombre que encarna la voluntad de poder. *(N. del T.)* <<

[30] El filólogo judeoalemán Victor Klemperer incluyó un capítulo dedicado a «La maldición de los superlativos» en su diario-

ensayo sobre la «Lengua Tertii Imperii», *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Minúscula, Barcelona, 2001, págs. 311 y sigs. (trad. de Adan Kovacsis). Este libro capital fue publicado en 1946, pero Klemperer comenzó a recopilar información clandestinamente desde 1933. Jünger coincide con Klemperer en este punto, pero habría que examinar otras obras de los años veinte y treinta que contribuyeron, en parte, a la formación de la jerga nazi, como reconoció, por lo demás, el propio Jünger en 1946: «(…) Hitler carecía de capacidad de comprensión, aunque tomó a través de terceros, algunas formulaciones de esos libros *(El trabajador, La movilización total)* y las integró en el arsenal de sus consignas», E. Jünger, *Radiaciones*, vol. 2, págs. 562-563. *(N. del T.)* <<

[31] Jünger contrapone en alemán los términos *Mut* y *Über-Mut*. El primero significa «coraje», «valor», «valentía», «ánimo», pero el segundo es de más difícil traducción. En su significado más antiguo, bajo la influencia del término latino *superbia*, traducción del griego *hybris*, designaba altanería, arrogancia, jactancia, soberbia (con un sentido más bien peyorativo), aunque hoy día se usa para referirse a estados de una alegría desbordante y alocada. Para conservar el aspecto de elogio al que alude Jünger traducimos *Übermut* por osadía o intrepidez. *(N. del T.)* <<

[32] Para una crítica mucho más radical del carácter museístico del ideal burgués de cultura y su relación de compensación respecto a la provisionalidad y destructividad de los paisajes de taller léase el capítulo titulado «El arte como configuración del mundo del trabajo» en *El trabajador*, ed. cit., págs. 188-193. *(N. del T.)* <<

[33] En los diarios de la segunda guerra mundial, en una entrada del 28 de septiembre de 1945, podemos leer: «El hecho de relacionar *humanitas* con *humare* delata la mirada genial de Vico. Todas las culturas dignas de ese nombre se basan en el culto de

los sepulcros». E. Jünger, *Radiaciones*, vol. 2, ed. cit., pág. 510. *(N. del T.)* <<

[34] El término original en alemán es *An der Zollstation*, literalmente, «En la estación aduanera». El cruce de frontera o de línea implica un derecho de aduana, peaje o canje que remite a la metafórica del dolor como capital o moneda, fundamental en la obra de Jünger. *(N. del T.)* <<

[35] Tras visitar el cementerio y recordar a dos seres queridos, Jünger anota la siguiente entrada fechada en 1944 en su diario: «Ahora descansan ambos en el mismo suelo, se han transformado en él. ¿Qué queda de esta vida si no coleccionamos monedas que en la gran aduana del reino de los muertos sean cambiadas por oro, por algo imperecedero?», E. Jünger, *Radiaciones*, vol. 2, ed. cit., pág. 287. *(N. del T.)* <<

[36] Como las palabras empleadas por Jünger en este pasaje: *Leichnam* (cadáver), *Leiche* (despojos). *(N. del T.)* <<

[37] «*Das Seine mit sich trägt*». Esta sentencia atribuida por Jünger a Bías, uno de los Siete Sabios de Grecia, cierra también la primera edición de *Visita a Godenholm,* aunque parafraseada: «*Der Mensch trägt alles Nötige in sich*» («El ser humano lleva todo lo necesario en sí mismo»). En realidad, la traducción latina de esa vieja máxima dice así: «*omnia mea mecum porto*», «llevo todos mis bienes conmigo». *(N. del T.)* <<

[38] En la obra de Jünger abundan las reflexiones sobre la relación entre medicina, nihilismo y salud. Cf. E. Jünger, *Sobre la línea*, págs. 31-37; *La emboscadura*, págs. 115-122 y 128-132; *Visita a Godenholm*, págs. 47 y sigs., y «Enfermedad y poder demoniaco. Noticias sobre el infortunio de Walter», en *Acercamientos: drogas y ebriedad*, Tusquets Editores, 2000, Barcelona, págs. 353-360 (trad. de Enrique Ocaña). Y por supuesto también en obras como *Myrdum* o los diarios, desde *Radiaciones* hasta *Pasados los setenta*. *(N. del T.)* <<

[39] Jakob Böhme (1575-1624), el zapatero místico de Silesia, considerado por Hegel como el fundador bárbaro de la filosofía alemana y Hans Sachs (1494-1576), autor de *Meistergesänge* («Canciones de Menestral») y farsas de escarnio y carnestolendas, donde se autorretrata con el apodo de «zapatero tonto» y declara: «Ahora tendrán que enseñaros los zapateros». Ambos ejercieron el oficio de maestros zapateros en los gremios de una sociedad en transición de la Edad Media a la Moderna. *(N. del T.)* <<

[40] Dragón, vigilante del tesoro de los nibelungos, al que dio muerte Siegfrid. De la sangre de Fafnir se formó la piel de gigante de Siegfrid. *(N. del T.)* <<

[41] Tal vez se trata de una errata de la versión alemana. El lugar aludido no es Torvet sino Torget. El pasaje de Jünger describe una visita a Bergen, ciudad portuaria del sudoeste de Noruega, antigua capital del reino situada a la entrada de los fiordos y que fue un dinámico centro económico de la Liga Hanseática durante la Edad Media. Al desembarcar, el visitante se encuentra con un viejo barrio comercial cuya plaza mayor se llama Torget, que acoge diariamente una lonja conocida como Mercado de Pescado de Torget. El viajero puede almorzar en dicho mercado, como cuenta el propio Jünger. *(N. del T.)* <<

[42] Bahía cerca del puerto de Pollensa (Mallorca). Cf. «Paseos baleáricos». Jünger visitó por primera vez Mallorca en 1931, en compañía de su hijo Ernst. *(N. del T.)* <<

[43] Sobre este motivo es interesante la observación inspirada por una visita a un mercado asiático de animales exóticos que inesperadamente se revela matadero y desolladero; «Estamos habituados al aspecto de nuestras carnicerías. Para vislumbrar tras él los sufrimientos de la criatura se requiere una perspectiva diferente, un extrañamiento como el que yo experimenté hace algunos años en el puente de Riedlingen sobre el Danubio, durante un riguroso invierno: pasó por él un camión cargado de

animales decapitados que extendían al aire sus desnudas patas congeladas, rojas y azules, despellejadas. En aquel momento tuve, como un rayo, el fulminante sentimiento de hallarme perdido en un planeta malvado». E. Jünger, *Pasados los setenta*, ed. cit., pág. 90 (Singapur, 20 de julio de 1965). *(N. del T.)* <<

[44] Un bello ejemplo de la fascinación de Jünger por estos artefactos es su ensayo sobre los relojes de arena publicado en 1957. Cf. E. Jünger, *El libro del reloj de arena,* Tusquets Editores, Barcelona, 1999 (trad. de Andrés Sánchez Pascual). En el epígrafe 18, «La arena y la caducidad», recoge, entre otras, también esta máxima: «*Una harum ultima*» («Una de éstas [horas] será la última»). *(N. del T.)* <<

[45] Sin duda, Jünger tuvo conciencia de estar participando en eventos históricos de alcance universal e incluso, como reconoció posteriormente en *Junto al muro del tiempo*, en giros metahistóricos. Y su actitud ante la Historia fue ambivalente. Recuérdese, por ejemplo, el pasaje titulado «Escepticismo intuitivo», donde tras describir los gritos de dolor provocados por una explosión añadía: «eran, en cierto modo, la tardía protesta de la vida contra la aún humeante maquinaria de la Historia, que, sin ningún escrúpulo, hacía girar sus ruedas sobre carne y fuego». Sin embargo, en un relato autobiográfico publicado en 1925, *El bosquecillo 125*, el joven oficial juzgaba «casi increíble la rapidez con que el ser humano se hastía de estar participando en acontecimientos de la historia universal». Y tras un punto y aparte confesaba: «Es, en verdad, una cosa extraña; pues qué sacrificios no haría uno por ver con sus propios ojos, por ejemplo, la batalla del bosque de Teutoburgo o el asedio de Jerusalén. Pero, en cambio, apenas nos conmueve la idea de estar asistiendo a un giro de los tiempos del que tal vez se seguirá hablando dentro de mil años. De vez en cuando, deberíamos pensar en ello, sin embargo; así nos percataríamos —más allá del dolor, del hastío y del aburrimiento— del núcleo esencial de nuestra vida. Cuando

uno conoce la resistencia que el ser humano opone a las exigencias históricas, parece un prodigio que pueda llegar a haber historia». Ernst Jünger, *Tempestades de acero*, Tusquets Editores, Barcelona, 1987 (trad. de Andrés Sánchez Pascual), pág. 350. *(N. del T.)* <<

ÍNDICE